
JUAN CARLOS S. GIMÉNEZ
EL FESTÍN DE LOS INDESEABLES
UN VIAJE BRUTAL, ADICTIVO Y DESPIADADO

EL FESTÍN DE LOS INDESEABLES

Juan Carlos S. Giménez

A Lola,
por darle sentido a todo.

Copyright © 2026 Juan Carlos S. Giménez
Todos los derechos reservados.

El festín de los indeseables

Juan Carlos S. Giménez 2026

1ª Parte
El enemigo

1

Miguel escuchó el golpe y temió ver sangre.

Alma corría tras una pelota de trapos; Abel, en el suelo, se desgañitaba tras el accidente. Kan, un border collie con más años que sentido común, trotaba alrededor del niño. La pelota fue a parar a los pies de Miguel. Estaba cada vez más deshecha, como casi todo lo que quedaba del mundo. Se agachó, la recogió, y al mirar a sus hijos, vio a Abel con una herida en la rodilla, llorando como si se la hubiera partido en dos. No era más que un rasguño. Una abrasión sucia, nada que un poco de yodo no pudiera arreglar. Aun así, en el valle, cualquier herida podía ser mortal. Una infección, una gripe, un descuido. Nada había más frágil que un niño en un mundo herido.

El aire olía a óxido y tenía gusto a ceniza, espeso como algodón húmedo en los pulmones. Miguel se preguntaba cuánto más resistirían allí, escondidos entre montañas que parecían vigilarles día y noche con la quietud de un cementerio. Se repetía que el valle era seguro, un mantra para las noches en las le costaba dormir.

Suspiró. Bajo aquel cielo ceniciento y enfermo, sabía que era mentira. El peligro siempre acechaba.

Se arrodilló junto a Abel y sopesó los daños. Herida leve en la rodilla derecha, arañazo en la barbilla y un susto tremendo. Alma, con la pelota en las manos, escrutaba el corte con mirada experta.

—Se te van a salir las tripas —aseguró.

Abel gimió con más fuerza.

—No le hagas caso —gruñó Miguel, conteniendo una sonrisa.

Lo alzó en brazos. Notaba sus huesos bajo el abrigo, afilados como raíces torcidas. La ligereza y la delgadez de su cuerpo le recordaron otra amenaza con la que convivía a diario. Alimentar a la familia era cada vez más difícil, y la escuálida figura de su hijo lo demostraba.

De regreso a casa, volvió la mirada hacia la vastedad del paso. Las montañas oscurecían contra la luz moribunda del atardecer y se asemejaban a colmillos de piedra que cercaban el valle. Aquel encierro había sido refugio durante un buen puñado de años, sin

embargo, también era prisión. Tantos años viendo el mismo paisaje podía volver loco a cualquiera. No a su familia, por suerte. A su manera, eran felices. Miguel se conformaba con eso.

Cada vez tenía menos medios para reparar el sistema hidropónico. Las piezas pequeñas se deterioraban con rapidez alarmante. Tampoco quedaban medicinas. Pronto tendría que salir de nuevo, más allá del perímetro que consideraba seguro, y eso le aterraba. No tenía ni la más remota idea de lo que podía llegar a encontrarse. El mundo podía haber cambiado tanto que lo dejaba sin aliento.

Kan los siguió agitando el rabo. Tenía más de trece años, y cada vez era más lento. Se pasaba casi todo el día durmiendo, aunque se reservaba la energía para jugar con los niños a última hora de la tarde. Era un animal ejemplar. Miguel lo encontró siendo una cría junto al cadáver escuálido de su madre y la media docena de cuerpos resecos de sus hermanos. Decidió darle un hogar. Con el tiempo, Kan se había ganado un lugar en la familia.

Al entrar en casa, Dina los esperaba con su mejor sonrisa. De esas que son capaces de iluminar una habitación oscura. De no ser por ella, Miguel hubiera tirado la toalla hacía mucho tiempo. Siempre viendo el lado bueno de las cosas, por muy malas que estas fueran. Su cabello rubio era cada vez más blanco, su piel menos tersa, pero su optimismo seguía intacto. A ojos de Miguel, seguía siendo la misma mujer de la que se enamoró veinte años atrás y a la que le pidió matrimonio hincando la rodilla sobre el fango.

Ella había dispuesto la mesa con el menú habitual. Patatas hervidas, verduras blandas y agua turbia en un jarro agrietado. La comida no era gran cosa, y rara vez variaba, pero Dina lo suplía con cariño, esmerándose en colocar los alimentos sobre el mantel floreado de manera atractiva. Miguel se lo agradecía en silencio.

Que algo brotara de la tierra se estaba convirtiendo en una especie de milagro. El sistema que utilizaba para plantar las semillas parecía quedarse obsoleto a pasos agigantados. ¿Llegaría el momento en el que no pudiera llevar a la mesa ni una mísera verdura? Por supuesto que sí. Jamás lo expresaría en voz alta. No

podía permitirse flaquear frente a los niños; alguien debía seguir fingiendo que quedaba esperanza.

Mientras curaba la rodilla de Abel, Miguel escuchó la tos del viejo en la planta de arriba. Tos seca, amarga, de esa que hacer pensar que los pulmones se están deshaciendo. Miguel cerró los ojos un segundo. En la casa todos sabían que Bosco se apagaba. Nadie hablaba de ello, tal vez porque todos correrían la misma suerte tarde o temprano. Y cuando sucediera, no habría medicinas, ni funerales. Nada para aliviarles la transición. Solo la certeza de que la montaña seguiría tragándoselos uno a uno.

Alma se sentó frente a él, observando con atención cómo desinfectaba la herida. Acababa de cumplir los dieciséis y su mirada ya era la de un adulto. Sus ojos verdes rebosantes de curiosidad se ocultaban bajo su indomable pelo rubio. Miguel sabía. El momento para llevarla de expedición se aproximaba. Esta vez se alejarían más allá de la zona segura con la esperanza de encontrar algo de valor. Sí, debía aprender lo que de verdad valía la pena saber y no limitarse a ayudar a su madre en la mesa, a jugar con Abel o a leer libros. Debía saber cargar un arma, defenderse, matar si era necesario.

Él no estaría allí siempre.

La herida de Abel quedó cubierta con una venda improvisada. El niño se dio por satisfecho y pronto se olvidó de la caída. Miguel, aún intranquilo, se acercó a la ventana y miró a través, hacia las tinieblas que todo lo cubrían.

Dentro, las risas de sus hijos llenaban la casa de júbilo. Afuera, el paisaje los vigilaba con la paciencia de un depredador experimentado.

2

La vela era apenas un pedazo de cera deformado que se deshacía en goterones sobre un plato de metal descascarillado. A ojos de Alma, era un tesoro. Nunca había tenido velas en su cumpleaños y, aunque no había tarta, apagar la llama y pedir un deseo fue regalo suficiente. Sabía el tiempo y esfuerzo que su madre había invertido y lo agradeció llenándole las mejillas de besos.

—Va —dijo Dina—, sopla y pide un deseo.

Alma miró la vela. La llama era frágil como un secreto. Pensó en lo que más quería en el mundo y sopló. El humo dejó un rastro amargo en el comedor. Abel aplaudió con entusiasmo. Bosco levantó su vaso de agua y murmuró un brindis torpe, apenas audible por la tos.

—Dieciséis años —dijo Miguel. No sonó a felicitación.

Alma lo miró de reojo. Comprendía que alguien debía ayudar a su padre y, por edad, solo ella podía asumir ese papel. Un nudo le cerró el estómago.

Parte de ella ansiaba salir del valle y ver lo que nunca había visto. Observar con sus propios ojos lo que tantas veces había leído en libros. O en las historias del abuelo.

Otra parte deseaba seguir siendo la niña que jugaba con su hermano hasta la madrugada. Una niña sin ningún tipo de responsabilidad ni preocupación.

Después de cenar, Bosco llamó a la puerta del dormitorio de Alma. Ella, que estaba tumbada leyendo una novela de aventuras, se levantó de la cama para abrirle. El anciano parecía encogerse dentro de una ropa que cada vez le venía más grande. Le tendió un paquete envuelto en papel amarillento.

—No es mucho, pero es lo único que todavía sé dar —le dijo con voz temblorosa.

A Alma se le iluminaron los ojos al deshacer el envoltorio. Dentro halló un libro grueso, de tapas descoloridas. Al abrirlo, las páginas liberaron el olor polvoriento de la tinta antigua. No eran letras lo que llenaba sus páginas, sino fotografías: calles de una ciudad, plazas

abarrotadas, mares abiertos bajo un cielo limpio y azul. Personas riendo, practicando deportes, gente sin miedo.

Alma pasó las páginas con reverencia bajo la mirada orgullosa de su abuelo.

—¿Todo esto existió de verdad? —preguntó.

Bosco asintió despacio, con ojos humedecidos por las lágrimas.

—Existió, y es lo que nunca debes olvidar. Con esto recordarás que el mundo aún guarda cosas preciosas por las que vale la pena vivir.

Alma acarició una foto de unos niños jugando en un parque lleno de árboles. Pensó en Abel, en el abismo que la edad interponía entre ellos. En la pelota hecha de trapos, en la forma en que su padre los miraba en ocasiones.

Bosco le apretó la mano.

—Tú eres la prueba de que todavía queda algo más que ceniza en el mundo. Me niego a pensar, como tu padre, que ahí fuera no queda nada. Prométeme que no lo olvidarás.

Ella no respondió de inmediato. No quería responder a la ligera. Afuera, el viento soplaba como el jadeo de un animal hambriento.

—Lo prometo —dijo al fin.

Se llevó el libro al pecho y lo abrazó.

—¿Puedo enseñárselo a Abel?

—Haz lo que quieras, es tuyo.

—Gracias, abuelo.

—De nada —dijo Bosco alejándose hacia su habitación.

Alma corrió hasta la habitación de su hermano, al otro lado del pasillo. Abel, que en aquel momento acariciaba a Kan, abrió los ojos de par en par al verla aparecer por la puerta.

—¿Qué es?

Alma sonrió.

—Si te metes en la cama te lo enseño. Tenemos que estar calladitos ¿vale?

Abel asintió con entusiasmo y se escondió bajo las mantas. Alma se sentó a su lado y le mostró el libro.

—Guau —dijo Abel, con la boca abierta—. Qué cielo más bonito.

—Así era antes de que tú y yo naciéramos.

A pesar de su antigüedad, el libro estaba sorprendentemente bien conservado.

La primera página mostraba una ciudad plagada de rascacielos. Sus amplios ventanales centelleaban bajo la luz del sol. Había tantos edificios que parecía no tener fin.

Pasaron la página y apareció una pareja de estudiantes saliendo del instituto, cargados con mochilas y compartiendo una mirada cómplice. La chica era preciosa. Alma sintió un calor en el pecho, mezcla de anhelo y vergüenza. Desde que Adam y Ben Fawcett se mudaron al norte con sus padres, no había vuelto a tratar con nadie de su edad.

Cerró el libro y besó a su hermano en la frente.

La imagen de los jóvenes la había estremecido. Su piel se encendía, y supo que esa noche esperaría a que Abel se durmiera para revivirla.

—Es hora de dormir.

—Quiero ver otra —gimió Abel.

—Mañana. Ahora a dormir —le aseguró mientras lo arropaba.

—Buenas noches, hermanita.

Tumbada en la cama, abrazando el libro, Alma empezó a llorar. Las fotografías le mostraban todo aquello que le había sido arrebatado. Sabía que el mundo ya no era como en las imágenes, por eso no podía evitar sentirse traicionada. ¿Todos los supervivientes vivían como ellos? Imaginó la ciudad de los rascacielos, y se vio rodeada por chicos de su edad. Pensó en la pareja de la foto y en qué les diría si los tuviera delante.

3

Bosco, volvió en sí. Desorientado, tardó unos instantes en darse cuenta de que se encontraba en su dormitorio. Jadeaba con dificultad, como si hubiera estado respirando a través de un trapo sucio. Barrió la estancia para asegurarse de que ya no soñaba. Miró la foto de la mesita. En ella aparecía Marta, su mujer, cuando el cáncer aún no la había devorado las entrañas y convertido en un maniquí pálido y retorcido. *Ojalá estuvieras aquí*, pensó, *tú siempre sabías lo que hay que hacer*.

Le sobrevinieron unas profundas ganas de llorar. Se esforzó para contener las lágrimas. Hacía ya un buen tiempo que estaba demasiado sensible. *No. Esta vez no.*

Respiró profundamente y se echó en la cama.

Sabía que algún día perdería la cabeza. Ya le sucedía, pero siempre acababa regresando a la realidad. Confundía situaciones, incapaz de ubicarlas en el tiempo. Era de día y de repente era de noche. Hablaba con un amigo de la infancia durante horas y al siguiente parpadeo estaba solo frente a la ventana, desorientado y furioso porque cada vez le ocurría más a menudo.

Odiaría convertirse en una carga. Si ese momento llegaba, se quitaría la vida.

El amanecer llego lento, perezoso. Alma despertó por el ruido que provenía de la planta de abajo. Un rumor de objetos moviéndose de un lado a otro. Supo al instante de qué se trataba. Se sentó sobre la cama y se abrazó las rodillas. El día que tanto temía había llegado.

De nada valía posponerlo. Cuanto antes lo afrontara, antes terminaría la agonía que empezaba a oprimirle el pecho.

Bajó las escaleras y encontró a su padre en la cocina, rodeado de enseres viejos. Una máscara de filtro parcheada con cinta americana, un rifle y una mochila con las costuras remendadas de las que apenas quedaba rastro del tejido original.

—Pruébatela —dijo Miguel, tendiéndole la máscara.

Alma obedeció. El olor a goma rancia le llenó la nariz. El vidrio rayado deformaba la visión y respirar a través de ella requería un

gran esfuerzo. Cada bocanada sonaba como un reloj roto.

—Está rota —gruñó él, tendiéndole la mano.

Alma se la quitó y su padre la lanzó al lado de los objetos inservibles. Con los brazos en jarras, siguió inspeccionando el material con el ceño fruncido. Parecía frustrado por alguna razón que a Alma se le escapaba.

Kan apareció y se sentó sobre sus cuartos traseros, mirando a Miguel con curiosidad. Este le acarició detrás de las orejas y el animal dejó escapar su lengua rosada a un lado, como si fuera una loncha de jamón. Movía el rabo con efusividad, esperando que su amo le abriera la puerta y lo sacara a jugar.

—Lo siento, chico. Hoy no vendrás con nosotros —le dijo como si de verdad le comprendiera.

Bosco apareció en la cocina, amortajado en una manta, con la expresión de alguien que no ha pegado ojo en toda la noche.

—Todavía es una niña —dijo a Miguel.

—No —atajó Miguel—. Ya no.

—Solo digo que no la prepares únicamente para disparar —insistió Bosco—. Enséñale también lo que merece la pena proteger.

Miguel lo fulminó con la mirada.

—¿De qué sirve proteger algo que ya está muerto? ¿Por qué regalarle fotos de cosas que ya no existen?

Bosco enmudeció. Tal vez aquel libro había sido el regalo más cruel que podía ofrecerle.

Miguel entregó la mochila y el rifle a Alma, y le dio la espalda a su suegro como si ya no estuviera allí.

—Hoy no pienses. Solo escucha y obedece. Así actúan los que logran volver.

Alma apretó las correas de la mochila y miró hacia la puerta que daba al exterior. Más allá estaba el mundo real. Todo lo que deseaba y todo lo que temía al mismo tiempo.

Ahí fuera, esperándola.

Respiró hondo y empezó a caminar.

El aire era denso, difícil de respirar. Miguel avanzaba delante, con la mirada fija en algún lugar lejano. Alma lo seguía con pasos torpes,

intentando imitar su ritmo pese al temblor de las piernas. La bufanda era inútil para combatir el frío. Lo supo en cuanto hubieron caminado el primer kilómetro. No hacía más que anudársela una y otra vez para no perderla. Ni siquiera los guantes lograban que dejara de tiritar.

El fusil la incomodaba. La correa de piel se le clavaba en el hombro y la culata le golpeaba las costillas. Pesaba una barbaridad, más de lo que le había parecido cuando la cogió en casa. Por suerte llevaba unas buenas botas y la ropa de montaña más gruesa.

A ambos lados, las paredes de piedra del valle se alzaban severas. Más allá, solo quedaba un paisaje desolador. Árboles secos que crujían y se deshacían con los embates del viento. Ruinas acres mordidas por el óxido. Los huesos cenicientos de reses y animales de granja poblaban los valles hasta donde alcanzaba la vista. Esqueletos petrificados de animales sin nombre, fundiéndose con la tierra. Charcos de agua negra donde nada podía vivir.

Alma sintió el impulso de preguntar cuánto más quedaba por caminar, pero lo contuvo. Recordó las palabras de su padre: “Hoy no pienses, solo obedece”.

4

Marcharon en silencio durante horas hasta que se alejaron de la zona que Miguel consideraba segura. Albergaba la esperanza de que no todas las granjas del valle hubieran sido saqueadas. Tal vez, si encontraba una que no hubiera sido quemada, en la cocina, podía dar con piezas valiosas. Incluso podría tener la suerte de dar con un pequeño taller en el sótano. No lo creía posible.

Tendrían que ir más allá de la carretera. Necesitaba, tornillos, arandelas, herramientas. Con urgencia. O no sobrevivirían al año siguiente.

Pasaban frente a una granja derruida cuando un ruido, detrás de un contenedor herrumbroso, quebró la monotonía. Comenzó como un gruñido bajo, un roce del metal contra la piedra.

Miguel levantó la mano. Alma se detuvo en seco, con el corazón en un puño. Miraron al contenedor. Algo se movía allí, arrastrando las patas y respirando con un silbido agudo. Alma contuvo la respiración a la espera de que lo que anduviera allí agazapado se dejara ver. Sus ojos se abrieron de par en par al verlo.

Un perro.

O lo que quedaba de uno. Su lamentable estado imposibilitaba deducir a qué raza pertenecía. El pelaje arrancado en jirones le colgaba por los costados, la piel cubierta de llagas supurantes y costras parduzcas. Las costillas marcadas bajo una piel a punto de rasgarse. Ojos enrojecidos, febriles.

Los miró con desconfianza. Luego con furia.

—Prepara el rifle —susurró Miguel.

Alma no movió un dedo, paralizada por el terror creciente.

—Alma —insistió.

Ella levantó el rifle. Le pareció incómodo, difícil de empuñar. Puso el dedo en el gatillo y se pasó la lengua por los labios resecos. No tardó más de un segundo en darse cuenta de que sería incapaz de disparar. Era un perro, y no les había hecho nada.

El animal se acercaba con lentitud, el lomo arqueado, enseñando su cruel dentadura. Un gruñido atonal y grave brotó de su garganta

como el sonido de una motosierra.

Entonces echó a correr. El sonido de las pezuñas aproximándose nubló cualquier pensamiento racional que Alma pudiera albergar. Todo su cuerpo se aflojó. Abrió las manos, sintiendo como el rifle se le escurría de entre los dedos. Cerró los ojos, esperando sentir las fauces infectas de aquella bestia en la garganta.

Hubo un disparo que se congeló en el tiempo. La detonación retumbó entre las ruinas y se difuminó sobre sus cabezas. Alma abrió los ojos en el momento que el animal se desparramaba a sus pies. Convulsionó antes de quedar inmóvil. De repente no era más que un pedazo de carne inerte.

Su padre tenía ahora el rifle. No siquiera se había dado cuenta de cuándo se lo había quitado. Las manos le sudaban dentro de los guantes. Descubrió que estaba llorando y que las piernas apenas la sostenían. Al sentarse en el suelo sintió que se había orinado.

Miguel la observó un instante que a ella le pareció eterno. Luego le devolvió el rifle con brusquedad.

—Me has desobedecido —dijo—. Te hubiera matado.

El corazón de Alma latía con violencia. Sabía que había fallado, por supuesto. Pero lo peor no era decepcionar a su padre, sino entender que, en aquel mundo, un error podía costarle la vida. Sabía disparar. Tenía buena puntería. Sin embargo, de nada le valía si no era capaz de apretar el gatillo.

Miguel decidió dar por concluida la infructífera expedición y volver a casa. Al día siguiente saldría de nuevo. Solo. Dejaría a Alma para que recapacitara y entendiera la gravedad de su indecisión.

Intentó no mirarla. Que fuera su hija no impidió que en ese momento la odiara con todo su ser.

El cadáver del perro aún humeaba cuando vieron al hombre. Miguel, con el rifle de nuevo en su poder, dio un paso atrás, listo para disparar si lo creía necesario. El hombre caminaba como un alma en pena, con la vista clavada en el cadáver del perro. Flaco como un espantapájaros, la ropa costrosa por el barro seco se le apelmazaba como una armadura.

Alzó los ojos enrojecidos. Los vio. Levantó los brazos sin que nadie se lo pidiera, los dedos huesudos temblando en el aire.

Alma permaneció detrás de su padre. Era la primera vez que veía a alguien que no pertenecía al valle. No era una sombra lejana ni un eco de los relatos del abuelo. Era real. Humano, tangible. Y parecía a punto de desplomarse.

—¿Quién eres y qué haces en estas tierras? —gritó Miguel.

—No disparen —pidió el hombre, ronco, con voz suave—. No tengo nada.

Avanzó un paso. Barba descuidada, el pelo pegado al cráneo y unos ojos febriles que brillaban. De vez en cuando, apartaba la mirada hacia el perro.

—Quieto ahí —advirtió Miguel—. No me obligues a disparar.

—Oh, no, por favor —respondió el hombre—, llevo días sin comer. Si quieren me marcho, pero antes, si tuvieran algo de agua. Solo un poco.

Alma se adelantó y le ofreció la cantimplora antes de que su padre contestara. El agua corrió por la barba del forastero, que bebió como si llevara años sin probar una gota.

—¿Quién eres? —gruñó Miguel.

—Me llamo Freud —dijo limpiándose la boca con la manga de su lastrado abrigo.

Alma lo observó, intrigada. Había algo que no encajaba: parecía frágil, moribundo, pero hablaba con una calma impropia de un hombre derrotado.

—¿Adónde vas? —preguntó Miguel.

—Al norte —respondió Freud—. Siempre al norte.

—No hay nada en ochenta kilómetros.

—Entonces, más allá.

—Acábate el agua y márchate —ordenó Miguel.

El hombre agotó lo que quedaba y devolvió la cantimplora a Alma.

—Nos vamos —le dijo a su hija.

Alma no se movió.

—Morirá, papá.

—No es nuestro problema.

—Por favor, sin Marte, las cosas se han complicado para mí.

Miguel parpadeó al escuchar que el perro tenía nombre. Marte.

—¿El perro era tuyo?

Freud asintió.

—Nos hacíamos compañía. Era un buen animal.

—Va, papá —dijo Alma—. Deja que se quede con nosotros.

Eran las palabras de Dina las que brotaban de la boca de su hija.

—Solo una noche —susurró Freud—. Una cama, un plato de comida. Mañana me iré.

—No.

—Papá —susurró Alma dirigiendo la mirada hacia el cadáver del perro.

Mierda, pensó Miguel. Se sentía culpable por matar al animal. Él mismo amaba a Kan, y sabía el cariño que uno podía albergar por su mascota. Si viajaba junto a un perro, no podía ser mala persona, se dijo. Uno de los malos ya se lo hubiera comido. Sabía que era una estupidez, pero de alguna manera, quiso convencerse de que tomaba la decisión correcta. Pensó en su mujer, y en que ella lo acogería sin reservas.

Apretó los dientes. Miró a Alma, al forastero y otra vez a ella. Finalmente suspiró, vencido por la rabia y la compasión.

—Una noche. Ni una más.

Freud asintió.

—Gracias.

—Tendrá que caminar con los ojos vendados —añadió Miguel sacando de su mochila un trapo grueso.

El forastero no puso objeción.

Alma sintió que el mundo, hasta entonces duro y predecible, acababa de abrirse.

Y eso la asustó.

5

—Qué agradable casualidad que se haya cruzado con mi marido, señor Freud —dijo Dina mientras le servía otra patata hervida.

—Les estoy agradecido por acogerme —respondió él con la boca llena—. Hacía mucho tiempo que no probaba algo tan exquisito. Y llámeme Freud, a secas.

Dina sonrió. Le fascinaba el contraste de sus modales refinados con el aspecto desaliñado. Era un hombre extraño, que le inspiraba cierta lástima.

Bosco estaba encantado. Por fin alguien con quien conversar. Freud se mostraba inteligente, ocurrente, y sus comentarios arrancaban sonrisas al anciano. Y para qué negarlo, ver una cara nueva era como un bálsamo para sus pensamientos.

Abel escuchaba en silencio, con una zanahoria en el tenedor, a medio camino de su boca. Como si cualquier palabra pudiera desvanecerse en el aire si respiraba demasiado fuerte.

Alma lo observaba con especial atención. Analizaba sus rasgos de manera metódica. Sus manos callosas, los hombros tensos, aquellos ojos que ocultaban un sinfín de secretos. Quién sabe lo que había visto, lo que había padecido para llegar al valle.

Miguel no comía. Cada segundo con aquel hombre en su mesa era un suplicio. Su mano derecha descansaba cerca del rifle junto a la puerta. No le quitaba el ojo de encima. Había calculado varias veces cuánto tardaría en alcanzarlo si algo salía mal.

—Créame —dijo Freud, limpiándose el mentón de manera teatral —, con una comida así, uno deja de echar de menos los viejos tiempos.

Todos rieron.

Miguel no lo hizo.

—¿A qué se dedicaba antes del gran cambio? —preguntó Bosco.

—Daba clases en la facultad. Filosofía e historia. Inútil hoy en día, soy consciente. Pero cuando a uno le apasiona algo… —dijo llevándose otra patata a la boca.

—No es inútil —replicó Bosco—. Hoy más que nunca, necesitamos que la gente piense.

Freud sonrió con amargura.

—¿Pensar? —Arqueó una ceja, sonriente—. El hombre siempre fue más de hacer que de pensar. Aquí estamos para demostrarlo.

Bosco asintió con gravedad, compartiendo una mirada cómplice con el forastero. Miguel gruñó en voz baja. Dina lo miró de reojo, advirtiéndole que no arruinara la velada.

La conversación se alargó. Freud y Bosco Se lanzaban frases como si se conocieran de toda la vida. El uno ponía el punto final a lo que el otro decía, se carcajeaban hasta que les saltaban las lágrimas y alborotaban la tranquila placidez a la que la casa estaba acostumbrada.

Brindaron con un licor rancio que Bosco guardaba como un tesoro. Miguel no lo había llegado a probar nunca, pero solo por el olor, su graduación debía de ser altísima. Freud lo bebió de un trago y sonrió, imperturbable, lo que arrancó otra carcajada al anciano.

Miguel se levantó de la mesa.

—Me voy a dormir.

—Descanse, Miguel —dijo Freud inclinando la cabeza.

Miguel refunfuñó y subió las escaleras. Dina lo alcanzó a medio camino.

—Prepara unas mantas para nuestro invitado. Dormirá en el sofá.

Miguel apretó la mandíbula. Podría haber dicho lo que pensaba del forastero, pero solo asintió. Odiaba sentirse el villano en su propia casa. Hizo lo que su mujer le pidió y se fue a la cama.

Alma y Abel se acostaron también, mientras Bosco y Freud seguían charlando junto a la vela que chisporroteaba en la mesa. Dos hombres de mundos distintos que parecían haberse encontrado demasiado tarde.

A la mañana siguiente, Freud se había marchado. Dejó una nota en la mesa del comedor donde les agradecía la hospitalidad recibida. Que nunca lo olvidaría y que les deseaba lo mejor.

—Ese hombre era todo un caballero —oyó decir a Dina cuando tuvo la nota en las manos.

Miguel no lo vio así. Que le hubiera vendado los ojos para llevarlo a su casa era por una buena razón. Ahora conocía la ubicación de la casa. Rezó para que no supiera volver, o para que muriera antes de salir del valle.

6

Transcurrieron dos semanas desde la visita. Miguel agradecía el regreso de la rutina y la tranquilidad con la que los días transcurrían. Esa vida sí podía controlarla; le era conocida, predecible, agradablemente aburrida.

Cada mañana revisaba el sistema hidropónico. Pepinos, lechugas, tomates, patatas e incluso unas improbables fresas florecían en el entramado de tubos de PVC. El olor a vida lo mantenía cuerdo. Le reconfortaba. Era lo único que le hacía sentir que aún tenía el futuro en sus manos.

No fue fácil levantar aquello. Encontrar semillas le llevó meses, y el agua fue otro problema. Cavó sin descanso en busca de una vena de agua hasta hallar un pequeño estanque a dos kilómetros de casa. Desde entonces la hervía antes de beberla. No era lo ideal, pero era mejor que nada.

La semana anterior había tenido éxito encontrando un viejo tractor en el garaje de una casa junto a la carretera. Tras su despiece, consiguió un buen puñado de piezas de reemplazo. Fue solo. Alma y él no se dirigían la palabra más allá de darse los buenos días y las buenas noches. Pasaban el día ignorándose. Ella, afectada, esperaba sin duda unas palabras de afecto por parte de su padre. Y a Miguel le costaba abordar el tema. Nunca se le dio bien expresar sus sentimientos, y buscaba cualquier excusa para posponer la charla pendiente.

Al mediodía salió del taller con la ropa impregnada de grasa y las manos doloridas. En el cielo, el sol apenas era visible tras un manto de nubes grises. Se lavó la cara en un cubo. Le extrañó que Kan no estuviera esperándole fuera, estirado al sol, o ladrando para que le diera de comer.

Se dirigía a casa cuando se detuvo en seco: Alma y Abel estaban en el porche, acompañados por alguien que no era ni su mujer ni su suegro. El corazón le dio un vuelco.

¿Por qué Kan no ladra?

Miguel corrió al cobertizo en busca del fusil, pero el arma no estaba donde debía. No lograba pensar con claridad. Hubiera jurado que la dejó allí.

Al desandar el camino descubrió porqué Kan no ladraba. El animal yacía junto a un montón de leña, con varias heridas en el lomo y una limpia entre los ojos. La sangre aún era fresca. Las lágrimas se le acumularon en los ojos. Era un buen perro. Su amigo.

Apretó los puños y se tragó el llanto como una brasa. Se lo haría pagar a quien lo hubiera hecho, pero ahora debía darse prisa y mantener los nervios a raya.

No podía perder tiempo. No cuando había un desconocido a su puerta.

Cuando llegaba al porche, una voz a su espalda lo paralizó.

—Miguel.

Este se volvió para ver a la última persona con la que quería volver a cruzarse. Freud. Vestía un abrigo azul, en mejor estado que el de su última visita. Tenía las manos en los bolsillos y la mirada esquiva.

—¿Qué haces aquí? —escupió Miguel.

—Lo siento, de verdad. Me tratasteis como uno más y yo…

Miguel lo embistió y lo agarró de las solapas.

—¡Hijo de puta!

—Me obligaron, Miguel, te lo juro.

—¿Cuántos son?

—No os harán daño, solo… —tragó saliva— solo quieren hablar.

—¿Hablar? —volvió a empujarlo con rabia—. Nos van a matar a todos.

Freud bajó la cabeza, avergonzado de sí mismo.

—Haced lo que os digan y todo irá bien.

Miguel pensó en sus hijos. La voz se le quebró antes de poder pronunciar otra palabra.

Freud y un tipo escuálido, vestido con camisa de cuadros y gorra de camionero, se sentaban a la mesa del comedor como si presidieran una reunión de vecinos. Miguel y su familia aguardaban la explicación.

Un tercer hombre, machete al cinto y ojos voraces que registraba cada rincón como si ya fuera suyo, vigilaba la puerta. Miguel reconoció en él al asesino de Kan.

—¿A qué has venido, rata inmunda? —exclamó Bosco hacia Freud.

El de la gorra respondió por él:

—Nada de insultos. Freud nos contó lo de vuestro pequeño paraíso y queríamos verlo con nuestros propios ojos.

Freud no levantó la vista. Bosco intentó incorporarse, pero el del machete avanzó un paso.

—No —suplicó Freud, casi gritando.

El de la gorra lo calmó con un gesto.

—Escuchad. No quiero hacerle daño a nadie. Solo venimos a hablar. Después no iremos y volveréis a vuestras maravillosas vidas.

El silencio era opresivo, casi sólido. Miguel imaginaba salidas y las derribaba una a una. Estaba atrapado. Todo por confiar en Freud.

—Queremos la mitad de vuestros alimentos y toda el agua que podamos cargar cada dos meses—continuó el de la gorra—. A cambio, estaréis bajo nuestra protección.

Miguel sintió que se le cerraba la garganta. Aquel malnacido lo estaba chantajeando. Sin duda, pronto querrían más. Y ahora que conocían su paradero, era cuestión de tiempo que aparecieran otros como ellos. Pero, si se negaba, ponía en peligro a su familia.

—Está bien —tragó saliva—. La mitad de la cosecha y agua.

—Sabía que entrarías en razón. Eres un hombre inteligente, Miguel, no hay más que verte —Le hizo una seña al del machete y este salió de la casa con un petate al hombro—. Aunque falta una cosa —alzó un dedo—. Para asegurarme de que cumplirás tu parte, necesito un aval.

Miguel se tensó.

—¿Qué más quieres?

—A uno de tus hijos.

Miguel saltó de la silla.

—¡No! Ni hablar.

La culata del fusil le golpeó en la mandíbula y lo lanzó al suelo, aturdido. Dina gritó y abrazó a los niños. Luego soltó un gemido,

pidiéndole a Miguel que hiciera algo, que no permitiera que se los llevaran.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo sin que… —empezó a decir Miguel.

El hombre de la gorra se acercó de un salto y volvió a golpearlo en la cara.

—Esto no es una negociación, capullo —bufó.

Dina se interpuso.

—Llévame a mí.

El tipo le descargó una bofetada brutal que la estampó contra la pared. Alma corrió a cubrirla. Abel cerró los ojos y rezó.

Sangrando en el suelo, Miguel apenas podía moverse. Vio a Freud de pie, rígido, mordiéndose la lengua. No era verdugo ni víctima. Era la grieta por la que el horror se les había colado en casa.

Si le hubiera disparado la primera vez que lo vio, haciendo caso omiso a Alma y la voz de su mujer, nada de esto hubiera sucedido. De poco valía lamentarse. Debía tomar las riendas de la situación cuanto antes.

Recobró el sentido y se abalanzó sobre el hombre del fusil. Lo tomó por sorpresa, logró sujetar el cañón y forcejaron. Llegó a creer que tenía ventaja. Casi tenía la empuñadura en su mano. Vio a Alma de reojo, acurrucada sobre su madre, los ojos desorbitados, paralizada por el miedo. Un pensamiento fugaz, monstruoso, le cruzó la mente: *si no hubiéramos tenido hijos, dolería menos*.

El disparo le atravesó el pecho. La detonación ensordeció la casa y Miguel cayó de espaldas. Sus ojos se encontraron con los de Alma. Ella abrió la boca para decir algo, pero no emitió sonido alguno. Un segundo después, la mirada de Miguel se apagó.

Dina gritó y se arrastró hacia él. Le acariciaba el rostro, le apartaba el pelo de los ojos, le besaba las mejillas cubiertas de sangre.

Le suplicaba que no la abandonara.

—Esto no era lo pactado —dijo Freud, mirando el cuerpo.

—Ahora es lo que hay —replicó el de la gorra, cargando el fusil con hastío—. Nos llevaremos al niño, señora. Lo siento. Estará de vuelta en dos meses, cuando volvamos a por la cosecha.

Dina sollozaba sobre el pecho de su marido.

El hombre del machete irrumpió en el salón.

—¿Qué coño ha pasado?

—El padre se hizo el héroe.

—Tenemos que largarnos —sugirió palmeando el petate—. Hay un buen botín.

Dina, rota, le agarró el tobillo a Freud.

—¿Por qué? ¿Por qué nos haces esto?

—Esto no debía ocurrir.

—No os llevéis a mi pequeño, por favor. Podéis hacer conmigo lo que queráis, pero dejad que mi niño se quede.

El de la gorra ignoró sus ruegos y ordenó a su compañero que fuera a por Abel. Lo arrancó del abrazo de su hermana. Alma reaccionó sin pensar y le lanzó una patada brutal en la entrepierna. El del machete cayó, retorciéndose y escupiendo maldiciones.

—Corre, Abel —gritó Alma.

El pequeño salió disparado por la puerta, con el miedo dibujado en la cara y determinado a cumplir la orden de su hermana mayor. Por un segundo pareció que lo lograría. El aire se llenó de esperanza.

El disparo quebró el instante. El cuerpo de Abel se desplomó en la arena del porche, la cabeza torcida en un ángulo imposible.

—Mierda —masculló el de la gorra, bajando el fusil.

Dina lanzó un alarido.

—¿Has matado al crío? —gruño el otro, todavía en el suelo.

—¿Y qué querías que hiciera?

Alma temblaba. El llanto le quemaba el pecho. Bosco, en su sillón, se hundía en la impotencia, la boca abierta y la mirada fija en los cuerpos.

—Nos llevamos a la niña —dictó el de la gorra.

El del machete se incorporó y la alzó como un saco. Alma pataleó, arañó. El hombre volvió a bajarla, la abofeteó dos veces.

—¿Vas a estarte quietecita o tengo que romperte la cara? —la amenazó.

Se la echó al hombro. Dina la miró desde el suelo, serena, como si quisiera grabar cada rasgo de su hija en la memoria.

—Miguel era el que se ocupaba de los alimentos —dijo Freud con la vista en el cadáver—. Sin él…

—O sea que te has cargado al tío que iba a abastecernos —dijo el del machete al otro.

—Pues nada —bufó—. A la mierda todo.

El de la gorra levantó el rifle de nuevo y descerrajó un tiro sobre Bosco, abriéndole un agujero en la cara. Luego, con la misma frialdad, sacó un cuchillo y se lo puso en la garganta a Dina.

Freud alzó las manos.

—No, por favor. Delante de la niña, no.

El tipo se lo pensó un segundo, luego le hizo un gesto a su compinche.

—Llévatela.

Dina vio cómo se llevaban a Alma. No suplicó.

Desde los brazos de aquel hombre, Alma alzó la vista al bajar el porche. Vio el cuerpo de Abel en la arena, los ojos cerrados, como si durmiera. Aunque sus piernas retorcidas lo delataban.

La oscuridad la envolvió.

Cuando despertó creyó que soñaba. La casa ardía, reducida a una pira inmensa que iluminaba el valle.

7

Cuando se hubieron alejado lo suficiente, le permitieron caminar. Le ataron las manos con un trozo de cable tan apretado que, al cabo de una hora, la piel se le había abierto y la sangre le goteaba entre los dedos. Alma, aturdida, no podía pensar en otra cosa que en regresar a una casa que ya no existía.

El frío se le metía en los huesos. Sentía las piernas rígidas, le castañeaban los dientes. A ninguno de sus captores parecía importarle. *Morir de frío no sería tan malo*, pensó. No sería rápido, pero sí indoloro. Freud le colocó un abrigo sobre los hombros. Pesado, áspero, mugroso. Ni siquiera reparó en que lo había arrancado del cadáver de un motorista tirado en la cuneta.

Al caer la tarde llegaron a una explanada. El hombre de la gorra dio el alto.

—Descansaremos aquí. Antes de que se haga de noche.

—Si apretamos el paso… —murmuró el otro.

—No pienso quedarme helado en medio de la nada.

Subieron por una cuesta empinada. En lo alto se recortaba la silueta de una casa medio derruida. El viento ululaba entre las vigas podridas.

—Has traído mantas, ¿no? —preguntó el del machete, mostrando su dentadura podrida en una sonrisa atroz.

—No, espero que me dejes la tuya, gilipollas.

Encendieron una pequeña fogata en la única habitación que conservaba el techo, cerca de una ventana rota por la que se escapaba el humo. Colocaron a Alma contra la pared, a la vista de todos. Las muñecas le ardían por la cruel atadura, pero en vez de rascarse, apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas para contrarrestar el dolor.

El fuego arrojaba una luz rojiza que llenaba el cuarto de sombras retorcidas. La ventana era demasiado pequeña para que todo el humo saliera por ella. Pronto se formó una neblina oscura que levitaba sobre sus cabezas. A Alma le lagrimeaban los ojos, mientras

que aquellos hombres se pasaban un cigarrillo estrecho y deforme como si tal cosa.

El de la gorra abrió el petate repartió unas verduras.

—No me quedan fuerzas para cocinar. Ya sabéis lo que dicen, cuando hay hambre...

Comieron como lobos. El del machete masticaba con la boca abierta, haciendo un ruido repugnante que destacaba sobre el chisporroteo del fuego. A Alma le revolvía el estómago. Aunque tenía hambre, no probó bocado. El crujido de la zanahoria le recordaba al de los huesos al romperse. Deseó que aquella comida estuviera envenenada.

Uno tras otro fue quedándose dormidos. Primero el de la gorra, después el otro. Freud, recostado en una esquina, la miraba. Permaneció un momento en silencio y luego susurró:

—Harías bien en dormir. Mañana nos queda un buen trecho. Y por favor, no intentes escapar.

Alma no contestó. Lo miró con el odio reservado a los traidores. Él cerró los ojos y fingió dormir. Ella se arrebujó en la cazadora, dejando que el sueño la venciera poco a poco. Justo antes de cerrar los ojos, vio al del machete abrir uno de los suyos y mirarla fijamente, sonriendo como un lobo que espera a que la presa deje de moverse.

Al amanecer la desataron. Freud aseguró que no escaparía.

—La pobre no tiene a dónde ir —dijo con certeza.

Recogieron los bártulos en silencio. Alma apartó la mirada cuando Targo y Lucho —así se llamaban— orinaron sobre las cenizas de la hoguera. Rieron, como si todo fuera un juego infantil. Ella les dio la espalda, esforzándose por cubrirse la nariz con la cazadora para no respirar el hedor agrio que impregnaba la habitación. Cuando levantó los ojos, Freud la observaba con el petate al hombro y expresión resignada. No abrió la boca.

Abandonaron los senderos del valle y llegaron a una carretera de montaña. El asfalto estaba cuarteado. De las grietas brotaban hierbajos enmarañados, largos y retorcidos como alambres.

Siguieron hasta la boca de un túnel, medio kilómetro de oscuridad. Un turismo carbonizado y los restos de una moto bloqueaban la entrada. No se detuvieron más que un instante, hacía tiempo que no quedaba combustible en esos depósitos.

Al otro lado, el paisaje cambió. Montañas de basura se extendían a ambos lados, bolsas abiertas como vísceras al sol. Nubes de moscas ennegreciendo el aire.

Alma sintió arcadas y apresuró el paso.

Sus captores charlaban y reían unos metros por delante. Freud caminaba a su lado.

—Lo siento —susurró—. De verdad.

La sangre le hirvió en las venas de una manera que no había sentido antes. Lo odiaba.

—Si tu padre no hubiera intentado quitarles el arma —añadió él —, ahora estarían vivos.

La culpa le cayó encima con un peso insoportable. Si hubiera obedecido. Si hubiera atendido en los entrenamientos, si…

A mediodía llegaron al transporte. Una vieja furgoneta oxidada con los neumáticos prácticamente lisos. Contra todo pronóstico, arrancó a la primera atrás escupir una nube de humo parduzco. Targo, el del machete tomó el volante con Lucho a su lado. Freud y Alma se sentaron detrás. El vehículo vibraba como si fuera a deshacerse en cualquier momento, pero avanzaba. Viajaron hasta que cayó el sol.

Atardecía cuando se detuvieron en una gasolinera abandonada. Los surtidores estaban secos, los muros, cubiertos de pintadas que advertían: "Da la vuelta". El aire olía a podredumbre. Alma vio dos cadáveres en descomposición junto al mostrador. Un cartel clavado en sus pechos decía: "*Traidores*".

Eligieron el pequeño almacén como refugio. Entre los tres hombres arrastraron una vieja lavadora para bloquear la puerta. Encendieron fuego bajo la claraboya rota. El calor se propagó por la estancia rápidamente.

—Te toca la primera guardia —dijo Lucho a Freud—. En cinco horas, Targo o yo te relevamos.

Freud asintió. Antes de salir miró a Alma.

—No le hagáis daño —pidió.

Lucho rio.

—Es una cría. ¿Qué clase de bestias crees que somos?

Targo y Lucho compartieron una mirada. Una sonrisa maliciosa que Alma no pasó por alto. Se arrebujó contra una estantería metálica. El frío del metal le traspasaba los omóplatos, pero podía soportarlo. Intentó mantenerse despierta, con los ojos fijos en el fuego. Media hora después de que Freud saliera, se durmió.

Despertó con el rostro de Lucho a pocos centímetros de su cara. Intentó apartarse, pero Targo le sujetaba las muñecas con firmeza.

—A ver qué tenemos aquí —susurró Lucho, abriéndole el abrigo con dedos hábiles.

—Date prisa, joder. No quiero que Freud nos oiga —gruñó Targo.

—Aunque lo hiciera, no movería un dedo.

—Tú date prisa por si acaso.

Alma forcejeó, desesperada. Sintió como Lucho le rasgaba el jersey. El aire frío le mordió la piel. Gritó y pateó, pero el peso del hombre la inmovilizaba. El olor agrio de su aliento le nublaba la mente.

—Estate quieta —espetó él. Levantó la mano y la dejó caer sobre su rostro.

El golpe la dejó atontada. La habitación, de repente, parecía haberse encogido. Quiso resistirse, pero su cuerpo ya no le pertenecía. Era como si se hubiera convertido en una marioneta y alguien le hubiera cortado los hilos. Le bajaron los pantalones. Lucho se bajó los suyos.

Cerró los ojos. No quería ver lo que estaba a punto de suceder.

Un chispazo de dolor, un dolor intenso, punzante. Tan insoportable que pensó que iba a partirse en dos. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su mente quería desdoblarse y huir de los jadeos nerviosos del monstruo que reptaba sobre ella como una serpiente.

Un ruido interrumpió la escena. Un resuello ahogado. Lucho se tambaleó, llevándose las manos al cuello. Se desplomó con la

garganta abierta de un tajo, la sangre escapándosele entre los dedos. Detrás estaba Freud, con un cuchillo en la mano, el filo brillando por la sangre.

—¿Qué has hecho? —rugió Targo, echándose a un lado.

Freud no contestó. Se abalanzó sobre él y le hirió en el hombro. Targo soltó una amenaza desesperada que Freud desoyó. Lanzó otro tajo. Por mucho que levantara las manos para cubrirse, el cuchillo siempre encontraba dónde clavarse. Freud le apuñaló de nuevo. Y de nuevo. Hasta que dejó de intentar cubrirse y se desplomó junto a su colega.

El silencio que siguió se quebraba por el chisporroteo de las brasas. Alma, temblando, se cubrió con jirones de ropa, incapaz de apartar la vista de los cuerpos. Fue incapaz de volver a ponerse el abrigo. La náusea la sacudió hasta dejarla exhausta. Se hizo un ovillo y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, notó que la llevaban a cuestas. Freud caminaba con paso firme, resollando por el esfuerzo. El amanecer teñía la carretera de un gris mortecino. A su alrededor, solo un páramo infinito y la línea del asfalto.

El hombre se detuvo.

—Espero que puedas caminar. No puedo cargarte a ti y al petate —dijo, dejándola en el suelo.

Al posar el pie, un dolor agudo le atravesó el cuerpo. Se dobló, tambaleante. Consiguió no caer. Freud la cubrió con una manta y le ajustó la ropa con cinta adhesiva.

—Mírame, Alma. Solo un poco más. Ya casi hemos llegado.

Ella apenas entendía. El mundo se reducía a un paso, luego otro, y otro más. El dolor era insufrible.

—Gracias… —susurró Alma, odiándose por decirlo.

Él bajó la vista.

—No me lo agradezcas —dijo Freud sin mirarla.

Caminaron juntos, separados por medio metro. El viento arrastraba polvo y ceniza, y cada kilómetro se hacía eterno.

—En la Ciudadela hay un médico —murmuró Freud—. Te atenderá.

Alma, al borde del colapso, solo pensaba que ningún lugar podía ser peor que lo que dejaba atrás.

No se detuvieron hasta llegar a las puertas de la Ciudadela.

8

Nunca había visto tanta gente en un mismo lugar. La Ciudadela era un enjambre de chabolas que se apretujaban unas contra otras sin ningún orden. Levantadas con despojos —planchas de aluminio, maderas podridas, ladrillos sin argamasa, colchones, lonas clavadas al suelo— formaban un mosaico precario y desolador. Algunas caravanas servían de hogar, los menos afortunados dormían en cuevas o en agujeros excavados en la humedad del suelo.

Todo se arremolinaba alrededor de un edificio que sobresalía como un gigante. Cruzaron el mercado, donde los tenderetes creaban pasadizos sin ningún orden aparente. Vendedores vociferando ofertas, compradores tanteando el género con manos rápidas. El dinero ya no existía. Se pagaba con trueque. O con cuchillo. El agua, las armas y la ropa eran lo más codiciado.

Las hogueras escupían humo. El olor de guisos se mezclaba con el de los desechos humanos y perfumes dulzones. ¿Era aquello lo que en otro tiempo se llamó ciudad?

Alma caminaba pegada a Freud, temiendo perderse entre la muchedumbre. Vio gallinas escuálidas corriendo entre piernas descarnadas, niños desnudos, ancianos en la más absoluta decrepitud acuclillados al calor de un fuego. Un grupo de hombres paleaban letrinas y llenaban carros con desechos cubiertos por nubes de moscas.

Sentía el dolor en la entrepierna como un martillo golpeándole de manera despiadada, y cada paso sobre el barro era una prueba que superar. Dejaron atrás el gentío y se acercaron a un edificio de una sola planta que aún conservaba su forma original, tal vez un garaje en otro tiempo.

Freud levantó la sábana que cubría la puerta y entraron. Dentro había una docena de camillas sobre un suelo ajedrezado. El aire olía desinfectante, a medicina y a enfermedad. Se oían toses, susurros de moribundos.

Un hombre alto, con bata blanca y gafas rotas, fumaba un cigarrillo tras su escritorio. No se levantó al verlos.

—¿Sí? —dijo bajando la vista al libro que tenía en una mano.

—La chica necesita un médico —respondió Freud.

—Ya sabes que no trabajo gratis.

Freud abrió el petate y colocó su contenido sobre la mesa. Dos alcachofas, tres zanahorias, una lechuga mustia. El tipo de la bata no se inmutó. Freud añadió dos botellas de agua.

—Es mi día de suerte —dijo el médico, complacido.

—Ha perdido mucha sangre.

—Si ha llegado hasta aquí, puede esperar a que termine el capítulo.

—Por favor —insistió Freud—. Solo será un momento.

El médico chasqueó la lengua.

—Si es tan fácil, hazlo tú.

—Nube, el pago es justo. Te lo ruego.

—Está bien. Túmbala ahí.

Freud la llevó casi en volandas hasta la camilla. Alma estaba pálida, febril.

—No quiero morir —susurró.

—No morirás —dijo Freud—. Nube sabe lo que hace.

El médico hundió una jeringuilla en su brazo. Todo se fundió en negro.

Despertó con vendas apretándole la entrepierna. El dolor se había convertido en un ardor sordo. En comparación, aquello era asumible. Freud discutía con el médico, de nombre Nube.

—Casi no le quedaba sangre en las venas —decía el médico—. Ha sido más complicado de lo que esperaba. Si lo hubiera sabido…

—El pago es justo —replicó Freud.

—Viejo zorro. ¿Y qué harás con ella?

Freud guardó silencio.

—Es mona —dijo Nube, lanzando humo hacia el techo.

—Necesito marcharme cuanto antes —repuso Freud.

—Entonces véndela. Sol siempre busca género nuevo. Comida y cama a cambio de trabajo.

—Sabes bien qué clase de trabajo.

—Por supuesto, pero mejor eso que morir aquí.

Freud miró hacia la puerta, pensativo. Antes de salir, murmuró:
—¿Crees que Dios nos juzgará por lo que hacemos?
El médico frunció el ceño y luego sonrió.
—A Dios le importamos una mierda desde hace años.
Freud salió sin mirar atrás.

9

Dos horas después, Freud la condujo hasta el edifico más alto de la Ciudadela, un antiguo hotel de tres plantas. A Alma le dio la impresión de que se inclinaba hacia la derecha, como si fuera a derrumbarse. Deseó que lo hiciera antes de que entraran. Bien pensado, tampoco le habría importado quedar sepultada dentro. El anhelo se deshizo tan rápido como llegó. Nada de eso iba a suceder. Nadie iba a salvarla. Los héroes solo existían en los libros del abuelo.

En lo alto, viejo tubos de neón rojo dibujaban la palabra HOTEL. En otro tiempo habían brillado, ahora apenas quedaban retazos de su resplandor.

Dos hombres armados custodiaban la entrada. La expresión de uno de ellos era la de alguien que no tiene un buen día y no quiere que nadie se lo complique. Le faltó un vistazo rápido para reconocer a Freud y dejarlos pasar.

El en vestíbulo, Alma vio un ascensor en desuso y una amplia escalera que se enarbolaba como una serpiente. El armazón metálico brillaba bajo la luz, reluciente como el oro, dando la falsa impresión de que aún funcionaba.

Un sinfín de personas subía y bajaba por las escaleras. La mayoría eran jóvenes, algunos de la edad de Abel.

Freud se detuvo frente al ascensor.

—Espérame aquí —indicó.

El lugar bullía de actividad. Alma no podía evitar observar cuanto la rodeaba. Era la primera vez que veía tanta gente de una edad similar a la suya. La curiosidad se mezclaba con la desconfianza. Cuando cruzaba miradas con alguien, bajaba la cabeza y clavaba la vista en sus botas embarradas. Se sentía observada. No sabía si la miraban por las heridas en el rostro o porque era una cara nueva. Un hombre, con un niño de la mano, le acarició la mejilla con una sonrisa repulsiva. Alma se sintió como un pedazo de carne expuesto en un mercado.

Sobre ella, una claraboya de cristal multicolor tamizaba la luz y la transformaba en destellos de arcoíris. Recordó a Abel, coloreando un

cuaderno con lápices gastados. Entre tanta fealdad, aquel fragmento de belleza parecía un milagro.

Pasaron unos minutos. Freud regresó con un fardo al hombro.

—Alguien vendrá a por ti —dijo.

Alma le sostuvo la mirada, los dientes apretados. Quería gritarle que no la abandonara, quería entender qué había hecho para merecer ese castigo.

Freud se acercó un paso. Su rostro estaba contraído, como si la pena le encogiera.

—Si te hubiera dejado con esos dos, estarías muerta. Te salvé la vida. Aquí tendrás agua y comida, y no estarás sola.

Miró hacia la puerta abierta, impaciente.

—Tenía un trato con ellos —explicó—. Transporte a cambio de la ubicación de tu casa. Ahora que están muertos, el trato murió con ellos. Debo empezar de cero.

Alma se interpuso. El fuego en su pecho se materializó en palabras.

—Te encontraré —dijo con voz quebrada—. Y te mataré.

El gesto de Freud permaneció inmutable. Luego bajó la cabeza.

—Si es así, pagaré con gusto por mis pecados. Pro rezaré para que nuestros caminos no vuelvan a cruzarse. Que tengas suerte, Alma.

Y se marchó, dejándola a las puertas de una a vida que ya detestaba.

Desde lo alto de las escaleras, una chica la observaba. Piel oscura, ojos color avellana, rostro fino, barbilla afilada. Su pelo ondulado se agitaba al caminar. Llevaba un vestido amarillo con flores azules. A los ojos de Alma era precioso. Se sintió miserable en sus vaqueros remendados con cinta aislante.

La chica llegó hasta ella.

—¿Eres Alma? —preguntó con desgana.

Alma asintió.

—Sígueme.

Subieron al primer piso. La condujo hasta una pequeña habitación. Una celda desnuda, con un colchón amarillento y una

ventana diminuta.

—Este será tu dormitorio —le dijo, entregándole un fardo de ropa —. Ponte esto para la inspección. Deja tus cosas sobre la cama. Nadie te las robará.

La chica se marchó. Alma desplegó la prenda: una túnica de arpillera. Era un saco, y ella se sentiría como tierra dentro de él. Se lo puso. El tejido áspero le raspaba la piel alrededor del vendaje de la entrepierna.

—¿Ya estás? —le interrumpió la misma joven, reapareciendo en la puerta.

Ahora llevaba el pelo recogido en una cola que le caía sobre la nuca. Sus brazos fibrosos y su postura irradiaban una seguridad que Alma envidió.

—Sígueme.

Subieron al tercer piso. Se detuvieron ante una puerta doble. Antes de abrirla, la chica le puso la mano en el pecho.

—Haz lo que Sol te diga y no hables. Si obedeces, no te pasará nada.

—¿Quién es Sol? —preguntó Alma, con miedo.

La chica le sostuvo la mirada.

—Aquí dentro, es quien decide si vives o mueres.

Accedieron a un salón amplio y bien iluminado. La chica condujo a Alma hasta el centro y luego se apartó a un rincón, con las manos a la espalda y erguida como un soldado que espera órdenes. El suelo estaba cubierto por un tapiz apagado que terminaba en un ventanal desde el que se divisaba la Ciudadela en toda su crudeza.

Al fondo, alguien —seguramente Sol— se sentaba en una silla de respaldo alto, con orejas doradas, tras una mesa rectangular cubierta de libros. La silueta, recortada a contraluz, apenas dejaba entrever su rostro. Alma levantó la vista hacia el techo. No podía apartar los ojos de las bombillas blancas y tenues que colgaban por toda la sala.

—Generadores a base de carburante —dijo una voz áspera—. Gastan una barbaridad, pero me gusta impresionar a las recién llegadas.

Sol se incorporó. Era una mujer de melena blanca, enmarañada y espesa, que domaba con un pañuelo rojo atado a la nuca. Una cicatriz rosada le cruzaba el rostro de oreja a oreja, cortando el puente de la nariz. Sonreía como un zorro y caminaba igual, sigilosa, acechante.

—¿Dónde están mis modales? —dijo la mujer con falsa cortesía—. Me llamo Sol y soy la que manda. —Se inclinó hacia ella, examinándola—. Rubia, ojos preciosos. Eres bonita, sí. Cuando esa herida de la cara sane, lo serás más. ¿Tienes hambre? —Alma asintió apenas—. Aquí comerás caliente dos veces al día y tendrás colchón propio.

El recibimiento no resultaba tan aterrador como Alma había temido.

—¿Cuántos años tienes? —Preguntó Sol.

—Dieciséis.

—Qué edad tan conveniente —le levantó la barbilla con dedos ásperos—. Dieciséis años y ya con cuerpo de mujer.

Alma se sonrojó.

—Mmm… —Sol le abrió la boca con dos dedos, chasqueó la lengua—. Te faltan dientes, una pena. Sonríe con la boca cerrada y servirá.

Fue hasta una mesita, se sirvió un trago de una botella plateada y la miró con atención incómoda.

—Quítate la arpillera.

La orden la desarmó. Alma miró a la chica morena, buscando apoyo, pero esta seguía mirando la pared. Sol se cruzó de brazos, impaciente.

—No tengo todo el día. Quiero ver qué he comprado.

Con el corazón desbocado, Alma se bajó la áspera tela hasta la cintura. Sol se acercó, le paso un dedo por el ombligo, le apretó los hombros, le manoseó los pechos con una mezcla de frialdad y cálculo. Luego se colocó a su espalda, respirándole en la nuca.

De un tirón, le bajó la arpillera hasta los tobillos. Se detuvo en seco al ver el vendaje que cubría la entrepierna.

—¿Qué demonios? —Arrancó las vendas y dejó al descubierto los puntos oscuros, las costras, la piel enrojecida. La repulsión en su

rostro fue inmediata—. ¡Ese cabrón me ha engañado!

Empezó a maldecir, recorriendo la sala como fiera enjaulada.

—Así no me sirves. Nadie te querrá en ese estado.

Sol bebió de un trago, arrojó el vaso contra la pared y volvió a servirse.

—Irás a la plantación. Al menos hasta que el estropicio que tienes entre las piernas sane. No pienso perder mi inversión. Vístete.

Mientras Alma se cubría de nuevo, Sol acarició con suavidad la mejilla de la chica morena.

—Piña, llévala al refectorio y que coma algo. Después, directa a su habitación.

Alma, vencida, reunió fuerzas para hablar.

—Señora, me hicieron…

El bofetón llegó como un relámpago. Alma cayó sentada, aturdida.

—¡Ni una puta palabra más! —rugió Sol—. Lárgate de mi vista.

Piña la levantó y la sacó sin decir nada. Solo cuando la puerta se cerró, Alma volvió a respirar.

10

El refectorio era una sala de techos altos y paredes de cemento desnudo, con apenas mobiliario. Allí comían los que trabajaban para Sol, la mayoría adolescentes. Los adultos —guardias y cocineras— tenían su propio comedor, un lugar del que poco se hablaba y donde, según rumores, bebían y fumaban hasta el amanecer.

Los jóvenes cenaban alrededor de una mesa improvisada con tablones sobre caballetes. En cuanto Alma se sentó en un taburete y apoyó los codos, casi volcó la cena. Las miradas hostiles bastaron para que retirara las manos y bajara la cabeza, ardiendo de vergüenza.

En su plato humeaba una papilla blanquecina con grumos marrones. Una mucosa espesa que resbalaba por la cuchara. Piña, a su lado, la observaba con desdén.

—Son gachas de maíz —explicó, comiendo con naturalidad—. Saben mejor de lo que parece.

Alma dudó, pero el hambre que arrastraba la obligó a probar. El sabor era pobre, aunque no tan horrible como su aspecto.

—Aquí no te darán otra cosa —le dijo la chica.

Durante la cena, Alma vio como Piña recibía discretamente a varias chicas que se acercaban a la mesa. Ella les entregaba bolsitas o envoltorios y, a cambio, obtenía muestras de respeto, inclinaciones de cabeza, sonrisas contenidas. Entendió que Piña no era una simple trabajadora.

—Deja de mirarme —le advirtió—. O tendrás problemas.

Alma apartó la vista, pero no pudo evitar preguntar.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Llegué con cinco años. Ahora tengo quince. Haz cuentas.

—¿Y por qué te llaman Piña?

—Aquí nadie usa su nombre real. Los apodos ayudan a sobrevivir. Algunos los eliges, otros te los imponen. El mío… quizá te lo cuente algún día.

Alma tragó saliva.

—¿A qué te dedicas?

Piña se encogió de hombros.

—Trabajo con los clientes.

La normalidad en su voz sorprendió a Alma.

—No es tan malo como suena —añadió Piña al ver su gesto—. Al principio duele, luego menos, después ni lo notas. El truco es pensar en otra cosa. Te acostumbras. Tú también lo harás.

—Prefiero morir.

—Ya. Eso es fácil de decir. Lo difícil es llevarlo a cabo. Créeme, ser acompañante no es lo peor que te puede pasar aquí dentro.

Alma guardó silencio.

—¿Sabes algo sobre el trabajo en la plantación? —preguntó.

Piña se limpió la boca con el pulpejo de la mano.

—Dicen que es duro. Te suben a un furgón al amanecer y te llevan a recoger maíz. Los que regresan por la noche vienen molidos. Tranquila, en cuanto te cures, Sol te pondrá de acompañante.

Alma no respondió.

11

La despertaron de madrugada. La puerta se abrió de golpe y el ruido le reventó los oídos. Luego una luz cegadora. Antes de reaccionar, unas manos la sujetaron de los brazos y tiraron de ella. Alma no fue consciente de lo que ocurría hasta sentir el frío del pasillo en los pies y los empujones de los hombres que la arrastraban escaleras abajo. Cuando preguntó que adónde la llevaban, no obtuvo respuesta.

El aire helado le ardía en los pulmones. Las sombras de las paredes se movían al ritmo de las linternas colgadas al pecho de sus captores. Sus botas resonaban en los peldaños como tambores de guerra.

Detrás del hotel esperaba un furgón. El humo del escape aún flotaba como una nube tóxica. Dentro, arrebujados en gruesos abrigos que parecían tragárselo enteros, media docena de jóvenes aguardaban en silencio. El conductor golpeó la chapa con la palma abierta.

—¡Vamos, coño!

La empujaron dentro. Cayó sentada en el único hueco libre, junto a un adolescente rapado al cero, que mantenía los codos pegados al cuerpo como si cualquier contacto humano le repugnara. El motor rugió y el vehículo arrancó con un traqueteo que le hizo rebotar la cabeza contra la pared metálica. La Ciudadela quedó atrás, tragada por la oscuridad.

Alma se aferró al pasamanos mientras se calzaba las botas y se cerraba el abrigo. Cada bache les levantaba del asiento y les golpeaba las cabezas contra el techo. Alma intentó equilibrarse poniendo la mano en el techo, pero fue una batalla perdida. Afuera, los primeros rayos de sol asomaban tímidos tras las montañas.

Los otros apenas la miraban, y cuando lo hacían, era con un vacío que helaba la sangre. Eran de su edad, algunos menores, otros algo mayores. Cada uno cargaba un estigma, como si la vida los hubiera marcado para separarlos del resto. A uno le faltaba un ojo y, en su lugar, había una cicatriz en forma de estrella, grotesca, mal cicatrizada. Otro tenía una mancha rojiza que le surcaba la cara

desde la ceja hasta el mentón, como un río de sangre petrificada. El más joven, apenas un crío, tenía una herida abierta en la mejilla. Se le veían los dientes rotos, la lengua agitándose cada vez que tragaba saliva.

El mayor se masajeaba las manos como quien intenta olvidar que son suyas. A simple vista, parecía intacto, hasta que levantó la cabeza. Un ojo blanco, opaco como la leche, se clavó en ella. El odio que irradiaba bastó para que Alma dejara de mirarle.

Era noche cerrada cuando Piña le trataba las heridas de las manos con un paño húmedo. Sentada sobre el camastro, Alma lloraba en silencio. La piel de sus palmas era un mapa de grietas, cortada en varios sitios. Le ardía como si las hubiera metido en agua hirviendo.

—Por lo menos has sobrevivido a tu primer día —dijo Piña con una sonrisa torcida—. No todos lo consiguen.

No había compasión en su voz. Piña no estaba allí para consolarla, y Alma lo comprendió al instante. De haberla animado, habría mentido. La única verdad era que, comparado con el destino de las acompañantes, la plantación parecía un mal menor. Aunque el trabajo que desempeñaba allí era inhumano.

Cuando terminó de vendarle las manos con tiras de tela y un trozo de esparadrapo, Piña la miró con una expresión que Alma no supo discernir.

—Puedo darte algo que te irá bien —susurró, apartándole un mechón de pelo de la cara. Sonrió casi con dulzura—. Ya me devolverás el favor cuando llegue el momento.

Alma no entendió a qué se refería, y tampoco preguntó. Cualquier ayuda era mejor que nada. Asintió agradecida.

Pensó en cuánto tardarían en cicatrizar los cortes, y que, aunque sanaran rápido, al día siguiente volverían a abrirse. Cada tallo de maíz que arrancó le provocó una nueva herida. Ninguna mortal, pero dolían como el infierno.

Demasiado cansada para hablar, se dejó caer en el camastro. El sueño la envolvió con rapidez.

Al amanecer encontró unos guantes de piel sobre la almohada.

12

La noche siguiente, el comedor bullía de actividad. Los niños cenaban gachas como si fuera un banquete. Los tazones humeaban, el aire estaba cargado de vapor, gritos y golpes de cucharas contra la madera.

Alma comía junto a Piña, que parecía más habladora de lo habitual.

—Ese de ahí es Tordo. Nadie sabe si por el pájaro o porque siempre anda con mierda. La de la esquina es Vinagre, se queja de todo.

Alma asentía, agotada, consciente de que no recordaría ninguno de esos nombres al día siguiente. Sintió que le debía el esfuerzo por escucharla. Los guantes que le había dado habían sido una bendición durante la jornada.

—El gordito es Migajas, ¿hace falta que lo explique? —rio Piña—. La guapa del fondo es Luna, trabaja en las cocinas, no la verás mucho por aquí. Y aquel … —señaló al muchacho del ojo blanco y el pelo rapado—. Ese es Lobo. No te conviene tener problemas con él.

Alma lo reconoció al instante. Era el que iba a su lado en el furgón. Su presencia le provocó un escalofrío.

Después de cenar, Piña le acompañó a su celda. Esa noche llevaba un vestido negro con encaje. Caminaba ligera, sonriendo más que de costumbre. Subieron mientras la cogía del pelo, acariciándoselo como si ahora fueran amigas. Alma quiso creerlo. Se permitió pensar que quizá, después de todo, no estaba tan sola.

En la celda, Piña sacó un cuchillo oxidado del bolsillo y se lo puso en la mano.

—Ha llegado el momento de que me devuelvas el favor —dijo—. Hay una zorra que me debe algo y se hace la tonta. Quiero que te cueles en su habitación y la pinches un par de veces.

Alma abrió los ojos como platos. Retrocedió hasta chocar con la pared.

—No te pido que la mates, solo que la asustes. Un par de cortes aquí y allá y entenderá.

Alma negó con la cabeza, con el corazón desbocado.

La sonrisa de Piña desapareció. Se le plantó delante, tan cerca que sus narices casi se rozaron.

—Aquí no hay favores gratis, pueblerina. Si yo te doy algo, tarde o temprano lo pagas.

Alma temblaba. En un gesto desesperado, le ofreció los guantes.

—Toma.

—No los quiero. Ahora son tuyos —se carcajeó—. ¿De verdad pensabas que te los di porque me caías bien? ¿Por qué íbamos a ser amigas? —Se cruzó de brazos y la observó como a un insecto—. Aquí dentro se hace lo que yo diga. Métetelo en la cabeza.

Antes de salir, señaló los guantes sobre la cama.

—Procura no perderlos. Te harán más falta de lo que crees.

La puerta se cerró. Alma se quedó sola, con un nudo en la garganta, sintiéndose idiota. Había querido creer que podía haber amistad entre ellas, que aún quedaba un resquicio de bondad en aquel agujero. Pero no. Solo había engaños, trampas y favores que se pagaban con sangre.

El día siguiente en la plantación fue peor. Alma no entendía cómo los demás soportaban aquello. Trabajaban como autómatas. Arrancaban tallos, llenaban sacos, obedecían órdenes. Ella, en cambio, apenas podía con su cuerpo. Terminó la jornada destrozada, cubierta de polvo y sudor seco, sin pensar en otra cosa que no fuera dormir.

Cuando llegó al comedor y se sentó a la mesa, no levantó la vista de su cena. Piña, a su lado, ni siquiera la saludó. Charlaba con otra chica, riendo como si Alma no existiera.

Cogió la cuchara, dispuesta a devorar las gachas de su cuenco, cuando una voz tronó frente a ella.

—Tú, niñata.

El ojo blanco de Lobo la atravesó.

—He oído que tienes unos guantes muy chulos. Los quiero.

Alma tragó saliva. Nadie se enfrentaba a Lobo. Y sin embargo, las palabras salieron solas.

—No.

Un murmullo recorrió la mesa. Lobo golpeó con el puño, haciendo temblar los platos.

—Dámelos o te reviento.

Alma se levantó despacio, dispuesta a plantarle cara.

—Son míos.

Lobo sonrió y fingió marcharse. Luego se giró y le cruzó la cara de un manotazo. Alma cayó, pero volvió a ponerse en pie, tambaleante. Esta vez levantó los puños.

—¡Dámelos!

—No.

Podría haber presentado batalla si dos de los chicos que seguían a Lobo no la hubieran sujetado por los brazos. Él se acercó, disfrutando de su impotencia.

—¿Dónde los escondes?

Le dio una patada en el estómago. Alma se cayó de rodillas. Aun así, volvió a negarse. Piña se inclinó junto a ella y le susurró al oído:

—Dáselos.

Alma apretó los dientes.

—No.

Lobo la golpeó otra vez. Un bofetón que la derribó. Mientras tanto, todo el comedor guardaba silencio.

Esa noche, tumbada en la cama, con el cuerpo dolorido, sonrió. Se sentía pequeña, rota, magullada. Pero sonrió. Porque, por primera vez desde que había llegado a la Ciudadela, había dicho que no.

Y había resistido.

13

Durante la jornada en la plantación, Lobo se comportó como si Alma no existiera. Arrancaba tallos secos de raíz con manos enormes, hundiéndolas en la tierra agrietada, mientras el sudor le perlaba la frente. No le dedicaba una sola mirada, como si reservara toda su atención para la noche, cuando los guardias desaparecían y no quedaba más ley que la suya. Aquella indiferencia calculada era los más inquietante. Le pegaba cuando Sol no estaba presente, a sabiendas de que no le gustaría en absoluto que dañara su mercancía. También procuraba pegarle en sitios que no se vieran a simple vista. Pocas veces le daba en la cara. Lobo no era tan bruto como aparentaba, sabía cuándo y cómo debía moverse.

Ella lo observaba con disimulo, intentando leer su lenguaje corporal. Caminaba con los brazos ligeramente separados del torso, balanceándolos en cada zancada, como si necesitara ocupar más espacio del que realmente tenía. La mandíbula adelantada, los labios entreabiertos, enseñando unos dientes amarillos y torcidos, completaban un gesto que le recordaba al perro al que su padre mató hacía una eternidad. Comprendió que había animales que era mejor mantener lejos. Y Lobo, aunque humano, pertenecía a esa categoría.

—Ándate con ojo —susurró alguien a su espalda.

Era uno de los compinches de Lobo, el mismo que la sujetó la noche anterior. Desgranaba una mazorca con manos blanquecinas. Tenía el labio partido y el ojo izquierdo inyectado en sangre, cubierto de capilares rotos. Alma no necesitaba preguntar quién se lo había hecho.

—Lobo está loco —continuó, casi suplicante—. Cuando quiere algo, lo consigue. Siempre.

Alma bajó la mirada a sus guantes. La piel, cuarteada y gastada en los nudillos.

—Dáselos o te hará daño —pidió el chico.

—No —respondió ella con sequedad.

—Tu amiga, la de los vestidos, puede conseguirte otros.

—No.

Él tragó saliva, mirando a su alrededor, temiendo ser oído.

—Por favor. Dáselos. No quiero hacerte daño.

—Nadie te obliga.

La respuesta lo dejó callado un momento. Sus ojos oscilaron entre el miedo y la resignación.

—No entiendes nada. Aquí la única forma de sobrevivir es ponerte del lado del más fuerte. Los débiles no tenemos ninguna oportunidad si vamos solos.

Alma miró las heridas que le marcaban el rostro. El mensaje era claro: quien debía protegerlo también era su verdugo. El chico se alejó con los hombros hundidos, arrastrando los pies por el polvo.

Siguió arrancando mazorcas en silencio.

Como cada noche, en el refectorio, el murmullo se apagó de golpe. Todos sabían lo que estaba a punto de suceder. Lobo avanzó entre las mesas seguido de sus dos fieles. La sombra de su figura cubrió a Alma antes de hablar.

—¿Vas a darme los guantes o voy a tener que darte de hostias? —preguntó con la calma de alguien al que poco le importa la respuesta.

El silencio de Alma contestó por ella. Los compinches la inmovilizaron. Lobo descargó su furia. Un rodillazo en el estómago, un puñetazo en las costillas. Cuando se cansó, se marchó con las manos vacías, resoplando como un toro.

Más tarde, Piña apareció en la celda con una sonrisa satisfecha.

—Hola, pueblerina —saludó. Dejándose caer a su lado en el camastro.

Alma, con el rostro hinchado y los labios partidos, le dio la espalda.

—No voy a darle los guantes.

—Eso ya lo sé. Eres la tía más cabezota que he visto. Solo me pregunto cuánto tardarás en romperte.

Alma clavó los ojos en la pared, deseando que se fuera.

—Si no se los das, te matará —advirtió Piña.

Perder los guantes significaba perder lo que quedaba de ella. Su resistencia, la última prueba de que aún podía decir "no". Si los entregaba, ya no sería nada.

Se incorporó y encaró a Piña.

—¿Por qué me haces esto?

Piña la miró como a un insecto atrapado en un frasco.

—Aquí todo tiene un precio. Si yo te ayudo, tú me ayudas. Si no, pagas.

—Solo quería ser tu amiga —murmuró Alma.

Por un instante, temió que Piña riera. No lo hizo. Solo ladeó la cabeza y, respondió con frialdad:

—Tienes mucho que aprender, pueblerina.

—No me llames así.

—Te llamaré como me dé la gana.

Alma apretó los puños, la rabia le subía como la fiebre.

—Adelante —provocó Piña—, pégame si quieres. Sabes que podrías conmigo, pero si me tocas un pelo, Sol te arrancará la piel a tiras.

Alma contuvo el impulso. Se dejó caer en la cama, exhalando un suspiro cargado de impotencia.

—Cálmate o te dará un infarto, pueblerina —rio Piña—. Cuanto antes aprendas quién manda, mejor para ti.

La noche siguiente, Lobo la sorprendió antes de la cena. El comedor se apagó en un silencio tenso. La agarró del pelo, la arrancó del asiento de un tirón y le estampó una bofetada en la oreja que la dejó sorda por varias horas.

Lobo estaba desatado. Su respiración rugía, los ojos ardían con furia. Otro revés en las costillas la desarmó. Alma bajó los puños. Sabía que resistirse solo provocaría que sus compinches intervinieran, y sería peor.

Antes de marcharse, oyó un susurró en su oído, tan cerca que olió su aliento.

—La próxima vez te mato, zorra.

14

Para su sorpresa, los tres días siguientes transcurrieron sin incidentes. No volvió a ver a Lobo ni en la plantación ni en el refectorio. Esa ausencia, lejos de tranquilizarla, le ponía los nervios de punta. Prefería tenerlo a la vista, conocer su ubicación en todo momento. Ahora vivía con el estómago encogido, esperando que apareciera de repente.

El dolor en el pecho no remitía. Sentía agujas clavándose en sus pulmones cada vez que respiraba. Los mareos eran frecuentes. Sabía que algo en su interior estaba roto, aunque intentaba obviarlo. Por la noche cenaba junto a Piña, odiándola en silencio, odiándose a sí misma por su ingenuidad.

Y en los momentos de agotamiento, pensaba en Freud, preguntándose si seguiría vivo.

Unos días después, a punto de terminar la jornada en la plantación, estalló un griterío. Los trabajadores se disponían a abordar los furgones que los llevaría de vuelta al hotel cuando un muchacho salió disparado hacia campo abierto. Era uno de los más jóvenes, de aspecto famélico, con las piernas largas como látigos. Corría con la desesperación de quien solo piensa en vivir.

Alma lo siguió con la mirada. Por un instante tuvo esperanza. Quizá lo lograra. Quizá tuviera una oportunidad.

—¡Alto! —ordenó un guardia.

El chico no se detuvo, incluso apretó el paso. El guardia levantó el arma, apuntó con la frialdad de alguien que lo ha hecho cientos de veces y abrió fuego.

Alma no apartó los ojos. Quiso verlo. El muchacho cayó de bruces, ahogándose en su propia sangre, muerto antes de tocar el suelo. El proyectil le había atravesado la nuca y le había salido por la garganta.

Durante semanas, el cuerpo permaneció allí, pudriéndose bajo el sol. Su piel se ennegrecía cada día que pasaba. Nadie dijo nada, ni siquiera los que le conocían. Lobo lo ignoró. Los demás también.

Y Alma, por primera vez, compartió el mismo sentimiento.

Esa noche, cuando estaba a punto de dormirse, un ruido junto a la puerta la puso en guardia. Supuso que faltaban unas pocas horas para el amanecer, a juzgar por el silencio que reinaba por los pasillos. Nadie, salvo los guardias, rondaba el hotel a esas horas.

Se incorporó y aguzó el oído. Alguien trataba de entrar en su celda.

Por un momento pensó en Piña, pero lo descartó. Ella no se habría molestado en entrar a escondidas; se habría plantado dentro como si estuviera en su derecho. No, quien estaba al otro lado de la puerta no era Piña.

Alma se levantó con torpeza, aturdida aún por el sueño. No llegó a tiempo para cerrar la puerta. La luz del pasillo dibujó el rostro de Lobo cuando este cruzó el umbral.

El tufo a alcohol la golpeó como una bofetada. Se le heló la sangre al ver cómo se relamía los labios.

—Zorra —escupió, avanzando un paso.

Alma le lanzó un puñetazo directo a la cara, con toda la fuerza que pudo reunir. Le golpeó la nariz, pero él apenas pestañeó. Sonrió, se rascó la entrepierna y le hundió un puño en el estómago. Alma cayó de rodillas, con las costillas ardiendo.

—Quédate con tus jodidos guantes. Me importan una mierda. Solo quiero hacerte daño.

Se abalanzó sobre ella y la inmovilizó contra el camastro, sujetándole ambas manos con una sola de las suyas. Con la otra se desabrochaba los pantalones, los ojos desorbitados, la respiración agitada. El hilillo de saliva que le cayó sobre la mejilla encendió la rabia de Alma.

Sabía que por mucho que gritara, nadie acudiría.

Podía soportar golpes, hambre y humillaciones, pero no aquello.

Nunca aquello.

Aprovechó que Lobo le lamía el hombro para morderle el lóbulo de la oreja. Encajó la mandíbula con fuerza y desgarró. El sabor cobrizo de la sangre inundó su boca. Lobo rugió y se echó atrás arrancándose el lóbulo de cuajo.

El monstruo que la aterrorizaba gimoteaba ahora como un perro herido. Por un instante, Alma probó el sabor de la victoria. Le sonrió

con los dientes teñidos de rojo.

El puñetazo de Lobo en plena cara la devolvió a la realidad. Notó cómo el tabique se rompía con un chasquido húmedo. Entre la bruma de la inconsciencia, oyó gritos en el pasillo y pasos apresurados que iban de un lado a otro.

Su último gesto fue escupir el pedazo de oreja mientras el techo se difuminaba.

Despertó rodeada de un blanco borroso. Le dolía todo el cuerpo. Nariz, pómulos, costillas. Respirar era un suplicio. Perder el conocimiento y despertar en otro lugar se estaba volviendo demasiado habitual.

Al enfocar la vista, reconoció el hospital. El olor a enfermedad y desinfectante la envolvía. No fue del todo desagradable. El camastro le resultó tan acogedor que casi lloró de alivio.

—Yo de ti, me estaría quietecita —oyó a su lado.

Nube, el médico, la observaba desde su escritorio, cigarrillo en una mano y una copa en la otra. Se acomodó las gafas rotas con el dedo.

—No entiendo cómo una cría tan flacucha acaba metiéndose en tantos líos. He visto tipos enormes dar menos problemas, en serio.

Alma apretó los labios bajo la venda de su nariz. Pensó en una excusa, pero al final guardó silencio. No valía la pena malgastar saliva.

—Hace un rato tuve que coserle la oreja a un grandullón tuerto al que alguien le arrancó el lóbulo de un bocado. Pobre desgraciado… va a llevar esa cicatriz toda su vida.

Esta vez no pudo estarse callada.

—Quiso violarme.

Nube encogió los hombros, como si hablaran del tiempo.

—Eso no me incumbe.

Su indiferencia la enfureció. Apartó la mirada, con las lágrimas ardiéndole en los párpados. Intentó tumbarse de lado, pero el dolor que sintió la hizo mascullar entre dientes.

—Quédate quieta. Tienes tres costillas fisuradas. O reposas de verdad o terminarás peor. Y no te toques la nariz, está rota.

Ella cerró los ojos, esforzándose por no chillar.

—¿Dónde está Freud?

Nube arqueó una ceja entre el humo.

—¿Ese tipo con la tristeza tatuada en la cara? Sabes que no se llama así, ¿verdad?

—¿Sabes algo de él?

—Mira, niña, no soy detective. Ni tu amigo.

La respuesta fue más dolorosa que cualquier golpe.

15

Los días pasaban lentos, entre analgésicos y sueños turbios. Las horas se difuminaban, perdiendo el orden y la lógica. Cerraba los ojos de día y volvía abrirlos cuando era de noche.

Una mañana, escuchó voces en la entrada. Entreabrió los ojos. Nube discutía con dos soldados vestidos con casaca roja.

—Ya sabes cómo son estas cosas —decía la mujer, con el casco bajo el brazo—. Necesitamos esos medicamentos.

—Pues no hay más —replicó Nube—. Si cedo, condeno a los míos.

La soldado suspiró, con un deje de lástima.

—Sabes lo que pasará si no colaboras —expresó.

—¿Me amenazas? Sois vosotros los que incumplís el acuerdo.

—Cuando termine la guerra, serás recompensado.

—La guerra nunca termina.

Alma se estremeció en la cama. Aquella frase sonaba a verdad absoluta.

—Bien —expresó la soldado, colocándose el casco y trabando la correa bajo su barbilla—. Le haré saber tu decisión al mayor. Pero no será de su agrado.

Cuando los soldados se marcharon, Nube fue hasta la cama de Alma, chasqueando la lengua.

—Me alegra que sigas viva, princesita. Así tendrás más tiempo para meterte en líos.

Alma no dijo nada. No pasó por alto lo alterado que estaba el médico.

Una semana después, Sol irrumpió exigiendo el regreso de Alma. Nube alegó que no estaba recuperada, y que debía reposar al menos otra semana. A Sol no le gustaba perder, y menos ante un tipo tan engreído como Nube. Aun así, tuvo que tragar y marcharse por donde había venido, farfullando y maldiciendo, escupiendo palabras envenenadas.

Al día siguiente, Nube le tendió un papel con un mapa garabateado.

—Ya va siendo hora de que hagas algo por mí. Ve al mercado y busca a un tipo llamado Quilates. Te dará un paquete. Lo traes aquí. Sin desvíos, sin tonterías.

Alma lo miró con recelo desde la cama.

—¿Y si me ve Sol?

—Esa bruja no sale de su cueva. Y si lo hace, yo le daré explicaciones.

Alma apretó el mapa. Una misión. Algo que hacer. Desde su llegada a la Ciudadela, era la primera vez que alguien confiaba en ella. Además, estar todo el día tumbada era un suplicio. Se calzó las botas con torpeza y se puso en pie.

—Vale, lo haré.

El mapa parecía un garabato infantil, apenas unas líneas torcidas con manchas de ceniza y una cruz señalando el lugar. Sin embargo, era claro y cualquiera podía entenderlo. Lo dobló y se lo metió en el bolsillo. Lo sentía como si fuera el mapa del tesoro.

Al apartar la lona de la entrada, la recibió un aire espeso y húmedo. Los callejones estallaban de actividad. Bajó la cabeza y apretó el paso, recordando las últimas palabras de Nube: *no hables con nadie, no te fíes de nadie*.

A medida que se adentraba en el mercado, los puestos se sucedían como un laberinto improvisado. Lonas roídas, palos astillados, mantas extendidas sobre el barro con mercancías desparramadas. Relojes oxidados, zapatos desparejados, cuchillos mellados, botellas medio llenas de algo quizá fuera agua. Los vendedores se hacían notar, anunciando la calidad de lo poco que tenían.

El olor era insoportable. A ratos, el tufo dulzón de la carne chamuscada le revolvía el estómago. En otros, el hedor a excrementos humanos de las letrinas se mezclaba con el de los animales y se le pegaba a la piel.

Alma seguía las indicaciones del mapa. Cada cruce era una decisión que tomaba sin dudar. Pasó junto a un grupo de niños descalzos que se peleaban por un mendrugo. Uno la miró con uno ojos salvajes. Alma aceleró el paso, sintiendo la espalda expuesta. Aquella mirada era una advertencia.

Tras varios minutos, la X coincidió con un puesto que destacaba de los demás. Un tenderete cubierto por una lona esmeralda, sorprendentemente limpia.

Un hombre enclenque con el pelo teñido de azul chillón acomodaba frascos de cristal en una estantería improvisada. Uñas negras, chaleco de lentejuelas y un ojo delineado corrido por el sudor. Una parodia de artista de otro tiempo.

Alma supo al instante que era el hombre al que buscaba.

—¿Quilates? —preguntó.

El hombre alzó la vista.

—Es tu jodido día de suerte, lo tienes delante —dijo teatral—. ¿Qué quieres?

—Me envía Nube a recoger un paquete.

—Ese cabrón no se olvida de nada. Espera —Desapareció tras una lona y volvió con un paquete envuelto en seda roja. Lo sostuvo en alto y luego se lo tendió—. Dile que estamos en paz.

Alma asintió y escondió el paquete bajo el abrigo. Se dio la vuelta, dispuesta a regresar. Tanteó los bolsillos. No encontró el mapa. Recordaba haberlo guardado en el izquierdo. Revisó el derecho. Nada. Pensó que podría volver sin él, desandando el camino. Al fin y al cabo, si había llegado, volver no debería ser tan difícil.

Pronto descubrió el error. El mercado era un laberinto vivo, los pasajes cambiaban y las lonas ocultaban el cielo.

Terminó en un callejón donde la luz apenas penetraba. Hombres y mujeres se apretujaban contra las paredes, compartiendo el calor que pocos lograban contener. Cuerpos llenos de llagas, miembros amputados, ojos sin brillo. Todo allí hedía a putrefacción. Sus miradas la siguieron con hambre. Una mujer orinaba agachada con total naturalidad mientras charlaba con un tipo al que le faltaba un brazo. En aquel mundo, ya nada daba vergüenza.

Trepó a un poste y asomó la cabeza entre las chapas que hacían de techo. A su espalda, vio las kilométricas letrinas. Separadas de las viviendas por unos cientos de metros. A todas luces insuficientes. Allí no solo había fluidos humanos, también había cuerpos, huesos secándose al sol y al frío, tiñéndose del mismo gris que los desechos

y la tierra. Las moscas se daban un festín las veinticuatro horas del día.

Al otro lado vio el neón del hotel. El hospital quedaba en dirección contraria. Bajó de un salto y retomó el camino, convencida de lograrlo.

Tras tomar dos desvíos se dio cuenta de que no iba a ser tan fácil. El mercado parecía haber vuelto a cambiar. Caminó en busca de algún lugar al que encaramarse para verlo desde arriba, pero no dio con nada. La desesperación volvía a susurrarle a la oreja.

Unos metros después, se topó con una mujer mayor, gorro azul con borla roja y sonrisa mellada. En cualquier otro momento hubiera seguido caminando, pero algo en su rostro le resultó familiar.

—¿Te has perdido, guapa?

Dudó un instante antes de asentir. Sus facciones le recordaron a la manera en la que el abuelo Bosco le describía a su abuela. Pelo cano, ojos azul claro y mirada cariñosa. El gorrito que llevaba la hacía parecer aún más entrañable.

—Si me dices adónde te diriges, te llevo.

—Al hospital —susurró Alma.

—Eso está aquí al lado. Ven.

—Si me explica cómo llegar...

—Yo no sé dar indicaciones —rio—, pero te llevo en un minuto. ¿Vienes?

Al principio se mantuvo a cierta distancia, como le enseñó su padre. Tras un par de giros, el mercado desapareció de nuevo. Terminaron en un callejón sin salida, frente a un muro lleno de pintadas.

La mujer se giró. Ya no sonreía.

—Vaya —dijo con voz seca—, parece que me he liado.

Alma entendió la trampa. Giró sobre sus talones con la intención de salir de allí. Un hombre apareció por detrás, bloqueándole el paso. Era gordo, calvo, con un parche cubriéndole un ojo.

—Perdona a mi mujer —dijo—. No es muy lista.

El corazón de Alma se aceleró. Retrocedió hasta la pared, quedando entre los dos.

—Enséñanos lo que llevas debajo del abrigo —ordenó la mujer.

Alma negó con la cabeza.

—El paquete es de Nube.

Se miraron. Por un instante llegó a pensar decir a quién pertenecía la salvaría, pero la sonrisa torcida del tuerto la devolvió a la realidad.

—Entonces mejor será que no quede nadie para contarlo.

Sacó una navaja. Alma levantó lo puños. Apenas logró dar un golpe antes de que el hombre la sujetara del cuello y le pusiera la hoja en la mejilla.

—Iba a hacerlo rápido, pero ahora vas a sufrir, perra.

Entonces sucedió. Una figura apareció detrás y le propinó al tuerto una patada brutal entre las piernas. Este se dobló, soltando la navaja, con las manos sobre la parte golpeada.

—¿Robarle a una cría? Qué bajo habéis caído —dijo una voz.

Alma giró la cabeza. Una chica con gorra sostenía una tubería de plomo. El cabello rojo le caía en mechones a la altura de las sienes. Los ojos, gris acero, irradiaban dureza.

—Lárgate —le gruñó la mujer del gorro azul—. Esto no va contigo.

La pelirroja no se inmutó.

—Si en diez segundos no habéis desaparecido, os parto el cráneo a los dos.

El hombre intentó alcanzar la navaja, pero ella fue más rápida. Descargó la tubería en su cabeza con tanta fuerza que cayó de bruces. Pronto se formó un charco de sangre negra que la tierra se tragaba con avidez.

La mujer chilló, y fue a arrodillarse junto a su marido. Cualquiera pensaría que le ayudaría a levantarse. Pero lo que hizo fue rebuscarle en los bolsillos. Después, echó a correr.

El silencio quedó suspendido un instante. Alma, aún temblando, dio un paso hacia su salvadora.

—Gracias —dijo.

La pelirroja la ignoró. Se llevó la tubería al hombro y la miró con desconfianza. Después le dio la espalda y se puso a caminar.

—Espera. ¿Sabes llegar al hospital? —preguntó Alma.

—Claro.

La pelirroja reemprendió la marcha. Miró por encima del hombro para ver si Alma la seguía.

—Si quisiera robarte, ya lo habría hecho ¿Vienes o prefieres seguir dando vueltas?

Alma tragó saliva. Tenía miedo, pero no de ella.

La siguió.

16

Nunca hubiera imaginado lo cerca que estaba el hospital y lo enrevesado que era el camino de vuelta. Alma había salido viva de aquel callejón gracias a la pelirroja, y gracias a ella, regresaba entera. Por un instante pensó en las novelas de aventuras: existían heroínas, y acababa de cruzarse con una.

—¿Trabajas para el médico? —preguntó la chica al llegar a la puerta.

—Trabajo para Sol —Alma se señaló el vendaje de la nariz—, pero me peleé y me mandaron con él.

—Entonces eres acompañante —dijo con normalidad.

Le sonó como el peor de los insultos.

—Trabajo en la plantación.

—¿Con esa cara bonita? No me lo trago.

—Es verdad.

—Si tú lo dices.

No sonaba a burla, sino a indiferencia. Esa frialdad resultaba extrañamente tranquilizadora.

—¿Y tú, para quién trabajas? —quiso saber Alma.

—Para mí misma.

—No entiendo.

—Ni falta que hace —se ajustó la gorra, dispuesta a irse—. Ya nos veremos.

Alma la detuvo, sin saber por qué.

—Gracias.

—Sí, ya me las has dado —la pelirroja le tendió la tubería—. Llévala contigo la próxima vez. La gente se lo piensa dos veces si te ve con esto en las manos.

—Pero es tuya.

—Es una tubería. ¿La quieres o no?

Alma asintió y la cogió.

—Gracias. Me llamo Alma.

—Bien por ti —respondió, perdiéndose entre la multitud.

—¿Por qué has tardado tanto? —Bufó Nube en cuanto la vio entrar —. Pensé que te habías largado.

—Intentaron robarme. Casi me matan.

—¿Traes el paquete?

Alma lo sacó de debajo del abrigo. Nube lo abrió con ansia.

—Bien, bien, bien.

—Han intentado matarme —repitió, sorprendida ante la falta de tacto del médico.

—Pero no lo han hecho, ¿no? Entonces todo bien.

Alma apretó los puños. No valía la pena gritarle.

—A la cama —ordenó Nube—. Si Sol te ve aquí plantada tendré un problema.

Obedeció.

—¿Qué hay en el paquete? —preguntó ella mientras se deshacía del abrigo y las botas.

—Especias. Pimienta negra, cayena, sal.

—¿He arriesgado la vida por un poco de sal?

—Y pimienta —corrigió él, sonriendo como un chiquillo con juguetes nuevos.

Unos minutos después, se agachó bajo su escritorio y escondió el paquete en algún compartimento que Alma no llegó a ver con claridad.

Cuando empezaba a quedarse dormida, Nube habló.

—Niña. Sé que te parezco un capullo, y en cierto modo lo soy. Pero créeme cuando te digo que me alegra que sigas viva.

No contestó. Decidió creerle.

Los siguientes días pasaron con calma. Dormir, comer, hacer recados. Nadie la golpeaba, nadie la humillaba. Se acostumbró al mercado. Aprendió qué calles debía evitar y cuáles eran seguras. Se permitió sentir algo parecido a la rutina.

Con cada encargo, confiaba un poco más en sí misma y se orientaba mejor. La gente también se habituó a verla, los ladronzuelos no querían asaltar a una cara conocida. Eso y que llevaba la tubería de plomo a todas partes a modo disuasorio.

Pero el pensamiento de que Sol no la había olvidado regresaba una y otra vez. Tarde o temprano volvería. Esa calma no era más que un respiro antes de que todo volviera a arder.

El recado de aquella mañana era tan sencillo como los anteriores. Recoger el paquete y llevarlo de vuelta. Solo que, esta vez, en un pensamiento audaz, decidió dar un rodeo. La idea de encontrarse con Sol la perseguía como una sombra. Aun así, se moría de ganas de caminar un rato, sin rumbo, y salir de la rutina.

Entonces la vio. Entre un tenderete de pieles, asomaba una coleta pelirroja bajo una gorra gris. Caminaba con calma, como si valorara una compra, o tal vez para robar algo cuando el comerciante no mirara. A Alma se le aceleró el pulso. No entendía por qué aquella chica la ponía tan nerviosa. Había visto decenas de chicas desde que llegó, pero ninguna la desarmaba así.

Sin pensarlo, comenzó a seguirla. Quería saber adónde iba, cómo vivía. Ansiaba conocer su nombre.

La pelirroja desapareció tras un recodo, obligándola a apretar el paso para no perderla.

Al girar la esquina, se la encontró en medio de un camino embarrado, brazos cruzados y ceja levantada.

—¿Se puede saber por qué me sigues? ¿Es que quieres robarme?

Alma se ruborizó.

—No, yo… quería saludarte.

—Pues ya lo has hecho.

Las palabras se le atragantaban. El sudor le corría por la espalda.

—No sé tu nombre —le dijo.

La pelirroja la observó por debajo de la visera.

—¿Y para qué lo quieres?

—Porque yo te dije el mío.

—Yo no te lo pedí.

Alma apretó los labios. No iba a dejarse humillar de nuevo.

—Está bien. Olvídalo.

La pelirroja la miró unos segundos, ladeando la cabeza.

—Maya —dijo al fin, incómoda—. ¿Sabes volver sola o quieres que te acompañe?

—Puedo ir sola, gracias —respondió, pateando una piedra.

17

Cuando regresó, encontró a Nube en su pose habitual. Pies en la mesa, cigarrillo en los labios, copa en la mano y un libro abierto. Las gafas, con la lente izquierda rota y unidas con un pedazo de cinta, descansaban sobre una pila de libros.

—¿Has traído lo mío? —preguntó sin despegar la vista de la página.

Alma le dejó el paquete en el escritorio. Se fijó en la portada del libro. Nube lo notó.

—¿Lees? —preguntó ella.

—Lo intento.

—Mi abuelo tenía una colección enorme. Leía un libro cada semana.

—Vaya —se le escapó una sonrisa—, con razón tienes pinta de rata de biblioteca.

Ella dudó antes de preguntar.

—¿Tienes más?

—Alguno. Pero no voy a prestarte ninguno.

La decepción se le dibujó en la cara. Nube cerró el libro a medias.

—No quiero ser borde, niña. Le prometí a Sol que regresarías en cuanto te recuperaras, y salta a la vista que ya lo estás. Esta noche te llevaré con ella. A todos nos irá bien volver a la normalidad.

Alma tragó saliva. Normalidad, la llamó él. Para ella, la normalidad era una mierda.

Atardecía cuando Alma volvió del último recado. Nube carraspeó de manera exagerada al verla entrar.

—Has tenido visita.

Alma se quitó el abrigo de un tirón.

—¿Quién?

—Una pelirroja. Silenciosa como un ninja. Pensé que quería robar, pero, al parecer, venía a ver cómo estabas.

El corazón de Alma se saltó un latido.

—¿Qué te dijo? —preguntó, de pronto nerviosa.

—Nada. No habla mucho. Pero dejó esto.

Nube señaló un papel arrugado sobre la cama. La letra era tosca, pero clara:

Esta noche, detrás del hospital, vendré a recogerte.

Una sonrisa involuntaria le iluminó el rostro.

—¿La has leído? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—Claro. Soy curioso por naturaleza.

Ella respiró hondo.

—Nube, por favor… deja que me quede esta noche aquí. Mañana, iré al hotel, lo prometo. Y no volverás a verme.

El médico la observó unos segundos, pensativo. Finalmente suspiró.

—Está bien. Una noche más no va a matarnos a ninguno de los dos. Ya me inventaré algo para esa bruja. Pero mañana vuelves con ella. ¿Trato?

—Trato.

—Y lávate la cara, por Dios —añadió encendiendo otro cigarrillo —. Si vas a tener una cita, al menos que sea oliendo a limpio.

Pasó el rato entretenida con una vieja novela policiaca que Nube le había dejado sobre la almohada. Las páginas amarillentas crujían al pasar los dedos y, aunque la historia no era gran cosa, le ayudó a olvidar el paso lento de las horas. El hospital permanecía en silencio. Nube había desaparecido —como siempre al anochecer—, y Alma sabía que no regresaría hasta la mañana.

Cuando consideró que había llegado el momento, salió a la calle. Un frío cortante le azotó la cara, obligándola a encogerse dentro del abrigo. La Ciudadela seguía viva en las hogueras de los callejones. Canciones y chispas naranjas se mezclaban con el humo y el olor de los destilados.

Distinguió la figura de Maya, apoyada en una columna de ladrillo, sin gorra, con la melena pelirroja cayéndole detrás de las orejas.

—Has venido —dijo.

—Me dejaste una carta. Hubiera sido descortés no acudir — respondió Alma, excitada—. ¿Llevas mucho esperando?

—Un rato. Ven, quiero enseñarte algo.

Caminaron unos minutos hasta una chabola de chapa y madera. Del interior salía música de guitarra, y voces entonando una canción que hacía vibrar el local.

—Bienvenida al Perro Borracho —sonrió Maya al abrir la puerta—. El sitio más alegre de la Ciudadela.

Dentro, la luz del fuego y el bullicio las envolvieron. Gente bebiendo, riendo, cantando. Algunos bailaban sobre la barra, zapateando al ritmo de la música y entrechocando vasos con los demás feligreses.

Se sentaron junto a un barril que hacía de mesa. A Alma la contagiaba la energía del lugar. Sin darse cuenta, se le dibujó una sonrisa en la cara. ¿Cuánto tiempo llevaba sin hacerlo?

Una camarera robusta les dejó dos vasos de licor sin mediar palabra. Luego volvió a sus quehaceres.

—Huele fatal.

—Y sabe peor —dijo Maya, bebiéndolo de un trago—. Pero calienta el cuerpo.

Alma probó un sorbo y tosió. Era como tragar fuego. Cuando sintió el calor agradable en el estómago, abrió los ojos como platos.

—Bueno, no está tan mal.

—Nunca más de tres —rio Maya—. O acabarás olvidando hasta cómo te llamas.

Era la primera vez que veía sonreír a la pelirroja. Alma sintió que el hielo entre ellas empezaba a resquebrajarse.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque parecía que lo necesitabas. Y… —Maya vaciló, desviando la mirada—. Porque me pareces interesante.

Alma se ruborizó. Aun así, le tomó la mano con suavidad.

—Gracias.

Maya bajó la vista, incómoda, pero no retiró la mano. Entonces, Alma se atrevió a preguntar.

—¿Y tu historia?

Maya se encogió de hombros.

—¿De verdad te interesa?

—Si no, no te lo preguntaría.

—Crecí en un asentamiento. Perdí a mi familia cuando lo arrasaron. Escapé con una mochila y un solo zapato, me capturaron unos esclavistas, los maté, y terminé aquí. Lo demás es historia.

—¿Los mataste?

—Los maté.

—¿Cómo?

—Mejor que no lo sepas —susurró, acercándose hacia su cuello, olisqueándola como un perro—. Puedo oler tu inocencia a kilómetros.

Alma la apartó, entre divertida y turbada, con el corazón acelerado.

—Parece que la bebida te ha soltado la lengua.

—A partir del segundo vaso, se me olvida la timidez —admitió Maya.

Hablaron un rato más, incluso de Nube. Maya le contó, casi en confidencia, la tragedia que lo había convertido en el hombre que conocía. Al parecer, tenía una hija. Llegaron juntos a la Ciudadela. Pocos meses después, ella apareció muerta. La violencia con la que la asesinaron fue brutal. Alma escuchó en silencio, entendiendo por fin las sombras que rodeaban al médico.

Luego, sin aviso, Maya levantó su vaso.

—Por nuestra noche.

El licor se derramó sobre el brazo de Alma y ambas rieron. Era una risa sincera, limpia, una que Alma creía haber olvidado. Cuando quiso dar las gracias, Maya la interrumpió con un murmullo:

—Me gustas.

Algo en su interior se encendió. Más bien, fue como un si acabara de saltar un resorte. Decidió no pensar. Se inclinó hacia ella y la besó. Maya respondió con una mano en su nuca, prolongando el roce de sus labios. Sintió la humedad y el sabor del licor en su saliva. Fue breve, torpe, eléctrico. Para Alma, más real que cualquier sueño.

El hechizo se rompió de golpe. Maya se incorporó, como si acabara de recordar algo. Miró alrededor y vació su vaso de un trago.

—Tenemos que irnos.

La condujo de regreso a paso rápido, sin darle ninguna explicación. Alma no entendía qué había cambiado.

—¿He hecho algo mal? —preguntó.

—No, no has hecho nada malo.

Al llegar al hospital, Maya le cogió de las manos.

—Tengo que irme. La próxima vez será distinta.

No habrá próxima vez, pensó Alma.

La besó de nuevo, fugaz, insuficiente, y desapareció en la oscuridad.

Entró de puntillas, con el recuerdo del beso latiéndole en los labios. Cuando se descalzaba, Nube apareció desde la penumbra.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

Alma calló. Las lágrimas florecieron en sus ojos y se desbordaron.

—¿Tan mal? —quiso saber Nube.

—No. La cita ha ido bien.

—Ya —comprendió Nube.

El médico dejó el libro a un lado y, con un gesto sorprendentemente humano, le permitió llorar contra su pecho.

—Ya está —susurró mientras le acariciaba el pelo—. Ya está.

Cuando por fin se tumbó en la camilla, Alma supo que la ilusión que se había creado tenía fecha de caducidad. Mañana volvería al hotel y estas últimas semanas quedarían en un doloroso recuerdo.

Entre sollozos, se preguntó si no habría sido mejor no conocer a Maya.

18

Nube le ordenó que recogiera sus cosas, recordándole varias veces que no olvidara nada, como si quisiera evitarle cualquier excusa para regresar. Ella obedeció sin rechistar, se vistió a toda prisa y salió tras él. Nube caminaba con las manos en los bolsillos y la mirada esquiva.

La Ciudadela despertaba con resaca tras una larga noche. El aire transportaba el murmullo de las primeras voces mezcladas con el arrastre de pasos cansados. No tardaron en llegar al hotel. Subieron los peldaños custodiados por dos guardias armados, los cuales no les dedicaron ni una mirada.

Sol esperaba en el vestíbulo. Erguida, con las manos tras la espalda y las piernas separadas, irradiaba una autoridad férrea. Fulminó a Nube con la mirada y luego descendió hasta Alma. Sus labios se torcieron en una mueca que pronto se volvió sonrisa despiadada. La cicatriz de su rostro parecía arder de satisfacción.

—Espero que hayas descansado, niñata, porque vas a trabajar el doble para compensarme.

—No te pases con la cría —intervino Nube—. Aún no está recuperada del todo. Sería un error sobrepasarte con ella.

Sol lo escrutó con suspicacia, calibrando cada palabra. Odiaba que la contradijeran.

—Nadie me dice cómo llevar mi negocio —escupió—. Espero que hayas hecho bien tu trabajo, porque pienso hacer que se deje la espalda.

—Tienes gente de sobra —replicó Nube, sereno—. No creo que esta delgaducha marque la diferencia. Me parece que te lo estás tomando como algo personal. Somos adultos, no caigamos en juegos estúpidos.

Alma escuchaba con el corazón encogido. Jamás habría imaginado que Nube se interpusiera por ella.

—Yo no me meto en cómo te ganas la vida, matasanos. Haz lo mismo.

—Queda claro —respondió él, guardándose las manos en los bolsillos—. Solo era un consejo de amigo.

Sol escupió en el suelo. Nube se inclinó hacia Alma, le sujetó la muñeca con suavidad bajo la mirada vigilante de Sol.

—Todo mejorará, Alma —le dijo al oído. Era la primera vez que la llamaba por su nombre—. No te metas en líos.

Silbando una melodía ligera que contrastaba con la tensión, se marchó.

Se quedaron solas. Alma bajó la cabeza, convencida de que cualquier palabra que saliera de su boca encendería a aquella mujer.

—No me creo una palabra de ese imbécil —rezongó—. Conozco a las de tu calaña. Siempre encontráis la forma de escaquearos. Que sepas que no voy a permitir esa conducta en mi casa. Voy a vigilarte de cerca.

Alma la miró a los ojos sin querer. Sol lo tomó como un desafío. Alzó la mano, a punto de abofetearla, pero se contuvo. Cerró el puño y lo bajó despacio. Alma entendió el aviso y volvió a agachar la cabeza.

—Vete al refectorio y come algo. Después quiero verte en mi despacho. Encontraremos un trabajo a tu altura.

Al subir las escaleras se cruzó con Piña. La sorpresa se dibujó en su rostro al verla de nuevo, pero ninguna dijo nada.

Sol la encomendó a las labores de limpieza. No la enviaría a la plantación, pero tampoco la dejaría sin castigo. Desde esa mañana, Alma pasó a formar parte del equipo que barría, fregaba y cambiaba las sábanas en cada habitación del hotel.

El trabajo era monótono. Vaciar ceniceros, restregar suelos, limpiar ventanas con trapos que se deshacían, dejarse la espalda limpiando bajo las camas. También recoger almohadas pegajosas o sábanas empapadas en orina. En ocasiones se le olvidada que había niños de la edad de su hermano que aún se orinaban en la cama.

A pesar de que el grupo de limpieza lo formaban siete personas, Alma era la única que parecía tomárselo en serio. Las demás desaparecían durante horas, escondidas en celdas vacías, fumando y chismorreando. Sabían cuándo aparecería Sol y se mostraban

ocupadas solo entonces. No le dirigían la palabra, ni coincidían en ningún momento. Alma lo prefería así. Cuanto más invisible, mejor.

Los días se sucedieron sin incidentes. Dos semanas en las que se volvió un fantasma que cruzaba habitaciones sin ser vista. Ni rastro de Lobo, ni de Sol. La rutina la protegía.

Aprendió trucos que le facilitaban la tarea. Respirar por la boca para tolerar el hedor, doblar las sábanas por las puntas, distinguir manchas viejas de sangre de las recientes. Las oscuras podían ser menstruación. Las frescas, quién sabía. Cada vez que veía una, su cicatriz ardía.

El hotel era un organismo vivo. De día, un goteo de jóvenes arrastrados por clientes. Por la noche, el clímax. Colas en la puerta, miradas voraces, cuerpos adolescentes expuestos como pura mercancía. Sol los desplegaba en el vestíbulo como trofeos. Los clientes elegían, acordaban el pago y subían.

Alma observaba desde las sombras. Veía manos recorrer pieles, bocas posarse en cuellos, manos abusando de cuerpos adolescentes. Adultos absorbiendo la juventud sin mácula que a ellos les había sido arrebatada.

Piña, siempre sonriente, se encontraba entre las más solicitadas. Su piel oscura, el pelo rizado y los vestidos de flores la hacían destacar del resto. Y ella parecía disfrutar de que la desearan. Alma no entendía cómo podía sonreír ante aquella barbarie.

Esa noche, agotada, Alma se dejó caer en la cama sin siquiera cenar. El eco de los gemidos fingidos atravesaba las paredes. Se tapó los oídos, intentando no imaginar lo que ocurría en las habitaciones contiguas. Niñas apenas mayores que ella obligadas a fingir placer. Hombres pagando por destruirlas. Se revolvió bajo las mantas, buscando escapar en el sueño.

Al apoyar la cabeza en la almohada, sus dedos rozaron un papel doblado. Lo abrió con cuidado, temiendo romperlo. Las palabras eran pocas, escritas con trazo apresurado.

Te echo de menos.

Un nudo le cerró la garganta. Apretó la nota contra el pecho. No era solo un mensaje: era un puente hacia el exterior, la prueba de

que no estaba sola.

Las lágrimas se le agolparon en los ojos. Maya había encontrado el modo de alcanzarla.

Con el corazón ligero por primera vez en días, se quedó dormida abrazada al papel.

La noche siguiente, al regresar a su celda tras la jornada, encontró otra nota bajo la almohada.

Me muero de ganas de verte.

Le fascinaba aquella caligrafía irregular, como si cada trazo cargara prisa y emoción. Sintió un calor inesperado en el pecho. Necesitaba contestar, aunque no tuviera cómo. O tal vez sí. Si las notas llegaban hasta ella, alguien debía traerlas. Ese mismo alguien podía llevar la respuesta.

Salió al pasillo y buscó a la única persona capaz de ayudarla. Era una idea pésima, era consciente de ello, sin embargo, las ganas de responder le otorgaron valor.

Encontró a Piña en su habitación, sentada en una silla ante la cama, abrazada a las rodillas, con la mirada fija en el colchón. Había llorado, sus ojos hinchados la delataban. En el cuello tenía moratones recientes.

—Hola —saludó Alma, asomándose—. ¿Puedo pasar?

Piña la fulminó con la mirada, pero no la echó. Apoyó la frente en los brazos, como si le pesara sostenerla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Alma, acuclillándose a su lado.

—¿Y a ti qué te importa?

Lo triste era que sí le importaba.

—¿Quién fue? —insistió.

Piña guardó silencio, al fin, murmuró.

—Algunos clientes se ponen violentos.

—Y Sol lo permite.

—Sol mantiene a los clientes contentos. La única regla es que no nos maten. Y sí, ella me protege.

Alma señaló sus cardenales.

—¿Eso te parece protección?

Piña bufó. Miró hacia el pasillo, incómoda.

—No tienes ni idea, pueblerina.

—Sé reconocer a alguien maltratado.

Por un instante, la expresión de Piña se resquebrajó. Alma le rozó la espalda. Ella se apartó con sequedad.

—No somos amigas. ¿Qué quieres?

—Un favor.

—Estás loca.

—Lo digo en serio.

—Ya me debes una por los guantes.

—Lo sé. Te pagaré con creces.

—¿Y qué vas a ofrecerme? No tienes nada.

—Por favor.

Piña se frotó el cuello y suspiró.

—¿Qué quieres?

—Un lápiz.

—¿Un lápiz? ¿Para qué?

—Dibujar me calma. Me ayuda a dormir.

—Vale. No me cuentes tu vida. Dame un día.

Alma sonrió, agradecida.

—Sabes que cada vez te hundes más ¿no?

—Lo sé.

—Genial. No te hagas la tonta otra vez.

La echó con un gesto seco.

Alma durmió con la nota de Maya pegada al pecho. Soñó con su casa, con su abuelo, y con Abel lanzándole la pelota.

19

Piña cumplió su palabra. El lápiz estaba mordisqueado, casi un troncho, pero bastaba.

En su habitación, escribió en el dorso de la misma hoja.

***Estas cartas me dan la vida. Ojalá pudiéramos vernos*.**

Lo dobló y lo dejó bajo la almohada. Por la mañana había desaparecido.

Dos días después, otra nota la esperaba. Alma la desplegó con manos temblorosas.

Volveremos a vernos antes de lo que crees. Te echo de menos.

Respondió enseguida.

Eso sería un sueño. Yo también te echo de menos.

Al releerlo, le pareció torpe, demasiado simple. Tampoco se le ocurría nada mejor qué decir. Con Maya, las palabras salían desnudas, sinceras.

Transcurrieron tres días sin recibir respuesta. Luego cinco. Más de una semana. Cada noche revisaba la almohada, cada mañana palpaba el camastro. Nada. La angustia la devoraba. ¿Y si habían interceptado la nota? ¿Y si Maya ya la había olvidado?

Por la noche, incapaz de dormir, salió de la habitación. Se detuvo en el pasillo. El hotel se agitaba con su rutina de jadeos y portazos. Al pasar por el corredor de Piña, notó algo extraño. La puerta de su celda estaba cerrada. Nunca lo estaba en su día libre. Entonces oyó los gritos. Eran de ella, y no eran fingidos.

Alma empujó la puerta. Algo la trababa. Tomó impulso y la abrió de un porrazo. Piña estaba en la cama, atrapada bajo un hombre obeso, sudoroso y velludo. Él la sujetaba del cuello mientras la penetraba con violencia. Piña lloraba e intentaba quitárselo de encima. El hombre gemía con la boca abierta, con los ojos en blanco, extasiado.

—¡Alma, no! —chilló Piña.

Alma agarró la silla junto a la puerta y la estrelló contra la cabeza del hombre. Él se tambaleó, sangrando pero aún consciente. Descargó otro golpe. Y otro. Piña no le pidió que se detuviera. Si lo hizo, Alma no la oyó. No paró hasta que la silla se descompuso en astillas y el hombre quedó inmóvil.

El silencio era espeso, pegajoso. Piña se encogió en la cama, tapando su desnudez con la manta. Alma la arropó mejor. Sus miradas se cruzaron.

Agradecimiento y miedo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Tendrías que haber pasado de largo —dijo Piña, sin apartar la vista del cuerpo.

Alma la rodeó con un brazo. Esta vez, Piña no se apartó. Se acurrucó contra su pecho, temblando.

Los guardias irrumpieron en la habitación. La arrancaron de su lado y la arrastraron al pasillo. Los gritos de los que asistían a la escena atrajeron a los demás, que se asomaron desde sus puertas.

Sol apareció, furiosa. Los ojos se le encendieron al ver a Alma.

—De rodillas —ordenó.

Alma se mantuvo en pie. Un guardia le dio una patada y cayó. Sol la abofeteó con tanta fuerza que le partió el labio.

—Nadie toca a mis clientes —exclamó—. Reza para que siga vivo. Al hoyo.

La llevaron en volandas hasta una celda diminuta, húmeda y helada, cerca de las cocinas. La empujaron dentro y cerraron con llave. Solo había un agujero en el suelo para sus necesidades y un frío glacial. Se abrazó a sí misma. No lloró. Pensó en Freud y lo odió con todas sus fuerzas. Todo lo malo se lo debía a él. Todo.

Permaneció despierta hasta el amanecer, temblando, con la frente en las rodillas y abrazándose con la intención de entrar en calor.

Al día siguiente la llevaron de vuelta al hotel. Arrojada en el vestíbulo, se vio rodeaba por un corro de niños. Sol estaba allí, con una vara de tallos de maíz trenzado en la mano. Se acercó a su oído y le susurró:

—Me da igual que no te recuperes. Eres mía, y haré contigo lo que me dé la gana.

Luego se volvió hacia su público.

—¿Acaso no soy justa con vosotros? —tronó—. Os alimento, os doy cobijo. Y a cambio, solo pido obediencia.

Un murmullo de aprobación recorrió el círculo.

—Si me sois leales, tenéis futuro en esta casa. Mi amor incondicional os arropa con la calidez de una buena manta. Y aun así, existen personas que osan escupirme a la cara —de nuevo, murmullos—. Pues mirad lo que ocurre cuando alguien traiciona mi confianza.

Ordenó que le arrancaran la camiseta y Alma quedó desnuda de cintura para arriba.

El primer latigazo le cruzó la espalda como una dentellada. Cayó de rodillas, paralizada por el dolor. El segundo le abrió el hombro. El cuello. Notó la sangre templada resbalarle por la barbilla.

No gritó. Ni cuando el tercero, el cuarto, y el quinto convirtieron su piel en carne viva. Solo apretó los dientes, la mirada fija en ninguna parte.

Sol siguió golpeándola, jadeando por el esfuerzo, hasta dejarla tirada. Entonces, con un pie en su cuello, proclamó:

—Tomad ejemplo.

Dio un último latigazo al aire y un brochazo de sangre manchó el suelo. Luego se marchó. El vestíbulo quedó en silencio.

Alma yacía boca abajo, respirando polvo, demasiado rota para moverse.

Al anochecer, Piña la ayudó a incorporarse. El camino fue lento. Doloroso.

Alma no le preguntó por qué no había intervenido. No le debía nada.

Cerró los ojos y dejó que la oscuridad la envolviera. Lo siguiente que recordaría sería el olor a tabaco y alcohol del hospital.

20

—Esa mujer tiene un serio problema de autocontrol.

La voz de Nube le llegó lejana, como si se abriera paso desde los resquicios de un sueño. Alma abrió los ojos con esfuerzo. Estaba tendida boca abajo, con media cara oculta en una almohada que olía a limpio. Su cuerpo ardía como si le hubieran puesto brasas sobre la piel. Cada respiración le recordaba el tormento de su espalda desgarrada.

A través de su ojo libre distinguió la silueta del médico, sentado a su lado, con un cigarrillo entre los labios. Expulsaba el humo con gesto afligido. A pesar del precio a pagar, a Alma le reconfortó volver a estar entre aquellas paredes. Su cuerpo comenzó a temblar y las lágrimas brotaron sin contención. Había echado tanto de menos ese refugio que aún le costaba creer que fuera real.

Nube no habló al principio. Solo fumaba, con la mirada fija en ella, como si sopesara cada una de sus palabras antes de pronunciarlas. Se masajeó el puente de la nariz con los dedos. Finalmente, aplastó el cigarrillo bajo el zapato.

—A ver, sospechaba que eras problemática, no hay más que verte, pero pensaba que pasaría más tiempo antes de volver a verte.

Alma no contestó. El médico cruzó las piernas y encendió otro pitillo.

—Te he puesto un ungüento especial. Fórmula casera. Tus heridas cerrarán pronto y volverás a estar en plena forma.

Ella sollozó.

—No quiero volver.

—Y yo no quiero fumar tabaco humedecido, pero aquí me tienes —replicó Nube con sorna, antes de quitarse las gafas y entrelazar los dedos bajo la barbilla—. Lo siento niña, no puedo hacer nada más.

—Entonces mátame.

Él arqueó una ceja.

—Yo salvo vidas ¿recuerdas?

—No te costaría nada.

—Es cierto. No me costaría nada. Pero, créeme, morirse es aburrido. Mira, ya sé que la vida en el hotel es una mierda, pero es algo. Tienes comida, agua y un techo. Nadie sobrevive yendo por libre.

—Sol me odia. Un día me matará.

—No lo creo. Te hará sufrir, te castigará, eso sí. Pero matarte… — se encogió de hombros.

—Hablo en serio.

—Y yo también.

—Nube…

Él suspiró, y el humo se derramó como un velo entre los dos.

—Me gustaría ayudarte, pero no debiste agredir a ese hombre.

—¿Y qué debía hacer?

—Meterte en tus asuntos. A mí me funciona.

—Estaba estrangulando a Piña. No podía...

—Claro que podías. Agachas la cabeza, miras hacia otro lado y sigues andando, como hacemos todos. No digo que ese tipo no mereciera cada golpe que le diste, pero ni tú ni yo somos jueces. Las chicas de Sol saben cómo arreglárselas.

—La habría matado.

—O no. Ya da igual. La única certeza es que ahora estás aquí. Hazte esta pregunta, niña, ¿ha valido la pena?

Alma no conocía la respuesta.

—Si fuera al revés, ¿ella te habría ayudado?

La pregunta quedó flotando.

Las semanas siguientes se deshicieron en un sopor de sedantes y duermevela. A ratos pensaba en Maya. En si sabría que había vuelto al hospital. En si habría alguna nota escondida bajo la almohada de su celda, esperando a ser descubierta o destruida. Entre el dolor y el letargo, pasaba las horas anhelando saber qué había escrito.

—Despierta —le susurró Nube.

Las heridas estaban casi curadas. Le escocía la piel cuando se estiraba, pero por primera vez en mucho tiempo podía dormir boca arriba. Se desperezó, arqueando la espalda, y soltó un bostezo.

—Puedo volver cuando dejes de parecer un oso perezoso —bromeó él.

Alma se sentó en la cama y lo miró fijamente. Nube encendió un cigarrillo y soltó el humo despacio.

—Ya habrás notado que estás convaleciente.

Alma asintió. Sabía lo que venía a continuación.

—Pronto estarás recuperada y ya podrás ponerte a trabajar —prosiguió.

Alma apartó la manta y alargó el brazo para coger sus botas. Empezó a vestirse.

—¿Quieres escucharme un momento? —dijo Nube.

—No quiero hacer esperar a Sol.

—Esto no es fácil para mí.

—Pues no digas nada.

Él golpeó la mesa con el dedo índice, irritado.

—Si me dejaras terminar, podría decirte que no tendrás que volver al hotel.

Alma se quedó petrificada, con la cremallera del abrigo entre los dedos.

—¿Cómo?

—Me reuní con Sol. La convencí de que no le sirves para nada. Que eres una completa inepta. He pagado un precio desorbitado, pero he conseguido que te libere. Ahora trabajas para mí.

El llanto reptó por su garganta.

—Si esto es una broma…

—No es ninguna broma, niña.

Alma se le echó al cuello, repitiendo entre sollozos:

—Gracias, gracias, gracias, gracias.

Nube le dio unas palmadas en la cabeza.

—No me las des todavía. Me has salido cara, así que vas a tener que trabajar para compensarme. Quiero oírte decir que trabajarás como una leona.

—No dormiré si es necesario.

—No hará falta tanto, pero me gusta tu motivación. Otra cosa, esto tiene que quedar entre nosotros. Me conviene que sigan pensando que soy un cabrón desalmado.

—De acuerdo.

Él sonrió.

—Al final resultará que aún me queda algo de humanidad —dijo encendiéndose otro cigarrillo—. Ah, tu amiga la pelirroja se ha pasó la otra noche por aquí. Estabas tan sedada que ni te enteraste.

—¿Maya?

—No sé cómo se llama. No hablamos mucho.

—¿Te dijo algo?

—No.

Alma imaginó a Maya sentada junto a la camilla, gorra calada, su pelo rojo asomando por los lados. Se mordió el labio para no sonreír.

—¿Seguiré haciendo recados? —preguntó.

—No creo que sirvas para mucho más.

—Podría ayudarte aquí. Aprender.

—¿Tienes la más mínima idea de medicina?

—Enséñame.

Nube bufó.

—Se tardan años.

—Puedo empezar limpiando heridas, vendando cortes.

Nube la miró buscando la gracia.

—Cambiar sábanas y fregar el suelo parece más de tu estilo.

—Ponme a prueba. Aprendo rápido.

Nube cruzó los brazos, con la sonrisa aún en los labios.

21

Además de los recados, Nube empezó a enseñarle curas sencillas. Limpiar una herida, coser un corte, cambiar vendas. Alma absorbía cada explicación como si le fuera la vida en ello. Nunca faltaban pacientes para practicar. La primera vez que vio morir a uno, quedó traumatizada. Quiso llorar, y acabó haciéndolo cuando nadie la veía. Nube le advirtió. *No te encariñes. Aquí los vivos se van y los muertos terminan en la fosa*. El médico fingía indiferencia, pero Alma intuía que era una coraza.

Aprendió a imitarlo. Ser metódica, fría. Aunque por dentro se estremeciera.

Empezaba a conocerlo mejor. Nube se mostraba hosco y arrogante con todo aquel que traspasaba sus puertas. Sin embargo, lo trataban con respeto y gratitud. Para ellos no era solo un médico; era un líder en la sombra, alguien que había hecho crecer la Ciudadela con el peso de sus decisiones. Alma lo veía como era en realidad. Un padre destrozado por la pérdida, un superviviente.

Ella nunca le preguntó por su pasado, y él nunca se lo contó. En ese silencio compartido había más confianza que en cualquier palabra que pudieran llegar a decirse.

—Hoy es tu día libre.

Alma Arqueó una ceja, desconfiada.

—Has trabajado como una leona —aclaró Nube, exhalando el humo de su cigarrillo hacia el techo—. Solo digo que te mereces unas horas para ti.

—¿Y qué voy a hacer?

—Sal por ahí. Diviértete.

—Pero es peligroso salir de noche, tú mismo lo dijiste.

—No te preocupes por eso. Irás acompañada —añadió limpiando las lentes de las gafas con la parte baja de la bata.

—No quiero a uno de tus guardias.

—Yo no he dicho eso.

—¿Vendrás tú conmigo?

—Ni hablar. Yo tengo todo lo que necesito entre estas paredes.

Alma suspiró, dándose por vencida.

—No entiendo nada.

—Esto hará que lo entiendas.

Le entregó un papel doblado en cuatro. Alma lo reconoció incluso antes de cogerlo. Su sonrisa se encendió.

—No vuelvas muy tarde ¿de acuerdo? —dijo Nube—. No quiero tener que preocuparme por ti. Y ya que estamos, no estaría de más que te adecentaras un poco.

Le tendió una pastilla de jabón.

Abrigada hasta las cejas y con las manos hundidas en los bolsillos, Alma salió del hospital oliendo a limpio. A lo lejos, las hogueras de los sintecho punteaban la noche. A juzgar por cuántas ardían, muchos dormirían a la intemperie y no todos verían el amanecer. Exhaló vaho e intentó hacer aros, pensando en Nube. Se distrajo durante los cinco minutos que Maya tardó en aparecer.

Cuando la vio doblar la esquina —gorra gris, ojos grises brillando en la oscuridad— se le olvidó respirar. Corrió hacia ella y hundió el rostro en su cuello. Su olor era reconfortante. Maya la rodeó con los brazos y permanecieron así hasta acompasar sus respiraciones. Luego, con suavidad, le acarició la mejilla.

—Yo también te he echado de menos —sonrió.

—¿Puedo darte un beso, o vas a irte corriendo como la otra vez? —preguntó Alma.

—Yo… hay gente a la que le gusta hablar. Me pillaste por sorpresa. Fui una estúpida.

Alma acercó su cara hasta rozarle la nariz. Esta vez fue Maya la que dio el primer paso. El beso supo a felicidad, a victoria. Alma enredó los dedos en su pelo, sintió su lengua en la boca y, cuando Maya se apartó —labios húmedos, media sonrisa—, murmuró:

—Dejemos algo para después.

Salieron de *El Perro Borracho* de madrugada. Alma iba borracha por primera vez en su vida. El licor le ardía en la boca y los pies le flotaban a un palmo del suelo. Caminaron de la mano hasta una hoguera. Allí Maya la abrazó. El aliento caliente en los labios, las

mejillas encendidas por el alcohol y el deseo. Se besaron. Las manos de Maya en su cintura, la falta de aire, la risa entre dientes. Después retomaron el camino hasta la siguiente hoguera.

Por la mañana, un hombre irrumpió en el hospital con la calva perlada de sudor. Se plantó ante el escritorio, jadeando como un perro en verano. Nube se encendió un cigarrillo con toda la calma del mundo. Alma, que doblaba sábanas, aguzó el oído.

—Hay que irse, Nube, ya vienen —resopló el hombre.

—Respira un poco, hombre, o te dará una embolia. ¿Quiénes vienen?

—Los areneros. Un centenar, armados. Directos hacia aquí.

—¿No es muy pronto para empezar a beber?

—Hablo en serio. El destacamento de Galilea se ha retirado. La frontera está abierta. Esas bestias nos van a masacrar.

Nube negó con la cabeza.

—Imposible. El ejército protege el acceso desde hace años. Tenemos un acuerdo.

—Ya no —dijo el hombre—. Avisado quedas. Yo me llevo a mi familia. Sé inteligente.

Salió corriendo. El silencio dejó un zumbido extraño en el ambiente. Nube dejó las gafas sobre el escritorio y se masajeó la nariz.

—Menudo loco. Y yo que pensaba que había dejado la bebida.

Alma tragó saliva.

—¿Y si tiene razón?

—No la tiene. Llevamos cinco años abasteciendo al ejército a cambio de protección. Puede que los areneros sean unos bárbaros, pero no son idiotas. Con tropas aquí no se acercarían.

—¿Y si es verdad?

Nube se tomó unos segundos.

—Si lo es, estamos bien jodidos. La Ciudadela es como un asentamiento hippie de los setenta.

Alma se abrochó el abrigo.

—¿A dónde vas? —se extrañó Nube.

—A buscar a Maya.

—Niña, por favor, no montes un drama.

No sabía dónde vivía Maya. ¿De qué le servía salir en su busca?

El aullido de una sirena les llegó desde el exterior. Nube dejó caer el cigarrillo. En su cara, algo se desmoronó.

—Coge tus cosas y mételas en esa bolsa. Nos vamos cagando leches.

22

El terror se contagiaba con la celeridad de una infección. La salida principal se había convertido en un embudo en el que hombres, mujeres y niños se aplastaban entre sí por avanzar apenas un metro más. Los gritos se fusionaban con el estrépito de cuerpos golpeando contra cuerpos. La desesperación devoraba cualquier atisbo de humanidad. Pronto estallaron peleas que, como brasas encendidas, se propagaron hasta convertirse en una batalla campal.

Una anciana cayó en mitad de la marea humana. Sus alaridos apenas duraron unos segundos. La aplastaron decenas de pies que le hicieron crujir los huesos contra el barro. Otros cuerpos cayeron después, hasta formar un amasijo de carne hundido en el fango rojizo. Cada pisada sepultaba más los cadáveres, mientras la tierra, empapada en sangre, se los tragaba.

Nube apareció entre el caos con dos mochilas enormes colgando de sus hombros. Le tendió una a Alma sin perder la calma. Se oyeron disparos en la lejanía.

Alma miraba a un lado y a otro. Volvía a sentir el mismo miedo asfixiante por el que tantas veces se había jurado no dejarse vencer. Cuando creyó que empezaba a rehacer su vida, lo peor volvía a suceder.

Nube debió percibirlo. La agarró por los brazos y la obligó a mirarlo.

—Alma, escúchame.

Ella asintió.

—El miedo no va a ayudarnos ahora ¿entiendes? El miedo nubla la mente, y no queremos eso ¿verdad?

Alma negó con la cabeza.

—Perfecto. Primero, coge la mochila.

Lo hizo.

—Segundo, haz todo lo que yo diga ¿está claro?

Asintió.

—Conozco a alguien que puede sacarnos de aquí, pero debemos darnos prisa.

Le limpió una lágrima que le caía por la mejilla con el pulgar.

—Y, pase lo que pase, no te separes de mí.

Se pusieron en marcha, avanzando entre la multitud. El aire olía a sudor y barro, miedo y sangre. La marea humana era inabarcable. Llegaron hasta una ratonera donde el gentío se atascaba sin remedio.

Nube miró a su alrededor, nervioso. Luego miró al cielo. Bajó la cabeza y acercó sus labios al oído de Alma.

—Escúchame bien —dijo en un susurro que no admitía réplica—. Eres la persona más inteligente que conozco. Y albergas una bondad que hoy en día casi nadie conserva. Por favor, Alma, no dejes que te la arrebaten.

Alma frunció el ceño, sorprendida por aquellas palabras.

—Si aún quieres encontrar a Freud, ve a Galilea —la miró con seriedad—. Allí hallarás respuestas.

Alma lo miró perpleja. Freud. Ni siquiera se había acordado de él hasta ese instante. No sabía dónde estaba Galilea ni por qué Nube había escogido aquel momento para decírselo, pero comprendió que era importante.

Entonces, entre el gentío, distinguió una coleta pelirroja bajo una gorra gris. El tiempo se ralentizó y el corazón le dio un vuelco. Corrió hacia allí, dejando atrás a Nube. De repente solo le importaba una cosa.

—¡Maya!

Ella se volvió. Sus ojos se iluminaron al reconocerla, aunque el terror seguía incrustado en ellos. Se abrazaron en medio del torbellino, apenas un segundo, antes de que los empujones las obligaran a avanzar como dos hojas arrastradas por la ventisca.

—¿Qué está pasando? —gritó Maya.

—Areneros.

—Me cago en todo.

—Nube puede sacarnos.

Pasaron frente al hospital, ahora reducido a un botín saqueado por manos desesperadas. Desde allí retrocedieron hacia el lugar donde había visto a Nube por última vez. Hubo una explosión. Una pared voló hecha pedazos, lanzando cascotes sobre ellas. Quedaron

cubiertas de polvo blanco de pies a cabeza. El suelo estaba sembrado de restos. Alma vio a una mujer tendida en el barro, con la cabeza abierta en dos, un colgajo de piel apenas sosteniendo el cráneo. Un hombre aullaba, con las tripas derramadas entre las manos.

Disparos cada vez más cercanos. A unos metros, vio a los hombres de los que tanto había oído hablar y nunca les había dado rostro. Eran enormes, vestidos con pieles y armados con fusiles, cuchillos, porras. Areneros. Robustecidos por tatuajes, barbas que les llegaban hasta el pecho y miradas encendidas por el odio. Mataban sin vacilar, disfrutando de la masacre como chacales hambrientos.

Maya quiso arrastrarla en dirección contraria, pero los pies de Alma se negaron a moverse. Entre la multitud, divisó a Nube. Plantado delante de un grupo de bárbaros, con su sonrisa característica, la mochila a un lado y un cigarrillo colgando de la comisura. El cabecilla era un gigante de casi dos metros, torso desnudo pese al frío, cubierto con la piel de un zorro sobre los hombros. Escuchaba a Nube con los brazos cruzados, dejándolo hablar, como si de verdad le interesara. Otros areneros lo rodeaban, observándolo con cierto desprecio.

Nube hizo un aspaviento y se volvió. Sus ojos se cruzaron con los de Alma. Le dedicó esa sonrisa suya que decía: *Tranquila, niña, lo tengo todo bajo control*. Alma quiso creerle. Nube siempre se salía con la suya, siempre sabía qué hacer.

Entonces el gigante tomó la pistola y se la apoyó en la frente. Nube levantó las manos, todavía con el cigarrillo colgando de los labios, con la sonrisa petrificada en el rostro. Dijo algo que Alma no pudo oír.

—¡No! —Alma corrió hacia él, zafándose del agarre de Maya.

La detonación la detuvo en seco. Las balas volaban sobre sus cabezas, pero, para Alma, solo hubo un disparo.

Nube se desplomó con un agujero negro en la frente. El cigarrillo se apagó en la arena humedecida por su propia sangre. Alma gritó hasta destrozarse la garganta. Sintió cómo todo su mundo se

emborronaba. El único hombre bueno que había conocido desde que comenzó aquella pesadilla, se convertía en otro cadáver sin nombre.

Maya la sujetó por detrás. Esta vez, Alma no opuso resistencia. Se movieron mientras las balas perforaban cuerpos a su alrededor.

Los areneros ya habían tomado la Ciudadela. Llegaban en furgones, descargando decenas de hombres que se unían a la matanza y cerraban las salidas.

Alma se dobló, apoyando las manos en las rodillas.

—Espera… un segundo…

—No podemos pararnos ahora. Si nos cogen… —apremió Maya.

—Por favor. Solo un segundo.

Maya le acarició la espalda por encima del abrigo. Alma levantó la vista hacia el hotel. Sol tenía vehículos. Si lograban subirse a uno, tal vez pudieran escapar. Echaron a correr hacía allí, con la desesperación mordiéndoles los talones.

22

Cuando llegaban al hotel, Alma distinguió una silueta conocida. Piña corría hacia la parte trasera del edificio, seguida de dos chicas. A punto estuvo de perderla en la esquina, pero gritó su nombre y esta la escuchó. Piña se detuvo. Su rostro estaba contraído por el miedo. Cuando se encontraron, la recibió con un abrazo inesperado.

—¿Tenéis forma de escapar? —preguntó, mirando de arriba abajo a Maya con gesto desconfiado.

Alma negó con la cabeza.

—Aún queda un furgón. Venid.

Las condujo hasta un aparcamiento asfaltado, detrás del hotel. La verja que circundaba la Ciudadela había sido cortada para permitir la huida de los vehículos sin ser vistos. Una furgoneta con la parte trasera descubierta aguardaba con el motor en marcha. Varios pasajeros ya se habían subido. Alma reconoció a Sol entre ellos, flanqueada por dos hombres armados. La mujer le dedicó una mirada que, de haber podido, la habría fulminado.

—¿Qué hace esta aquí? —escupió.

—Necesitan transporte —dijo Piña, intentando subirse a la furgoneta.

—Esto no es un taxi.

—Hay sitio para todos.

—No lo hay —sentenció Sol—. Tú y la del pelo largo podéis subir. El resto que se busque la vida.

La chica señalada, de melena castaña, no lo dudó y saltó a la parte trasera. Piña y la otra joven de pelo corto, se quedaron en tierra.

Sol afiló su sonrisa.

—Tú decides, Piña. ¿Subes o mueres con esa andrajosa?

El suelo temblaba con cada detonación. Piña parecía debatirse consigo misma, atenazada por el miedo y la indecisión.

—Sol, te lo suplico. Déjalas venir. Luna está embarazada —señaló a la chica de pelo corto.

—La embarazada vale por dos. En nada será otra boca que alimentar. Se queda.

—Vete, Piña —suplicó Alma, poniéndole una mano en el hombro —. Encontraremos otra salida.

Piña cerró los ojos un instante. Luego soltó el pasamanos y se encaró a su ama.

—Si ellas no vienen, yo tampoco.

Sol la contempló con desdén, como si, de repente, hubiera dejado de existir.

—Allá tú. Encontraré a otra.

Golpeó la cabina del conductor y la furgoneta arrancó, levantando una nube de polvo que se les metió en los ojos. El vehículo desapareció con rapidez, llevándose consigo la única vía de escape.

Piña buscó a Alma.

—Tal vez el médico conozca una manera de salir.

Alma bajó la mirada. Incapaz de contestar. Fue Maya quien habló por ella.

—Se lo han cargado.

Piña no dijo nada. Solo se volvió hacia la carretera polvorienta.

Maya tomó la iniciativa.

—Conozco un lugar donde podemos escondernos. Si llegamos hasta allí, tendremos una oportunidad.

La Ciudadela era pasto de las llamas. El fuego devoraba las chabolas como si fueran de papel. Los pocos que aún vivían corrían a esconderse en sus casas, sin pensar que ninguna de esas paredes los salvaría.

Maya iba a la cabeza. Tras ella corrían Alma, Piña y Luna, la embarazada.

Un tableteo de disparos las obligó a cubrirse tras un muro. El hormigón se astillaba en una lluvia de cascotes. Cuando cesó la ráfaga, corrieron de nuevo, agazapadas. Llegaron hasta un murete de ladrillo gris. Maya empezó a apartar basura y tablas podridas.

—Ayudadme.

Entre las cuatro despejaron el suelo hasta revelar una escotilla metálica. Con un esfuerzo conjunto la levantaron y descendieron una

a una por la escalerilla oxidada. Maya fue la última en bajar, camuflando la entrada y cerrando tras de sí.

La oscuridad era absoluta. El aire hedía a humedad estancada. Avanzaban a tientas, rozando las paredes frías, con el agua calándoles las botas. Solo cuando Maya encendió un mechero, el pasillo de hormigón se iluminó en destellos anaranjados. Tubos oxidados recorrían las paredes como venas marchitas.

Caminaron un buen trecho hasta que Maya decidió que se habían alejado suficiente. Se sentaron en círculo. Maya alternaba los momentos de luz con el mechero. Lo encendía durante unos segundos en los que se veían las caras, tranquilizándose en silencio. Al apagarlo, volvían a sumirse en la negrura.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Piña.

—Esperar a que se larguen —respondió Maya.

—¿Y si no lo hacen?

—Lo harán, cuando hayan saqueado lo que quieran.

—¿Y después?

—A las montañas.

Pasaron un par de segundos sin que ninguna dijera nada.

—¿Qué hay en las montañas? —quiso saber Alma.

—El asentamiento militar que debía protegernos —le aclaró Maya.

—Deben de estar todos muertos —rezongó Piña.

—Iremos a comprobarlo —resolvió Maya—. De momento, es el sitio más seguro en el que refugiarnos.

La conversación quedó zanjada.

Luna, apoyada contra la pared jadeaba. Cuando Maya encendió de nuevo el mechero, la vieron. Tenía dos orificios de bala en el abdomen, empapando la camisa de sangre oscura.

—No. Mierda… —Piña se arrodilló junto a ella.

Alma la cogió de la mano. Luna le sonrió débilmente.

—Estoy bien… solo necesito descansar.

En menos de un minuto, Luna había dejado de respirar.

23

La dejaron apoyada contra la pared, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si durmiera. Ninguna se atrevía a mirar su abultado vientre. La oscuridad fue una bendición, pero el silencio de su compañía se volvió insoportable.

Pasaron horas. La humedad les empapaba la ropa. Las tinieblas las desorientaba.

Finalmente, Maya se levantó.

—Voy a salir.

—Voy contigo —se apresuró Alma.

—No. Si salimos todas, nos cogerán.

—Pues no vayas.

—En algún momento tendremos que salir.

—Tiene más opciones si va sola —admitió Piña.

Maya entregó el mechero a Alma y le acarició la mano.

—Conozco bien estos túneles. Esperad aquí.

Alma quiso abrazarla, pero se contuvo. Solo alcanzó a besarle la mano antes de que Maya desapareciera en la oscuridad.

El tiempo se estiró como un suplicio. Alma se mordía las uñas hasta hacerse sangre. Mientras tanto, Piña la observaba con acritud.

—Qué bonito. Vuestra historia de amor en medio del apocalipsis —soltó—. Dan ganas de potar.

Alma no respondió. Sabía que era la pérdida de su amiga la que provocaba que le hablara así.

Una eternidad después, unos pasos resonaron en el túnel. Alma encendió el mechero, temiendo encontrarse el rostro de un enemigo.

El resplandor titilante reveló la cara de Maya. Tenía una botella de agua en la mano y una expresión cansada en el rostro. Alma corrió a abrazarla, luego se la quedó mirando, a la espera de una explicación.

Las palabras de Maya fueron escuetas, pero brutalmente reveladoras:

—No queda nada.

El humo negro, arrastrado por el viento del amanecer, emborronaba lo poco que quedaba en pie. El aire ardía con la pestilencia de la carne chamuscada, tan densa que producía arcadas y escocía en los ojos. Alma apenas dio dos pasos antes de doblarse y vomitar lo poco que le quedaba en el estómago. Escupió bilis y lágrimas mientras su cuerpo se estremecía. Le temblaban las manos. Se preguntó cómo era posible que las demás no hicieran lo mismo. Maya y Piña permanecían junto a ella con expresiones grises, desencajadas, pero sin derramar una sola lágrima.

En el suelo, incontables casquillos brillaban bajo la primera luz del día. Oro y plata dispersos como lentejuelas, como si alguien hubiera arrojado un puñado para adornar la tierra cenicienta.

La plaza del mercado ofrecía un panorama aún más atroz. Los cuerpos se contaban por centenares, despojados de ropa e identidad, amontonados en su desnudez. A algunos les faltaban los dientes, a otros los pechos o los genitales. Media docena habían sido desollados y crucificados, irreconocibles, grotescos, como si hubieran querido borrar incluso su humanidad.

Más allá, encontraron niños. Acribillados, tendidos junto a otros en filas torpes, apartados de los adultos. La imagen la estremeció. ¿Un mensaje? ¿Alguna clase de rito? No lo sabía. Para ella no era más que crueldad sin sentido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Piña abanicándose el humo de la cara.

—Aprovisionarnos y salir de aquí —dijo Maya—. Agua, comida. Víveres para varios días. Ropa, armas, todo lo que pueda servirnos. Nada demasiado pesado. Lo que no podamos cargar, se queda.

Piña y Alma asintieron. La autoridad de Maya era un salvavidas al que aferrarse.

—Primero el hospital —añadió—. Después, el hotel.

Las fachadas chamuscadas parecían a punto de venirse abajo. Alma se detuvo en el umbral, respirando hondo para reunir fuerzas. Maya no la apremió, pero en sus ojos se leía la urgencia.

El interior del hospital era un cementerio. Los goteros y mantas habían desaparecido, los armarios vaciados. Contra una pared, habían amontonado a los enfermos y les habían prendido fuego. Los cuerpos aún chisporroteaban, dejando un tufo nauseabundo.

Alma buscó entre las ruinas del escritorio de Nube. Con manos indecisas, encontró una baldosa suelta y alcanzó el escondite. De allí sacó cuatro frascos de cristal, un manojo de papeles, dos botellas de agua clara y, al fondo, un objeto familiar. La tubería abollada que Maya le había regalado. Nube la había guardado todo este tiempo. Se le encogió el corazón al pensar que no iba a poder llevársela. También halló los guantes de piel y dos latas sin etiqueta. Los guardó en la mochila y salieron de allí.

En el hotel apenas encontraron nada de comer, pero sí equipo útil. Sacos de dormir, mantas, y dos tiendas de campaña comprimidas en sus fundas, invisibles entre el desorden.

Recorrieron las calles desiertas sin demasiadas esperanzas. No tenían mucho, pero calcularon que, si sabían administrarse, tendrían lo suficiente para sobrevivir una semana en el yermo. Maya les aseguró que, si caminaban a bien ritmo, lograrían llegar al paso de las montañas en menos de tres días.

Atravesaron la verja caída. Alma reparó en los cadáveres hacinados junto al muro. Entre los cuerpos, un par de gafas con un cristal rajado destellaba con la luz del sol. Las reconoció al instante. Apartó la mirada antes de encontrar lo que sabía que estaba allí y no soportaría ver.

Ya en campo abierto, se detuvieron. El humo ascendía en columnas negras hacia el cielo gris, como estandartes que proclamaban la derrota. Para Alma, la Ciudadela había sido un infierno, pero dejarla atrás significaba dejar lo más parecido a un hogar desde que su casa ardió.

Piña y Maya empezaron a caminar. Alma permaneció inmóvil.

Al ver que no las acompañaba, Maya se volvió para mirarla.

—¿Qué pasa?

—Lo siento —dijo Alma con los ojos perlados de lágrimas.

—¿Qué es lo que sientes?

—No puedo ir a las montañas.

Maya y Piña la miraron como si no la hubieran entendido.

—Debo ir a Galilea —les aclaró.

—¿Galilea? ¿De qué hablas? —insistió Maya, desconcertada.

—Las montañas es el lugar más seguro —recordó Piña.

—Lo sé, pero debo ir a Galilea.

—¿Por qué a ese lugar? ¿Por qué ese cambio de repente? —replicó Maya.

—¿Alguna sabe dónde está? —preguntó Alma.

Hubo un silencio que se prolongó más de lo debido.

Piña habló con timidez.

—Yo lo sé.

Alma le sostuvo la mirada a través de las lágrimas y se apretó las correas de la mochila contra los hombros.

—No voy a pediros que me acompañéis. Pero yo debo ir.

—Espera, joder —saltó Maya—. ¿Qué cojones te pasa? ¿Vas a largarte sin más?

Las últimas palabras de Nube resonaron en su cabeza. Palabras grabadas a fuego.

Maya chasqueó la lengua, crispada.

—Dilo ya, joder. Me estás poniendo de los nervios.

Alma tragó saliva y apretó los puños.

—El hombre que mató a mi familia está allí.

24

No se sometió a votación. Decidieron poner rumbo a Galilea pese a no conocer la distancia exacta. Piña les aseguró que seguían la costa, acabarían encontrando el lugar. Sol tenía mapas en su habitación, y Piña se pasaba horas mirándolos cuando su ama dormía. De ahí que supiera en qué dirección quedaba.

Ninguna lo exteriorizó, pero lo que llevaban en las mochilas podía no ser suficiente. Podían quedarse sin agua o comida en medio de la nada. Entonces sí que tendrían un problema grave. Corrían un gran riesgo. Sin embargo, para Alma, la simple promesa de encontrar a Freud era razón suficiente para asumirlo.

Pensaba en Nube a todas horas, preguntándose por qué escogió aquel momento para revelarle el paradero de Freud. Tal vez tuviera miedo. Quizá, detrás de aquella sonrisa confiada, supiera que iba a morir. Era buena persona, y no merecía aquel final. Lo echaba de menos. Y la añoranza era insoportable.

Caminaron durante horas sin decirse nada, como si ahorraran saliva del mismo modo que racionaban el agua. La que llevaban no les duraría mucho. La botella pasaba de mano en mano, cada una tomando apenas un sorbo para humedecerse los labios. Cualquiera hubiera deseado vaciarla de un trago y saciar la sed, pero ninguna lo hizo.

Cuando el sol empezó a descender, Maya sugirió hacer un alto antes de que anocheciera. Las tres aceptaron con alivio. Se internaron en un bosque poco profundo, suficiente para ocultarse de la carretera pero no tanto como para perderse en la espesura.

Montar las tiendas fue un pequeño triunfo. Ninguna tenía práctica, pero Alma, observadora, comprendió con rapidez cómo acoplar las varillas y guiar a las demás. Al final, levantaron dos refugios torcidos bastante firmes. Piña se quedaría una tienda, Alma y Maya, la otra. Con gusto se hubieran metido en ellas. Sin embargo, primero debían encender un fuego o el frío no las dejaría dormir.

Piña se encargó de reunir piedras y ramas para montar el rudimento de una hoguera. Después desapareció y volvió al poco

con un fajo de leña más que decente. Tras dos viajes más, la fogata estaba a punto.

Maya, con las manos en los bolsillos, se giró hacia Alma.

—¿Aún tienes el mechero? Nos iría genial ahora mismo.

Alma se lo devolvió. La llama prendió a la primera. Pronto, una hoguera temblorosa les calentó los cuerpos.

Piña inició la conversación.

—No me has contado quién es el tío al que persigues.

Alma levantó la vista.

—Nunca pareciste interesada.

—Pues ahora me interesa.

—Sé que se hace llamar Freud. Mató a mi familia y luego me vendió a Sol.

Piña asintió despacio.

—O sea que vamos a Galilea en busca de venganza.

—Nadie te ha obligado a acompañarme —replicó Alma, a la defensiva.

—Lo sé. Solo quiero comprender porque nos dirigimos allí.

—Si Freud está en Galilea… —la voz de Alma se quebró—. Debo dar con él.

—La venganza nunca trae nada bueno.

—Es lo único que me dará la paz.

—No, no lo es.

El tono de Piña le crispaba. Miró a Maya en busca de apoyo, pero esta seguía con los ojos fijos en las llamas, neutral.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —volvió a dirigirse a Piña.

Piña se mojó los labios antes de contestar.

—¿La verdad? Lo dejaría estar. Remover el pasado solo te hará más daño.

—Es fácil decirlo.

—Alma, en serio. Te arriesgas a perder lo poco que te queda.

Alma apretó los puños.

—¿Qué sabrás tú?

—¿Te crees la única que ha sufrido? ¿Sabes por qué me llaman Piña?

Alma no dijo nada.

—Cuando tenía cinco años, mi madre me vendió por una lata abollada de piña en su jugo. Seis rodajas de piña por su propia hija. La cabrona desapareció. No volví a verla nunca más. ¿Y sabes lo más gracioso de todo? Que nunca he probado esa fruta. Siempre me pareció exótica, de ahí el nombre. Cada vez que alguien me llama así, recuerdo lo poco que valía para mi madre.

Se enjugó las lágrimas que le colmaban los ojos con el nudillo.

—Todos me abandonan tarde o temprano. Pero sigo adelante. Ser optimista es lo único que me mantiene viva.

Alma bajó la cabeza.

—Entiendo lo que dices… pero no puedo perdonar a ese hombre.

—Entonces te acompañaré —dijo Piña sin titubear—. Te ayudaré a encontrarlo. Luego haz lo que debas.

Los bostezos se propagaron y el grupo decidió que era el momento de irse a dormir. Maya se levantó la primera, tendió la mano a Alma y la ayudó a incorporarse. Se deslizó dentro de la tienda, dio las buenas noches a Piña —que haría la primera guardia—, y cerró la cremallera del faldón.

Alma se tumbó junto a ella, compartiendo la manta. El olor a tierra que desprendía el cabello de Maya le resultaba cálido, familiar, casi salvaje. Se dejó arrastrar por esa sensación de refugio. Maya le cogió las manos y, sin apartar los ojos, le cubrió los labios con los suyos.

Alma sentía un calor asfixiante recorriéndole el cuerpo. Los primeros besos fueron breves, tímidos, hasta transformarse en un roce prolongado, ardiente. Con manos torpes, Alma acarició los pechos de Maya por encima de la ropa. Maya se desvistió con naturalidad y ayudó a Alma a hacer lo mismo.

Pronto estuvieron desnudas de cintura para arriba. La pelirroja le guio cabeza hasta sus pechos. Alma entendió lo que debía hacer, perdiéndose en el sabor salado de su piel, mientras ella le entrelazaba los dedos en el cabello. Luego fue Maya quien tomó la iniciativa, recorriendo su abdomen hasta desabrocharle los pantalones. Alma se tensó y la detuvo.

—Espera —dijo, temiendo que viera su cicatriz.

Maya le dedicó una sonrisa. Besó su ombligo y siguió descendiendo, como si no existiera nada en ella que pudiera desagradarle.

El calor era sofocante dentro de la tienda. Ambas sudaban, resoplando como si hubieran encendido una estufa allí dentro. Alma respiró hondo y se dejó caer sobre la manta. Maya se tumbó a su lado.

—¿Te ha gustado?

—Sí —respondió Alma con voz entrecortada.

—¿Sí?

—Joder, sí. Me ha encantado.

—Joder que sí —exclamó Maya con orgullo.

La carcajada de la pelirroja fue tan sonora que Alma le tapó la boca.

—Baja la voz —suplicó—. No quiero que Piña nos oiga.

—Debería estar sorda para no hacerlo —se burló Maya—. ¿Quieres que repitamos?

Alma asintió.

—Pero esta vez… déjame a mí.

—Me parece justo.

Estuvieron juntas hasta quedarse sin aliento. Luego el silencio las envolvió, roto solo por la respiración entrecortada y el latido compartido. Alma abrazó a Maya, sintiendo su calor como suyo.

—Te quiero —susurró.

Maya no contestó.

25

Al amanecer, recogieron el campamento sin mucho que decirse. El desayuno consistió en una lata de melocotón en almíbar, compartida en pedazos minúsculos. Beber el jarabe azucarado de la lata fue casi un festín. Alma se lamió los labios, saboreando el dulce jugo durante un buen rato, pensando en que tal vez no volvería a probarlo.

Después, con las mochilas ajustadas y todo empacado, volvieron a la carretera.

El paisaje se volvió un desierto lánguido. Un valle flanqueado por colinas de roca negra a las que jamás llegarían y una carretera interminable que se perdía en la lejanía. La monotonía del camino pesaba más que lo que cargaban a sus espaldas.

Por la tarde, divisaron la costa. Alma corrió los últimos metros, con el corazón encogido de emoción por estar a punto de ver el mar con sus propios ojos. La realidad la recibió como una bofetada. No era del azul brillante y límpido que se había imaginado. No era más que un manto cenagoso, casi sólido, cubierto de peces muertos. Las olas rompían contra el acantilado dejando una espuma viscosa y gris sobre la roca. El hedor era insoportable.

A lo lejos, varados hasta que el paso de los siglos los descompusiera, buques cargueros se oxidaban bajo el embate del mar, asemejándose a gigantes caídos en batalla.

Recordó las historias del abuelo Bosco sobre playas de arena blanca y aguas cristalinas y tuvo ganas de llorar. Si no lo hizo, fue porque se negó a seguir lamentándose por lo poco que quedaba del mundo.

Sin decir palabra, regresaron a la carretera y caminaron con el océano putrefacto a la derecha. Alma no volvió a mirar en aquella dirección.

Esa noche, encontraron refugio en una garita de socorrista. Entre paredes de madera hinchadas por la humedad hallaron mantas viejas, latas vacías y un bidón con leña en su interior donde encendieron un fuego

Al parecer, aquel lugar servía como refugio a otros viajeros, y habían respetado la caseta dejando lo que no pudieran llevarse para la próxima persona que lo necesitara. Dormir bajo techo fue un lujo inesperado.

Al despertar, con el cuerpo entumecido y el hambre royéndole las entrañas, Alma dudó por primera vez. ¿Había sido acertada la decisión de arrastrarlas hacia Galilea? El agua se agotaba con rapidez, la comida era escasa. Y la carretera no parecía que fuera a terminar nunca. Si no llegaban pronto se les acabarían los víveres. Entonces morirían en el camino, y sería culpa suya.

La mañana no les concedió tregua. Con el aire salobre pegado a la piel y arena en las botas, retomaron la marcha con el ánimo por los suelos.

Al caer la noche, el frío regresó con la crudeza habitual. Montaron las tiendas en una cuneta profunda a un lado del camino. El terreno era húmedo y angosto, pero no había mejor opción a la vista. Discutieron sobre si debían o no encender fuego. Maya decía que no debían bajar la guardia, y que si se dejaban ver, correrían peligro. Piña aseguraba que, a parte de ellas, no había una sola alma en cientos de kilómetros. Al final decidieron no arriesgarse. La idea de atraer miradas indeseadas pesaba más que el deseo de calor, así que se envolvieron en las mantas y se resignaron a pasar la noche temblando.

La mañana llegó con la quietud habitual. El ánimo se enterraba bajo una capa de rutina y fatiga. Piña conservaba un gesto hosco, como si les guardara rencor. Maya caminaba con la vista fija en la perpetuidad del horizonte, y Alma, incapaz de soportar aquel silencio, tragaba las ganas de iniciar una conversación que probablemente se extinguiría antes de empezar.

La carretera se estiraba como una cicatriz infinita entre filas de vehículos devorados por la maleza. Viejos postes eléctricos, inútiles y descarnados, se alineaban a intervalos como cruces que marcaban la tumba de un mundo ya muerto.

Las casas solitarias que dejaban atrás componían un paisaje funesto. Fachadas derruidas, tejados vencidos, promesas huecas. No ofrecían nada que las hiciera plantearse si debían registrarlas. Estaba convencidas de que, a parte de los cadáveres de sus antiguos dueños, no encontrarían nada de valor.

Caminaron con el horrible automatismo de montar el campamento al anochecer y retomar la marcha con las primeras luces. Ninguna sabía cuánto habían caminado ya. Tampoco cuánto tardarían en llegar, o si lo lograrían siquiera. Ya no les quedaba comida ni agua.

Al quinto día desde que abandonaron la Ciudadela, y al borde del desfallecimiento, Maya divisó lo que tanto tiempo llevaban buscando.

—Galilea —pronunció con labios resecos.

Alma se detuvo, incrédula.

—¿Estás segura?

—No, pero tampoco creo que haya otro lugar como este.

Ante ellas se extendía un antiguo aeropuerto convertido en fortaleza. La explanada de asfalto cubría varios kilómetros, poblada de fuselajes oxidados de aviones que nunca volverían a despegar. En el centro, una torre de varias plantas se erguía todavía con cristaleras intactas en lo alto. Sobre el tejado ondeaba una bandera roja marcada con el escudo del ejército donde mostraba orgullosa dos rifles cruzados y un tallo de maíz en el medio. Un recordatorio de que aún existía un poder organizado.

A ambos lados de la torre, tres hangares enormes hervían de actividad. Civiles entraban y salían bajo la atenta mirada de soldados armados. Rodeando la base, kilómetros de valla metálica coronada con cruel alambre de espino. La música clásica flotaba en el aire, emanando de altavoces ocultos. Sonaba limpia, vibrante. Tenían electricidad.

Un todoterreno salió de inmediato hacia ellas, levantando una nube de polvo. El motor rugía mientras ascendía por la pendiente hasta que se detuvo a escasos metros.

—Dejadme hablar a mí —dijo Piña adelantándose un paso—. No vaya a ser que la cagueis.

Nadie objetó. Alma sentía el estómago encogido. Desconocía el trato que recibirían. ¿Estaría Freud en alguno de esos barracones? Se abrazó a sí misma para tranquilizarse. Observó a Maya en busca de alivio. Esta mantenía la calma imperturbable de siempre.

Dos soldados bajaron del vehículo con fusiles colgados al pecho. Sus uniformes eran de un rojo oscuro, casi sanguíneo. El mismo color que los hombres que un día advirtieron a Nube. Las botas negras brillaban como recién enceradas y la tierra seca crujía bajo sus suelas.

El de mayor rango las examinó con gesto severo.

—¿Qué hacen aquí?

Piña suavizó la voz y arqueó el cuerpo.

—Venimos de la Ciudadela en busca de refugio. Supongo que está al tanto de lo que ha ocurrido.

El soldado asintió.

—Sí. Una lástima —dijo fingiendo que le importaba.

—Llevamos varios días caminando —prosiguió Piña—. No nos queda agua ni comida. Estamos destrozadas. ¿Cree que podría dejarnos pasar?

Ella sostuvo el gesto con una sonrisa tímida, calculada. El soldado recorrió a Piña con la mirada, lenta, deliberadamente. No dejó un solo centímetro de su cuerpo sin observar. Se apartó y sacó un transmisor del cinturón. La estática llenó el aire mientras alguien al otro lado contestaba.

Asintió de vez en cuando, tal vez recibiendo órdenes. Finalmente, devolvió el transmisor a su lugar y regresó con ellas.

—Os escoltaremos —dijo con voz firme—. Bienvenidas a Galilea.

26

Las llevaron hasta uno de los hangares donde les sirvieron un cuenco de sopa caliente y una pieza de fruta para cada una. Milagrosamente, el agua que les dieron no tenía ni un grano de arena. Sabía a goma quemada, pero era lo de menos. Bebieron hasta hartarse. Nadie les hizo preguntas en el comedor, y tampoco cuando las condujeron hasta las duchas.

Los baños estaban sorprendentemente limpios. El agua apenas tenía presión y estaba helada, pero ninguna le hizo ascos. Arrancarse la suciedad de la piel y sentirse limpia de nuevo fue como volver a nacer. Compartieron una pastilla de jabón, turnándose sin decir palabra. Al salir les dieron ropa. Pantalones, camisetas y ropa interior que escogieron de una montaña apilada en un almacén. No preguntaron a quién había pertenecido. Para Alma era suficiente que oliera a limpio. Se deshicieron de la nostalgia de la ropa mugrienta que llevaban encima como un reptil que muda la piel.

Cuando Alma salió, limpia, con ropa que olía a naftalina, se echó a reír al ver a Maya con un jersey naranja que le venía grande. Las mangas eran tan largas que apenas se le veían las puntas de los dedos. Y por mucho que las arremangara, siempre volvían a caer. Maya también reía. Piña, en cambio, también vestida de manera ridícula y poco coherente, zanjó cualquier broma sobre su aspecto con la seriedad de su expresión.

Un soldado, no mucho mayor que ellas, apareció para escoltarlas. Caminó al frente con formalidad, mientras ellas seguían su paso a través del edificio central. Columnas amarillas se alzaban hasta un techo abombado. El mármol del suelo brillaba como un espejo, surcado por filas de bancos atornillados. En algunas paredes colgaban pantallas apagadas, cubiertas de polvo.

Las llevó al segundo piso. Desde allí se dominaba la pista de aterrizaje y los hangares. Los oficiales se cruzaban de un lado a otro, discutían sobre mapas desplegados en mesas o clavados en la pared y anotaban datos en una pizarra. El lugar estaba plagado de sillas, pero nadie se sentaba en ellas.

Cuando apareció el oficial al mando, el murmullo se apagó de repente. Era un hombre bajo y corpulento, con la frente clareando y un bigote tan frondoso como la cantidad de medallas que llevaba en la pechera de su casaca impoluta. En el cinturón brillaba una pistola dorada con empuñadura del mismo tono que el uniforme. Caminaba con las manos a la espalda, la barbilla alta, como si esperara que el mundo se inclinara a su paso.

—¿Así que estas son nuestras invitadas? —dijo.

—Llegaron esta mañana desde la Ciudadela —informó el joven soldado.

—Nefastas noticias lo ocurrido allí. Esos malnacidos han dejado de respetar las leyes que nos protegen y han decidido tomar lo que quieren por la fuerza —se atusó el bigote, complacido consigo mismo—. Soy el mayor Júpiter.

A Alma le desagradó de inmediato su tono engolado. Su voz rezumaba vanidad.

—Aquí no os faltará de nada —continuó—. Con el ejército de vuestro lado, jamás tendréis que temer a esa escoria. El sargento os mostrará vuestras camas. Descansad esta noche. Mañana se os asignará una labor. Aquí todos arrimamos el hombro. ¿Está claro?

Las tres asintieron. El mayor les dedicó una sonrisa satisfecha.

—En marcha, sargento.

El joven saludó con un chasquido de talones y las guio fuera. Al atravesar la pista, Alma barrió con la mirada todo cuanto las rodeaba. Vio a un grupo de soldados entrenando, hombres y algunas mujeres que corrían, hacían flexiones y recibían gritos de un superior que les escupía las órdenes a pocos centímetros de la cara. A pesar de la presencia femenina, la fuerza militar de Galilea era abrumadoramente masculina.

El paisaje cambió de rostro cuando dejaron atrás el núcleo militar. El sargento las condujo hasta el 2B, uno de los tres hangares adaptados como barracones. Maya susurró que aquello parecía un campo de concentración. Alma no entendió a qué se refería, pero no sonaba a cumplido.

Aunque imponente por fuera, el interior era más pobre que el edificio del que venían. Un espacio de más de trescientos metros

cuadrados, con techos altos, y filas interminables de literas unidas unas a otras. Cientos de personas se amontonaban allí, envueltas en mantas, hablando en decenas de idiomas. El murmullo del gentío se transformó en silencio cuando el sargento cruzó la puerta. Algunos refugiados clavaron la vista en el suelo, como si la sola presencia militar bastara para reducirlos.

—Cuando se apagan las luces, nadie sale del barracón. Buscad un catre y descansad. Mañana recibiréis instrucciones —ordenó el joven con firmeza.

Solo Alma le dio las gracias.

En cuanto el sargento salió, hubo suspiros de alivio. El murmullo regresó al instante, llenando el lugar de voces superpuestas.

—Me quedo la de arriba —dijo Maya trepando con ligereza.

Alma se descalzó y repasó con la mirada a la multitud. Rostros desconocidos. Ni rastro de Freud. Sintió un nudo en el estómago. Nunca había planeado qué haría si llegaba a encontrárselo. ¿Qué le diría si lo tuviera delante? ¿Lo mataría sin más? Ahora que estaba más cerca que nunca, el vacío de esa incertidumbre se le antojaba insoportable. Volvía a tener miedo. Diferente, pero miedo al fin y al cabo.

Las luces se apagaron con un chasquido. Bajo el cuchicheo cada vez más débil de las conversaciones, Alma se acurrucó bajo la manta y cerró los ojos.

27

A la mañana siguiente las reunieron junto con otros jóvenes ante la puerta del barracón y las llevaron a la pista de aterrizaje. El asfalto estaba atestado de fuselajes de aviones descoloridos. Sombras de lo que en otro tiempo habían sido grandes naves comerciales. Con las alas arrancadas y las entrañas abiertas, parecían esqueletos de bestias prehistóricas que nunca volverían a surcar los cielos. Enormes. Derrotadas. Al borde del olvido.

Un soldado les explicó en qué consistía el trabajo. Debían adentrarse en los armazones, arrancar lo que aún fuera de utilidad —les mostró tornillos, arandelas, cables, placas electrónicas— y depositarlo en cajas de plástico para su posterior cribado. Les entregaron herramientas básicas y poco más.

Piña cogió un destornillador y Maya una llave inglesa. Alma cogió una llave de tubo. El trabajo resultaba simple en apariencia. Pronto descubrió lo extenuante que era.

Gateó durante horas entre la bodega y los motores de un carguero, aflojando piezas diminutas hasta que los dedos se le entumecieron y los antebrazos le dolían como si se los hubiera golpeado.

A mediodía les dieron media hora de descanso. Un grupo de voluntarios trajo comida. Arroz con verduras secas en un cuenco de aluminio. Una anciana con un pañuelo rojo en la cabeza le sirvió a Alma. Al verle las manos ennegrecidas por la grasa, la mujer le sonrió con cierta ternura.

—Podría ser peor. Podrías ir en ese furgón —le dijo.

Alma siguió con la vista la dirección en la que la anciana señalaba. Un furgón abandonaba el perímetro, cargado de civiles y escoltado por soldados. Los civiles tenían la expresión de un condenado a muerte. No preguntó adónde se los llevaban. No quería saberlo.

Durante el descanso, algunos engullían la comida para poder tumbarse al sol y dar una cabezada. Los horarios estaban marcados por los altavoces que, cada dos horas, interrumpían la música clásica

para transmitir partes militares. Victorias en el frente, enemigos aniquilados, la promesa de un triunfo inminente. "Nuestra gran nación prevalecerá", repetía la voz metálica. Alma no entendía a qué nación se refería, pero guardó esas dudas para sí. Después del mensaje, volvían a emitir música clásica hasta el anochecer. Los mismos temas, en el mismo orden.

Cuando el sol empezaba a flaquear, un soldado les anunció que la jornada había finalizado. Los altavoces enmudecieron. Alma suspiró con alivio. La espalda le dolía y apenas podía enderezarse. Muchos trabajadores volvieron directamente a los barracones, a dormir todas las horas que les fuera posible. Otros, en cambio, se dirigieron a "El Ala Rota", un bar improvisado en el morro hueco de un Boeing.

El local estaba adornado con guirnaldas navideñas y luces de colores. Un anciano con la cara tatuada y barba blanca servía copas tras una barra de chapa. La gente se reunía en torno a las mesas, bebiendo y riendo como si la fatiga del día no existiera.

Alma, Maya y Piña hicieron la cola, solo para descubrir que necesitaban vales de racionamiento para que las sirvieran. Fue la anciana del pañuelo rojo quien les prestó uno a cada una, con la condición de que los devolvieran al día siguiente tras cobrar su paga.

Pidieron lo único que allí servían: un licor espeso y dulzón llamado Ardor. Quemaba al tragarlo y dejaba un regusto a hierba seca en el paladar. Alma se sorprendió al ver que los vales también servían para conseguir tabaco, ropa o agua, y que algunos civiles los acumulaban como si fueran oro.

La música empezó a sonar de un viejo transistor y algunos se animaron a bailar. Alma observó cómo la gente, a pesar de las penurias que a buen seguro había padecido, se divertía. Aquel era un momento bien merecido.

Ninguna de las tres tenía fuerzas para unirse. Alma apartó la vista. El recuerdo de "El Perro Borracho" se impuso a la fuerza. Las risas, la guitarra, los bailes con Maya. Su primer beso.

Esto era distinto. Más ordenado, más controlado. No era la Ciudadela. Pero tampoco era la libertad.

Esperaron un rato, por si Freud aparecía. No lo hizo. Se terminaron sus copas y regresaron al barracón. Dentro, un dúo entonaba una canción hasta que alcanzaban el estribillo y el resto se les unía. El licor corría de mano en mano. Hombres y mujeres intercambiaban vales por compartir cama. Muchos parecían conformes con esa clase de vida. Trabajar hasta caer rendidos. Beber por las noches. Dormir. Repetir al día siguiente.

Alma los miraba con pesar. ¿A esto se reducía Galilea? ¿En qué se diferenciaba de la Ciudadela, salvo por los uniformes? Maya, como si hubiera leído sus pensamientos, le apretó la mano.

—Nada cambia ¿verdad?

—Eso parece —dijo Alma.

—¿Alguna pista de lo que buscamos?

Soltó el aire contenido antes de negar con la cabeza.

—Puede que ya no esté aquí.

—Bueno, esto es muy grande. Si está, lo encontraremos. Y le joderemos vivo.

Alma la besó en los labios, un gesto breve, interrumpido por las miradas escandalizadas de una familia cercana. Un niño de cabello blanco las observaba con inocencia. Maya le sacó la lengua al crío, arrancándole una carcajada. Alma sonrió también, con ganas de decirle que sentía haberla traído hasta este lugar. De confesarle que estaba enamorada de ella.

Se acomodaron en las literas. La luz se apagó. Las conversaciones fueron extinguiéndose hasta quedar sepultadas por ronquidos dispersos y toses aisladas.

Alma cerró los ojos, con el sabor del licor en los labios.

Galilea amaneció sumida en un clima de exaltación. Una docena de todoterrenos irrumpió en la base con las primeras luces, levantando polvo y rumores por donde pasaban. Oficiales gritando órdenes que debían cumplirse con premura, soldados dispersándose como hormigas, y un nutrido grupo de civiles haciendo cola para embarcar en un furgón rumbo a algún destino desconocido. Otros vehículos llegaron cargados con mujeres y niños. Algunos lloraban, otros eran mudos. Todos con las miradas vacías.

Los altavoces, que la víspera habían escupido música clásica y mensajes triunfalistas, modificaron su discurso. Tras proclamar que Galilea estaba doblegando a los "rebeldes separatistas" —también llamados anarquistas—, difundieron un relato de "historia de nuestra nación" al que todos los trabajadores debían atender, acompañado de un estruendo de trompetas que vibraba en el aire viciado de la mañana.

"Es por todos conocido que la caída de nuestra sociedad es por culpa de los rebeldes. Exigieron más de lo que el Estado podía dar, exprimieron al país como a una fruta madura. Produjeron la basura que contamina nuestros mares, arruinaron el aire y el agua que bebemos. Cuando llegó la enfermedad mortal, millones pagaron por los pecados de unos pocos. Y ahora, esos mismos parásitos pretenden arrebatarnos el nuevo orden que tanto sacrificio nos ha costado levantar. Pero que quede claro: mientras el ejército de Galilea exista, no quedará un solo rebelde en pie. Dios es testigo de que acabaremos con ellos".

El mensaje terminó con un chasquido y la música regresó con solemnidad.

28

La jornada fue especialmente dura. Alma sentía la espalda hecha un nudo y un dolor punzante en el muslo. Tenía las manos cubiertas de cortes y las uñas partidas que los ajados guantes poco podían hacer por evitar. El tufo a combustible le taladraba las sienes, provocándole un persistente dolor de cabeza. Gateaba entre fuselajes ennegrecidos, arrancando tornillos y cables hasta que dejaba de sentir los dedos. A pesar de ser apenas una adolescente, se sentía una anciana.

De regreso al barracón, atravesó la marea de cuerpos agolpados en la puerta. Hombres y mujeres fumando, charlando, cambiando vales de racionamiento por favores. Sus ojos recorrieron decenas de rostros con ansia. Freud no aparecía. La duda la devoraba. ¿Y si habían llegado tarde? O —aún peor—. ¿Y si estaba muerto?

Encontró a Maya junto a las literas. Se detuvo frente a ella, sin saber por dónde empezar. Maya arqueó una ceja.

—¿Qué pasa?

—Empiezo a pensar que nos hemos equivocado en venir aquí.

Maya sonrió con esa calma que a veces la desconcertaba.

—¿Es que te hago gracia? —dijo Alma con el ceño fruncido.

—Esas arrugas que te salen en la frente cuando estás preocupada me vuelven loca.

La besó, pero Alma no le correspondió.

—No te preocupes —prosiguió Maya—. Si no está aquí averiguaremos dónde fue. Ese cabrón no se nos escapará, te lo prometo.

Alma apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Imaginó por un instante como sería vivir en paz, sin preocupaciones, sin esa bestia salvaje llamada venganza enroscada en su interior.

El toque de queda se aproximaba, y Piña aún no había regresado. Alma se lo comentó a Maya.

—Ya sabes cómo es —dijo la pelirroja—. Estará en el bar. Déjala que se emborrache, mal no le va a venir.

—¿Crees que es buena idea? Aquí no conocemos a nadie, y ella está sola.

Maya puso los ojos en blanco, volvió a calzarse la bota que ya se había quitado y salieron del barracón.

En "El Ala Rota", quedaban apenas unos rezagados bebiendo bajo la luz rosada de las bombillas. Un grupo de soldados, visiblemente ebrios, reían abrazados a mujeres tambaleantes. Y allí estaba Piña, en la barra, acurrucada contra dos uniformados. Uno, calvo y con la cabeza brillante. El otro, de bigote espeso y gafas de pasta, con los músculos de sus brazos marcados por el uniforme ceñido. Se la pasaban de uno a otro. Y la tocaban con descaro.

—Piña, vámonos —dijo Alma con firmeza.

Piña la miró con ojos entornados, sonrió y levantó su vaso.

—Déjame en paz, gilipollas. Estoy con mis nuevos amigos.

—Por favor, Piña —Alma no estaba dispuesta a ceder.

El calvo masculló tambaleante:

—Si quiere quedarse, que se quede, que es mayorcita.

Piña se carcajeó.

—No tan mayorcita, soldado.

Alma sintió rabia y asco.

—Está borracha, no sabe lo que hace.

—Pues ya somos tres —rio el del bigote—. A no ser que queráis uniros a la fiesta.

Maya escupió en el suelo.

—Ni muerta.

Los soldados rieron con estruendo.

—Olvidadlo, no les gustan los hombres —soltó Piña.

Las carcajadas se redoblaron. Piña se apretaba entre ellos, sonriendo a Alma con inexplicable malicia.

—Haz lo que quieras —dijo Alma al fin, dándole la espalda.

—¡Es lo que quiero, mojigata de mierda! —vociferó Piña tras ella —. Tú y tu novia podéis iros a la mierda.

Con ojos húmedos, Alma caminó de regreso.

Maya la detuvo.

—No llores, no se lo merece.

—No la entiendo —dijo luchando por no llorar—. Es repugnante.

—Lo es, pero cada uno lleva las cosas a su manera. Es lo único que conoce. Es mejor que no se lo tengas en cuenta.

Alma trató de comprenderlo. Pero dolía.

Maya le dio un codazo suave.

—¿Y si damos una vuelta antes de volver?

—¿Y el toque de queda?

—No pasará nada si nadie nos ve.

Burlaron la escasa vigilancia y caminaron hasta los aviones. Treparon a un ala y se recostaron. La noche las envolvió. Maya la besó con deseo y la tensión acumulada se disolvió en el calor de aquel contacto furtivo.

—No recuerdo la última vez que estuvimos solas —dijo Maya.

—Es raro tener que escondernos.

—Le da más morbo.

Rieron en un susurro. Maya se puso seria.

—Alma —dijo—. ¿De verdad serás capaz de matarle cuando lo encuentres?

Alma no dijo nada durante unos segundos. La respuesta debería ser sencilla, pero no lo era.

—No lo sé.

—No tienes que hacerlo. Podrías… no sé, soltarlo todo. Vivir tranquila.

—No puedo —respondió a pesar de las dudas que le asaltaban.

—Bueno, si no te ves capaz, yo lo haré por ti. Después de todo, no sería la primera vez.

Alma sonrió. Maya le cogió la cara para besarla.

Regresaron tarde, esquivando sombras en la oscuridad. El barracón dormía. Los ronquidos llenaban el aire.

29

Fue una mala noche. Las horas que no logró dormir las echó de menos por la mañana. La tos la sorprendió al despertar. Seca, interminable, dolorosa. Con ese eco de hierro en los pulmones que se estaba convirtiendo en algo habitual. Hundió la cara en la almohada hasta que remitió. Los mareos, al igual que la tos, también la acompañaban a diario.

Mientras se vestía, Maya se le acercó.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Por cómo tosías, cualquiera lo diría.

—Será un resfriado.

No quiso darle más importancia y Maya tampoco insistió.

Piña no estaba en su cama, lo que trajo a Alma el recuerdo de la noche anterior. Ya no sentía furia. Solo una punzada de tristeza por el camino que Piña había decidido tomar.

En la pista de aterrizaje le entregaron una llave inglesa tan grande como su brazo. Pesaba lo suficiente para ser incómoda, pero no se quejó; era mejor que la llave de tubo. Su tarea consistía en buscar barras de torsión dentro de un avión comercial. Un soldado le mostró un ejemplo y señaló posibles ubicaciones. Alma descubrió el problema al intentar maniobrar con la herramienta. Los huecos eran estrechos y apenas había sitio para girarla. Se frustró en pocos minutos.

A Maya la habían destinado a desmontar avionetas en la otra punta de la pista. No volvería a verla hasta la noche.

Al caer el sol, Maya la esperaba en junto al "Ala rota". La llevó aparte, lejos de los demás.

—¿Ese de ahí no es uno de los que se fue con Piña la otra noche? —señaló Maya a un soldado corpulento, calvo, que hablaba junto a dos compañeros que le reían todas las gracias.

—Sí, es él.

—¿Quieres preguntarle si sabe algo de ella?

Alma negó con rabia contenida.

—No pienso volver a meterme en sus asuntos. Que haga lo que quiera.

—Está bien. Que se joda —sentenció Maya.

Horas más tarde, cuando por fin logró convencer a Maya de volver al barracón, lo encontraron prácticamente vacío. Fue entonces cuando Alma vio a Piña recostada en su litera.

Con un empujón suave, Maya la animó a acercarse. Alma, titubeante, se sentó a los pies de la cama.

Piña se limitó a cubrirse con la manta.

—¿Estás bien? —preguntó Alma.

Silencio. Alma, bufó exasperada. Ya estaba a punto de marcharse cuando Piña se giró. Su rostro era una máscara hinchada a base de golpes. Cortes en el pómulo. Moretones oscuros en la mandíbula y un ojo casi inexistente.

—¿Qué te ha pasado? —exclamó Alma.

Maya se acercó para verla.

—Joder.

Piña rompió a llorar, abrazándose a sí misma como si quisiera hacerse pequeña.

—Han sido ellos ¿verdad? —preguntó Alma.

No obtuvo respuesta.

—Dímelo.

Nada.

—Fueron esos cabrones —dictó Maya.

Alma se levantó, encolerizada. La mano firme de Maya en su hombro la obligó a sentarse de nuevo.

—Quieta ahí.

—¿Es que no ves lo que le han hecho?

—Tengo ojos en la cara.

—Uno de ellos está en el bar.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Darle una paliza?

—Lo mataré.

—O ellos te pegarán un tiro en cuanto te acerques con esa cara.

—Me da igual.

—A mí no, joder, así que cálmate.

Entonces sintió la mano temblorosa y frágil de Piña aferrando su muñeca. Los ojos cubiertos de lágrimas la desarmaron por completo. Alma la envolvió entre sus manos.

—Perdóname —pidió Piña.

—No tengo nada que perdonar.

—Perdóname —repitió con un susurro.

Con la voz rota, Piña les contó lo sucedido. Le insultaron, le pegaron cuando se negó a llegar hasta el final. Les contó cómo habían intentado violarla, y cómo luchó para evitarlo. Al final lo logró, pero no pudo evitar que se ensañaran con ella.

Alma apretó los dientes.

—Voy a matarlos.

—No lo hagas, por favor —le suplicó Piña.

—Alguien tiene que hacer algo.

—Esto es una base militar. Aquí mandan ellos —intervino Maya.

Alma calló. Durante un momento, la tristeza fue más fuerte que la ira. Y en ese momento tomó una decisión.

—Entonces nos iremos —dijo.

—Aún no hemos encontrado a Freud —le recordó Maya.

—Me da igual. Cuando Piña se recupere, cogemos nuestras cosas y nos marchamos. A las montañas. A donde sea.

—¿Y Freud?

—He decidido dejar de buscarlo. Una amiga me dijo que la venganza no trae nada bueno, y que sufrir por el pasado es opcional.

Piña sonrió al oír esas palabras. Maya sorprendida, la miró como si no la reconociera.

—¿Hablas en serio?

—Más que nunca.

Esa noche, Alma durmió como cuando era niña, cuando no tenía ninguna preocupación. Sentía un hilo de esperanza. El amanecer sería el principio de una nueva vida. Una que ella había escogido.

Despertó sobresaltada cuando una mano le tapó la boca. Todo ocurrió demasiado rápido. Un soldado la sacó fuera del camastro sin

dar ninguna clase de explicación. Miró a ambos lados. Otros civiles también eran obligados a salir de sus camas y arrastrados fuera del barracón con los mismos rostros desorientados.

Buscó a Piña y a Maya en las literas.

Solo una estaba ocupada.

La de Maya estaba vacía.

2ª Parte
Lo que se ha perdido

1

Poco antes de que se llevaran a Alma, Maya había salido del barracón aprovechando que todos dormían. Se levantó a oscuras y salió a hurtadillas, moviéndose como un fantasma entre las literas.

Llegó a el "Ala Rota" sin que nadie le diera el alto, al fin y al cabo no era el único civil que estaba gastando sus vales a aquellas horas. El calvo seguía allí, más borracho que unas horas antes, rodeado por tres soldados más jóvenes que celebraban cada palabra que salía de su boca. Brindaban con cada chiste y lo jaleaban para que contara uno más. Menudo capullo. Su cara de imbécil le hervía la sangre. Maya estiró el cuello y chascó los nudillos.

No se sentía culpable por haberle mentido a Alma. Había hecho lo que creía necesario. Si la hubiera dejado ir en busca de pelea, habría acabado muerta. Para Alma, aquello era un suicidio; para Maya, era lo normal. Pelearse con hijos de puta era casi un deporte. Piña le caía mal, muy mal, a decir verdad, pero no iba a permitir que aquel cerdo se fuera de rositas después de dejarle la cara como un mapa. Ni de coña.

Sacó la llave inglesa que llevaba consigo y la ocultó en la manga del abrigo. El calvo gesticulaba tanto que el licor se le derramaba sobre las botas con cada aspaviento. Reía como un loco.

Maya no se lo pensó demasiado. Actuar con rapidez era su única ventaja. Se colocó a su espalda, tan rápido que nadie la vio venir. Descargó el golpe con toda la fuerza que pudo reunir. El metal contra el hueso emitió un chasquido desagradable. El calvo se volvió, incrédulo, parpadeó dos veces antes de que un tajo se le abriera en la coronilla. Un manto de sangre le cubrió la cara en cuestión de segundos. Cayó como un saco bajo la atónita mirada de sus camaradas.

Los soldados se abalanzaron sobre ella. No se resistió. Hubiera sido inútil. Eran más, estaban armados, y ya no contaba con el factor sorpresa. La culata de un fusil le golpeó la sien. Cayó al suelo. La redujeron retorciéndole el brazo hasta rozar el límite del hueso

mientras su mejilla era aplastada contra el asfalto. No gritó. No se quejó. Había hecho justicia.

La llevaron hasta una oficina en el edificio central. El oficial al mando, un tipo de rostro curtido y uniforme impecable, la observó desde el otro lado del escritorio. Maya era incapaz de sostenerle la mirada. La cabeza le pesaba, los párpados se le cerraban. Y, sin embargo, estaba satisfecha.

—Corrígeme si me equivoco, jovencita—el hombre empezó a hablar—. Llegasteis hace poco más de una semana. Os dimos cobijo, comida, ropa, trabajo. Y hoy mandas al hospital a un buen hombre.

Se le pasó por la cabeza decirle que si hubiera estado el tío de las gafas hubieran sido dos en vez de uno. Pero no podía articular tantas palabras seguidas. Al final farfulló lo que pudo.

—Pegó a mi amiga.

—¿Y esa es razón suficiente para abrirle la cabeza?

Maya escupió.

—Sí.

—Veo que eres de esas ¿eh?

—Quisieron violarla.

El oficial no se inmutó.

—Os hemos tratado bien. Velamos por vuestra seguridad y solo pedimos un poco de lealtad.

—Iban a violarla —repitió Maya, alzando la voz.

—Pues debió dejarse hacer. Los soldados están bajo mucha presión. Necesitan liberar tensión de vez en cuando. Si se hubiera mostrado más amistosa, nada de esto hubiera pasado.

Lo fulminó con la mirada.

—No somos putas.

—Y yo no he dicho que lo seáis, pero podríais mostrar algo de gratitud.

Por su parte, la conversación había terminado. Al parecer, para el oficial también.

La encerraron en una de las casetas de ladrillo del otro extremo de la base. La oscuridad era de ataúd cerrado. Olía al sudor de anteriores prisioneros.

Al fondo había un catre. Maya se dejó caer en él, con la sien dolorida, y dejó que las horas pasaran.

De madrugada, escuchó que alguien la llamaba al otro lado de la puerta. Reconoció la voz de Piña.

—Maya. ¿Estás ahí dentro?

—¿Qué coño quieres?

—¿Está Alma contigo?

—No, estaba en los barracones.

—Pues ya no está. Ha desaparecido.

Todos sus sentidos se agudizaron.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Esta mañana no estaba en su cama.

—Mierda —golpeó la pared con el puño—. Pregunta por ahí, alguien tiene que saber algo.

Piña se alejó a toda prisa. Maya se dejó caer contra la puerta. Empezaba a plantearse si abrirle la cabeza al calvo había sido una buena idea.

Amanecía cuando la puerta volvió a abrirse, sin embargo, no fue para dejarla salir. Dos soldados empujaron a un prisionero al interior y volvieron a cerrar. Pasaron unos segundos en los que el silencio los engulló a ambos.

No le veía la cara. Era más alto que ella. Olía a alcohol. Respiraba con fuerza.

Dio un paso hacia ella.

Maya se tensó, lista para luchar si aquel capullo intentaba algo. Era un hombre, sería lo normal. Pero si intentaba joderla, iba a llevarse una sorpresa.

La luz que se filtraba por las rendijas de la puerta le iluminó a duras penas el rostro.

Maya aguantó la respiración.

—Dios mío… —susurró él.

Maya creyó estar soñando. Su boca formó una palabra temblorosa, una que pensaba que jamás volvería a pronunciar.

—Papá.

2

Despertó entre los brazos del hombre que había creído muerto. Su padre dormía plácidamente, con la barba blanca rozándole la frente, mientras ella le acariciaba el pecho. Pensó en el azar, en el destino o en lo que fuera que hubiera permitido aquel reencuentro. Decidió que le daba igual.

—Eres tú —susurró.

—Soy yo —respondió él, abriendo los ojos.

El abrazo fue tan intenso que dolió. Lo hizo real. Pasaron unos minutos cargados de recuerdos, hasta que él, temeroso, se atrevió a preguntar.

—Mamá y Lena…

Maya negó con la cabeza.

—No lo lograron.

—Ya habrá tiempo para hablar de eso.

Se acostaron de nuevo, agotados.

Al amanecer, le contó cómo los esclavistas habían arrasado el poblado. Cómo logró escapar, cómo sobrevivió hasta llegar a la Ciudadela. No mencionó todos los detalles, pero su padre la escuchó con los ojos brillantes, la mano sobre la suya, recuperando el tiempo perdido.

—He estado sola tanto tiempo. Lena… mamá… Ni siquiera sé dónde están sus cuerpos —las lágrimas le empañaban la vista.

—Pero ahora estamos juntos —él sonrió. Débil. Sincero.

Maya se enjugó las lágrimas, intentando devolverle la sonrisa.

—¿Y tú, qué fue de ti?

—Hice cosas buenas y otras que no lo son tanto. Algunas de las que me arrepiento. Llegué a pensar en acabar con todo tantas veces... —una solitaria lágrima se perdió en su barba.

—Todos hemos hecho cosas terribles. Eso ya no importa. Pensemos en lo que haremos cuando salgamos de aquí.

Él le explicó que llegó a Galilea moribundo y más esqueleto que persona. Empezó trabajando como el resto, pero a las pocas semanas empezó a trapichear con los soldados más jóvenes. A base

de trueques había conseguido algunos contactos, labrándose cierto reconocimiento. Tenía en mente abandonar Galilea para dirigirse a las montañas, hasta que se encontraron. Lo que no le dijo fue la razón por la que lo habían encarcelado y tampoco ella preguntó.

Maya, sentada en el suelo, junto a la puerta, pasaba el rato palpándose la costra de la sien herida mientras su padre dormía. Todavía le costaba creerlo. Su padre estaba vivo. ¿Qué probabilidades había de que algo así sucediera?

La voz rasgada y estática de los altavoces interrumpió la monotonía de sus pensamientos. Galilea había ganado otra gran batalla. Los separatistas retrocedían. Maya se preguntó cuánta verdad habría en aquel discurso plagado de populismo. Siempre hablaban de victorias, y sin embargo, la guerra parecía interminable. ¿De qué servía un ejército si la guerra terminaba?

Cerró los ojos. El rostro de Alma la golpeó con dureza. Se la llevaron la noche que salió a hurtadillas de su cama. *Mierda*. *Si hubieras estado donde debías, lo habrías evitado*. El remordimiento la encogió por dentro.

—Maya ¿estás ahí? —la voz de Piña sonó junto a la puerta.

—¿Sabes algo de Alma? —preguntó de inmediato.

—No.

—¿Entonces qué quieres?

—Te he traído algo de comer.

—Vete a la mierda.

—Llevas un día entero sin comer. Y sé que comes como una lima.

Ninguna dijo palabra. Algo pasó por debajo de la puerta. Un bocadillo envuelto en un trapo. Maya estuvo a punto de saltar sobre él. Se contuvo.

—Tú no sabes una mierda sobre mí —exclamó.

—Te he visto comer.

—Ya, pues estoy bien.

—Quédatelo. Y si no, lo tiras.

Transcurrieron unos segundos en los que solo se escuchaba la respiración acompasada de su padre.

—Maya —dijo Piña.

—¿Qué?

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé. Tenemos que descubrir dónde está Alma, e ir a buscarla.

—¿Cómo?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Debo irme, si me ven aquí…

—Piña.

—¿Qué?

—Que te den.

Maya supo que, al otro lado de la puerta, Piña sonreía.

—De nada.

Cuando sus pasos se perdieron, Maya partió el bocadillo en dos mitades y devoró su parte.

Entre duermevelas y conversaciones, pasaba las horas junto a su padre. Ella le relataba fragmentos de su vida en la Ciudadela y él la escuchaba como si él mismo hubiera estado allí. Le habló de los túneles del mercado, de la gente que había conocido. Del ataque de los areneros. Le habló de sus amigas. De la que odiaba. De la que amaba.

—¿Y cómo se llama? —preguntó él.

La penumbra escondió el rubor de sus mejillas.

—Alma —le dijo.

Su padre tardó en contestar. Ella estuvo a punto de repetir el nombre cuando lo oyó murmurar:

—Estoy convencido de que es una chica estupenda.

—Te encantará. Me muero de ganas de que la conozcas.

Él no dijo nada más. Maya pensó que se había quedado dormido y prefirió no interrumpir su descanso. Se aferró a la idea de que, cuando todo terminara, su padre y Alma se conocerían. Sonaba a algo parecido a una familia. Eso no podía ser malo.

Tres días después, sacaron a Maya de confinamiento. Su padre tendría que esperar. Él lo aceptó con calma, asegurando que allí

dentro tenía lo que más valoraba. Ella fingió estar de acuerdo, aunque por dentro ardía de rabia por no poder llevárselo con ella.

Regresar al barracón fue extraño. Había caras nuevas que la ignoraron por completo. Las conocidas la miraban con recelo y se apartaban al verla, como si volviera marcada con algún estigma. Siguió caminando como si nada. No podía importarle menos.

Encontró a Piña charlando con un muchacho escuálido, mugriento, de pelo pajizo. Era la primera que vez que lo veía, y tenía una de una cara de alguien mucho mayor.

En cuanto la vio, Piña se levantó de un salto, dejando a medias la conversación. Intentó abrazarla, pero Maya la frenó en seco echándola a un lado. La llevó hasta el fondo del barracón.

—¿Qué has averiguado?

—No mucho —admitió Piña—. Pero creo que se la han llevado en uno de esos furgones que salen de la base cargados de civiles. Se dice que andan cortos de soldados en el frente, y que por eso escogen a trabajadores.

—¿Para llevárselos a dónde?

—A un lugar llamado Lona.

—Joder —se llevó las manos a la cintura—. ¿Te suena de algo?

—No lo había oído nunca.

—Alguien tiene que saber algo.

Una semana después, su padre apareció en el barracón. Con la barba blanca ocultándole el cuello, pidiendo a gritos un afeitado. Maya se cuidó de mostrar demasiada emoción. No quería que los demás supieran que eran padre e hija.

—Este es Robert, mi padre —dijo cuando se aseguró de que estaban lejos de oídos indiscretos.

Piña la miró con incredulidad.

—¿Es tu padre? ¿Y me lo dices así?

—¿Preferías que lo gritara?

Piña puso los ojos en blanco y se volvió hacia él con amabilidad.

—Encantada, Robert.

Se estrecharon la mano y sonrieron.

—Llámame Rob —respondió él.

Verlos juntos dio a Maya un extraño consuelo. Y, aunque no había tiempo de regodearse, fue un respiro. Ahora debía centrarse en encontrar a Alma.

Esa noche, padre e hija compartieron una botella de vino sentados sobre el ala de un avión. Robert la había conseguido gracias a un contacto entre los oficiales, uno que le debía un favor. No era un buen vino, y posiblemente estaba rancio, pero lo disfrutaban como el lujo que en realidad era.

Robert hablaba con calma. Maya, perdida en sus pensamientos, miraba el gollete de la botella.

—Llevas todo el día en las nubes. Y no es sano pensar tanto —le dijo él—. ¿Quieres contármelo?

Maya suspiró.

—Tengo que salir de Galilea.

Robert frunció el ceño.

—¿Por qué? Aquí estamos seguros.

—Hace semanas que se llevaron a mi amiga en uno de esos jodidos furgones.

Robert la escrutó con la mirada.

—Y quieres ir a buscarla. ¿Sabes por lo menos dónde se la llevaron?

Maya asintió.

—A Lona. ¿Te suena de algo?

—Sí, de que está demasiado lejos.

—Entonces necesito un vehículo —le pasó la botella.

Robert se tomó su tiempo antes de contestar.

—Salir de Galilea es fácil. Nadie te lo impedirá. Conseguir un transporte… es un poco más complicado.

—Por eso recurro a ti.

Él sonrió.

—Podría conseguir uno. Pero voy contigo.

—No.

—No es una opción. No pienso perderte otra vez.

Supo que era una batalla perdida y que discutir con su padre solo sería perder el tiempo.

3

De madrugada, cuando Galilea estaba sumida en el sopor del sueño, Maya y Piña esperaban junto al aparcamiento, ocultas tras un todoterreno. Habían salido del barracón con las escasas pertenencias que les habían permitido quedarse, y ahora aguardaban, con el corazón en la garganta, a que Robert apareciera con las llaves de un vehículo.

Los minutos se hicieron eternos. Cada vez que una patrulla pasaba cerca, se escondían bajo las ruedas. Maya apretaba los dientes, convencida de que aquella no había sido una buena idea. Tantas cosas podían salir mal.

Aun así, confió en su padre. Este le había asegurado que conocía a alguien que le dejaría colarse en el edificio central y desde allí, podría acceder al armario de las llaves.

Pasaron un par de minutos más. Lentos, cargados de suspense, en los que Maya no se atrevía ni a respirar.

Robert surgió de las sombras. Cargaba con una bolsa a la espalda y un llavero que tintineaba en sus dedos. Nadie había hecho sonar la alarma y Galilea seguía sumergida en una quietud oscura.

Robert saltó al asiento del conductor. Luego les dedicó una sonrisa triunfal mientras introducía la llave en el contacto. El todoterreno arrancó a la primera.

Maya fue hacia el portón corredizo, temblando ante la posibilidad de que no cediera. Lo hizo. Se deslizó sobre el riel con suavidad, sin emitir el menor ruido.

Era como si aquella noche el destino les sonriera. Claro que el destino no tenía nada que ver con que el portón estuviera abierto, sino el trato que su padre acordó con el soldado que debía estar vigilando la entrada en aquel momento.

Cerró de nuevo una vez el vehículo estuvo al otro lado y se subió al asiento del copiloto sin creer que pudiera ser tan fácil. Miró a su padre. Al parecer, para él, sí lo era. Su expresión no era la de alguien que está robando un vehículo aprovechando un cambio de guardia. Era como si lo hubiera hecho cientos de veces y esta fuera una más.

Robert hundió el pie en el acelerador y salieron de Galilea volando sobre la grava.

A los pocos minutos en la oscuridad de la carretera, Robert advirtió algo que todos habían pasado por alto.

—No llegaremos ni a la mitad del camino con este combustible.

—Mierda.

—Ese soldado ha vuelto a jugármela.

—¿Crees que nos perseguirán? —preguntó Maya, sin despegar los ojos del retrovisor.

—Por irnos, no —Robert levantó la voz para hacerse oír por encima del motor—. Los civiles son libres de marcharse cuando les plazca. Esa es la tan cacareada libertad que Galilea predica. Pero llevarse un vehículo militar es delito. Y lo que hay en la bolsa, también.

Maya lo miró extrañada.

—¿Qué has hecho?

Maya abrió la bolsa. Dentro había varias latas de comida, una linterna, un cuchillo de cazador con mango de hueso. Al fondo una pistola con la empuñadura de nácar rojo y detalles dorados. La reconoció de inmediato.

—Es la pistola de Júpiter.

—Estaba junto a las llaves, ¿cómo no iba a cogerla?

—Sabes que nos colgarán por esto ¿no?

—Primero tendrán que cogernos.

Robert aceleró, convencido de que en la carretera serían presa fácil. Detrás de ellos, solo había oscuridad.

Unas horas después, el todoterreno se quedó sin combustible y tuvieron que abandonarlo. No había vegetación suficiente para ocultarlo, así que lo encajaron tras un montículo, fuera de la vista desde la carretera, y siguieron a pie. Aún estaban lejos del lugar al que se dirigían, pero habían recorrido casi doscientos kilómetros, alejándose de los militares que, a buen seguro, ya les estaban buscando.

Acarrearon sus cosas y emprendieron la marcha a pie. Tras varios kilómetros alcanzaron una cantera abandonada. Desde lo alto de la ladera, una excavadora inmóvil parecía coronar el valle. Un árbol negro y retorcido brotaba desde la cabina, como si hubiera escogido aquel armazón de hierro como maceta.

Se internaron en una mina que atravesaba la montaña de lado a lado. El aire estaba viciado. Los trapos con los que se cubrían la boca apenas servían para algo. Allí abajo, cada respiración rascaba en la garganta. Robert abría camino con la linterna, avanzando sin dudar, como si conociera aquel trayecto. En los laterales del túnel, esqueletos vestidos con harapos se confundían con la piedra. Hueso y roca habían adoptado el mismo color, y el mismo polvo cubría a ambos.

El túnel se estrechó en varios tramos, obligándolos a reptar. La madera del entablado crujía sobre sus cabezas, y ninguno se atrevía a apoyarse en los puntales. Maya, en la retaguardia, miró atrás. Solo la oscuridad más absoluta, casi sólida. Sintió dedos invisibles recorriéndole la espalda, acariciándole la nuca. Bastaría un chasquido para que la montaña les cayera encima.

No pasará. Joder. Déjalo ya.

Al cabo de una hora respiraron de nuevo el aire corrupto del yermo, al otro lado de la montaña. A Maya le dolía la espalda por ir tanto tiempo encorvada. Robert estiraba la cintura y se crujía los huesos. Piña, con los brazos en jarras, los juzgaba con la mirada por su lamentable forma física.

4

Llegaron a un asentamiento al atardecer. Una casucha de madera unida por tablones a una vieja caravana sin ruedas. Un pequeño huerto adosado donde crecían verduras esmirriadas y parduzcas. Y al lado izquierdo de ese terreno, dos vehículos. Una furgoneta de reparto y una moto apoyada junto a un surtidor.

Según Robert, allí estaban acostumbrados al trueque. No daban problemas. Paz a cambio de paz. A Maya le extrañaba que una familia como la que allí vivía hubiera sobrevivido sin protección. Pero desde el valle se intuían más caseríos. Una red de familias dispersas que se ayudaban y protegían entre sí en comunidad.

Robert se dirigió al patriarca. El anciano, con un abrigo verde que llegaba hasta los tobillos, alzó las cejas, incrédulo y, al parecer, contento.

—Robert, viejo amigo. Te daba por muerto.

—Ya ves que no —sonrió él.

Los dos hombres se abrazaron.

—Marta, mira quién ha venido —avisó el anciano hacia la casucha.

La mujer que salió por la puerta —fornida, melena de ala de cuervo— endureció primero el gesto. Al reconocer a Robert, lo ablandó.

—Por Dios, Robert. Qué alegría —dijo la mujer, que también lo abrazó.

—Esta de aquí es Piña, y ella es mi hija, Maya.

—Encantado, señoritas —saludó el anciano llevándose la mano a la frente como si llevara sombrero.

Cenaron en el porche, bajo un metacrilato verde clavado a listones de madera. Les sirvieron agua como si no fuera un dispendio y un plato de pescado con maíz. Conocieron a Nil, el hijo. Alto como un álamo, ojos huidizos y respuestas contenidas. La cordialidad de los anfitriones iba en línea con la amistad que decían tener con Robert. Maya apenas probó bocado, no podía dejar de pensar en porqué estaban allí.

Cuando se hizo de noche encendieron velas. El anciano, al que Robert llamó Marcos, miró a Maya.

—Vaya con tu hija. Tiene el pelo de su madre —dijo. Luego volvió a mirar a Robert—. Me alegra verte entero, amigo. Y me alegra que os hayáis encontrado.

—Más bien me encontró ella a mí —bromeó él.

Rememoraron un pasado áspero. Algunos recuerdos agradables, otros que eran todo lo contrario. Hablaron sobre la pérdida de seres queridos. Anécdotas de superviviente. Detalles obviados.

Cuando Marta y Nil entraron a recoger platos, Marcos detuvo a Robert con un gesto.

—Deja, que se apañen. Ahora te agradecería que me dijeras a qué has venido.

Robert vaciló.

—Necesito pedirte un favor.

El anciano se cruzó de brazos.

—Ya sabes que si están en mi mano, lo concederé. Pide.

—Transporte. El paso de la montaña es duro y vamos a un sitio al que no se llega a pie. Si nos prestas la furgoneta, te la devolvería entera. Solo serían unos pocos días. Te lo juro.

Marcos le dejó hablar, aunque la expresión de su rostro ya dejaba entrever la respuesta.

—Imposible.

—Podemos pagarte —insistió Robert.

—Solo tenemos esa *Volkswagen* y la moto de Nil, y ni siquiera funciona. Necesitamos esa furgoneta para mover la mercancía. Muchas familias dependen de ella. Puedo daros comida y agua. Cama. Pero la furgoneta no.

Robert se tragó el orgullo

—Entiendo. He sido un egoísta por pedirlo.

—No te preocupes. ¿A dónde os dirigís? —quiso saber Marcos, un poco más relajado.

—A Lona.

El rostro del viejo se ensombreció.

—Allí está la guerra.

—Lo sabemos —dijo Robert—. Si al menos pudieras acercarnos, sería un...

—No puedo.

Maya apretaba los puños por debajo de la mesa. A pie tardarían semanas, y Alma no tenía semanas. Se mordió el labio con fuerza y tomó una decisión. No era una agradable, pero sí necesaria.

—Necesitamos la furgoneta —dijo mirándole a los ojos.

—Maya… —Intentó calmarla Robert—. Buscaremos alternativas.

—Ha dicho que no. Estamos perdiendo el tiempo.

—Chica —intervino Marcos sin acritud—, tu padre y yo nos conocemos desde hace años. Por él haría mucho, pero no esto. Además —añadió—, si vais a Lona, no volveréis.

—Ese no es tu problema —soltó Maya.

—Maya, no le hables así —ordenó Robert, contrariado.

—Tiene el carácter de su madre —Intentó quitar hierro el anciano.

—Deja de hablar de mi madre, joder —Maya subió un poco la voz —. Quiero la furgoneta.

El ambiente se tensó de repente. Robert le puso una mano en el hombro. Maya la apartó. Sacó del abrigo la pistola de empuñadura roja y la plantó sobre la mesa con un sonoro golpe.

El silencio cayó como un manto empapado por la lluvia. La pistola acaparaba todas las miradas.

—¡Qué haces? —Estalló Robert—. Guarda eso.

—Quiero las llaves. Ya —dijo ella, sin apartar los ojos de los de Marcos.

—No —contestó el viejo. Tenso aunque sin amedrentarse.

—Si me haces repetirlo te meto una bala en la cabeza. Eres amigo de mi padre, no mío. Me importa una mierda tu comunidad.

—¿Es que no vas a hacer nada? —Marcos buscó la ayuda de Robert—. ¿Vas a permitir que me apunte con un arma en mi propia casa?

Robert bajó la vista.

—Robert, por favor.

—No le hables a él. Yo tengo el arma —intervino Maya.

La puerta de la casa se abrió. Marta salió por ella con una escopeta en las manos. Maya la apuntó sin pestañear.

—Suelta la escopeta.

—No voy a dejar que nos robéis —dijo la mujer.

—Cariño —imploró Marcos—, déjala.

Tras unos instantes, Marta obedeció. Dejó el arma junto a la puerta, el cañón apuntando al techo. Fue a sentarse con su marido, las manos enlazadas. Marcos miró a Maya con odio.

—Apúntame a mí, niña, no a ella.

Maya no bajó el arma.

—Dame lo que quiero y nos iremos.

—Marta, cariño —cedió—Tráelas. Y dile a Nil que se quede dentro.

Antes de que la mujer cruzara el umbral, Maya la detuvo con un silbido.

—Si vuelves con algo en las manos que no sean las llaves de la furgoneta, le vuelo la cabeza a tu marido.

Marta asintió con los ojos entrecerrados por la ira. Regresó con un llavero de bola de billar. Lo dejó sobre la mesa. Marcos habló con voz serena.

—Nos has sentenciado.

Maya sintió una punzada de lástima por aquella gente. Duró lo que tardó su memoria en traer el rostro de Alma. Su piel pálida, su sonrisa. Su cabello dorado. Sus ojos del color de la felicidad. Volver a verla bien valía cualquier precio.

—Dáselas a él —señaló a Robert.

Robert se guardó las llaves en el bolsillo, avergonzado.

—Nos vamos —dijo Maya, levantándose y dirigiéndose hacia la furgoneta.

—Nada os diferencia de los areneros —escupió Marcos con impotencia.

Maya se volvió hacia el viejo.

—Si lo fuésemos, ya estaríais muertos.

—¿Qué cambia en matarnos ahora o dejar que muramos de hambre?

—Que tenéis una oportunidad. Pedid ayuda a Galilea.

—Prefiero morir de hambre que servir a fascistas.

—Es vuestra elección —sentenció ella, guardando el arma.

A pesar de que les separaban unos pocos metros, el camino hacia la furgoneta se hizo eterno. Maya sentía el cuerpo rígido por la adrenalina. Empuñaba la pistola con fuerza, como si no quisiera perderla. Unos pasos más y estarían a salvo y en ruta hacia donde quiera que se encontrara Lona.

Cuando estaban cerca de la furgoneta, un disparo desgarró el aire. Tan grave que fue como una explosión de mortero. Nadie supo de dónde vino hasta que olieron la pólvora. Maya miró hacia el porche. Nil sostenía la escopeta de cañones humeantes. Había disparado los dos cartuchos a la vez. Y había fallado. Abrió el arma para recargar mientras sacaba dos proyectiles del bolsillo con dedos torpes.

Fue el instinto lo que hizo que Maya fuera más rápida. Desenfundó y disparó dos veces. Ambos tiros al pecho. El muchacho dejó caer la escopeta con la mirada perdida. Su camisa se deshilachó en flores oscuras. Luego se desplomó sin un quejido.

El silencio se convirtió en un abismo. Al poco llegó el grito de Marta, una cuchilla que partía la noche. Se arrodilló junto a su hijo, lo acunó como si fuera un bebé. Le besaba los párpados, las mejillas, empapándose de su sangre. De buen gusto hubiera dado su vida por la de él, qué duda cabía.

Marcos permaneció allí parado. La boca abierta. Sin voz.

Maya tiró de Piña hacia la camioneta. Cargaron sus cosas y subieron. Robert, con la cabeza gacha, arrancó. El motor tembló hasta calentarse y empezó a emitir un dócil ronroneo.

Por el retrovisor, Marta abrazaba el cadáver de su hijo y Marcos seguía con la mirada perdida, incapaz de procesar lo ocurrido.

Nadie dijo nada en el interior de la furgoneta. Quizá porque cualquier palabra hubiera sido como otro disparo.

Aunque ninguno quisiera admitirlo, los tres sintieron idéntico alivio cuando los gritos desquiciados de la mujer quedaron atrás.

5

Maya observaba los carteles de la carretera con indiferencia. Indicaciones hacia ciudades que ya no existían o que habían sido tragadas por la tierra, cifras de kilómetros comidas por el verdín. Piña se había quedado dormida, cabeceando un sueño. Robert conducía con la vista al frente, perdido en sus pensamientos, mientras la furgoneta devoraba asfalto. Traqueteaba como una coctelera, pero resistía estoica la velocidad que él le imponía. Era una reliquia de otros tiempos. Cuando las cosas se construían para durar, dijo Robert. Luego —les explicó— llegó la obsolescencia programada, que era ponerle fecha de caducidad a las máquinas, obligando a las personas a consumir más allá de las capacidades del planeta, llevándolo al límite solo para que las grandes empresas se enriquecieran aún más. Consumieron las materias primas y crearon más residuos con los que enfermar al mundo.

Piña atendía con los ojos bien abiertos. No dijo nada, pero la expresión de su cara translucía la misma pregunta que se hacía Maya. ¿A quién se lo podía haber ocurrido algo así?

Ellas viajaban atrás. Por lo general, si no era Robert el que hablaba, el resto se mantenía en silencio. Si Maya no había dicho nada todavía, es que tenía mucho que procesar. Miró a su padre por el retrovisor.

—¿Es que no vas a decir nada?

Robert se mordisqueó el interior de la mejilla.

—¿Qué quieres oír?

—Algo que me haga sentir mejor.

—No se me ocurre nada.

—Dime que hice lo correcto.

—Hiciste lo que creías necesario.

—Maté a un crío.

—Nos defendiste.

—Eran tus amigos.

—Era él o nosotros, Maya, y prefiero que el muerto no seas tú.

Durante las siguientes cuatro horas el paisaje no cambió. Campos estériles, cielo gris con nubes que prometían lluvia y que nunca cumplían.

Maya se frotaba los muslos con frenetismo, incapaz de sacar a Alma de sus pensamientos. Se preguntaba si estaría bien, y acababa poniéndose en lo peor. Las probabilidades de encontrarla con vida disminuían cada hora.

Piña, que no había hablado hasta ese momento, posó la mano en su hombro.

—La encontraremos.

Maya desconfió de aquel intento de consuelo. No se caían bien, pero estaban juntas en esto.

—En serio, se las apañará —le aseguró Piña.

Poco le faltó a Maya soltar un rugido.

—¿Estás intentando animarme o qué?

—Te daba conversación.

—Pues déjalo.

La carretera se allanó, y tomaron una vieja autopista. Quedaban granjas torcidas sobre las lomas desnudas. Durmieron dentro de la furgoneta. Reanudaron la marcha al alba.

Cruzaron pasos a nivel donde las malas hierbas devoraban las vías con la voracidad de un caníbal. En la señal del ferrocarril alguien había pintado una A de anarquía en rojo sangre. Más adelante, pasaron junto a un convoy convertido en poblado. Cada vagón era la vivienda de unas pocas familias. Viejos con ropa cuarteada les dedicaron miradas plagadas de miedo y desconfianza. Varios niños, desnudos y con sonrisas desdentadas, corrieron a esconderse bajo los vagones. Cientos de ojos los observaban desde las ventanas. *Nadie le roba a quien no tiene nada*, pensó Maya. No apartó la vista hasta que se convirtieron en un punto remoto en el retrovisor.

Al atardecer, una iglesia en un cerro recortó su campanario contra el cielo. El contraste de aquel edificio sobre una loma desnuda llamaba poderosamente la atención. Pensó en la fe. Ese motor que a sus ojos servía más para aceptar la muerte que para evitarla. A ella

no le valía. La fe era para los que tiran la toalla. Se preguntó si habría alguien allí dentro, rezándole a un dios ciego y sordo.

Hacia el norte el frío amainaba. En la cabina, el sonido del motor les servía de compañía desde hacía horas. Fue entonces cuando Piña se irguió de golpe, con la vista clavada fuera.

—Para.

—¿Qué ocurre? —Robert aflojó la marcha.

—Para el coche.

Maya estaba convencida de que, si Robert no hubiera frenado, Piña hubiera saltado en marcha.

Entre viñas petrificadas, una docena de jaulas de madera y hierro se diseminaban por una amplia explanada. La mayoría contenía cuerpos momificados. Más allá, hombres y mujeres clavados en cruces. Ojos arrancados por las aves, piel hecha jirones. Areneros. Tres coches abandonados en la cuneta completaban la escena. Entre ellos, una furgoneta vagamente familiar.

—Deberíamos continuar —dijo Robert sin soltar el volante.

Piña ni siquiera le escuchó.

—Tengo que acercarme.

—Es peligroso —dijo Maya.

—Necesito hacerlo.

Maya valoró la expresión decidida de Piña. Hasta un tonto hubiera visto que aquello era importante para ella. Asintió.

—No pares el motor —le dijo a su padre—. Echaremos un vistazo.

Bajaron de la furgoneta. Avanzaron entre restos de hogueras. Maya iba delante con la pistola en la mano. El hedor las golpeó a pocos metros. Carne descomponiéndose al sol y la intemperie. Se acercaron a la primera jaula y observaron el resto. Eran toscas pero eficaces. No permitían que el prisionero se tumbase ni que se pusiera de pie. Pensadas para romper la mente a la vez que el cuerpo.

Piña examinaba todas las jaulas de manera concienzuda, y Maya no dejaba de volverse hacia la furgoneta, calculando cuánto tardarían en llegar a ella si las cosas se ponían feas.

No tardó en comprender la razón que las había traído hasta allí. En medio de aquella masacre, quedaba alguien con vida.

—Agua.

En una de las jaulas, una mujer apenas podía abrir los ojos. Labios ajados, pómulos atravesándole la piel, tan tensos como el parche de un tambor. Tenía el pelo gris tan enmarañado que costaba verle la cara.

Piña se acuclilló.

—Tienes suerte de que haya visto tu furgoneta —le dijo.

—Agua.

—Mírame.

La prisionera alzó la cabeza con esfuerzo. Al reconocerla, se le agrandaron los ojos.

—Piña —logró decir—. Mi niña.

—Hola, Sol.

Maya les dio dos pasos de intimidad.

Sol restregó la cara contra los barrotes, abriéndose cortes que no parecía sentir. Jadeaba como si le faltara el aire.

—Sácame… te lo ruego.

Piña suspiró con la cabeza gacha.

—Vamos a sacarla —dijo.

—¿Qué? —Maya parpadeó con lentitud—. Esa arpía te abandonó. Te dejó tirada en la Ciudadela como si le importaras una mierda.

—Lo sé.

—Se ganaba la vida prostituyendo críos.

—Ya lo sé.

—¿Y aun así quieres ayudarla?

Piña no dijo nada.

—Deja que se pudra ahí dentro y vámonos, joder.

Piña se volvió hacia Maya.

—No tengo derecho a pedirte nada. Ni siquiera somos amigas. Pero si me respetas un poco, ayúdame.

Maya vio las lágrimas agolpándose en los ojos de Piña. Meter a Sol en la furgoneta, era lo último que quería.

—Mierda —resopló, arrodillándose—. Tú sabrás lo que haces.

Entre las dos forzaron el resorte y la abrieron. Sacaron a Sol por las axilas y la apoyaron en los barrotes. Robert les hacía señas desde la furgoneta sin llegar a ver lo que se traían entre manos.

—Gracias, mi niña —jadeaba Sol—. Gracias, gracias. Eres un ángel.

—Vamos, Piña —la apremió Maya, guardando el arma para tener las manos libres.

Piña no se movió.

—Me hiciste creer que te importaba.

—Eres lo más importante de mi vida.

—Mientes.

—Te quiero, mi niña. De verdad.

—Yo también —la voz de Piña se quebró—. Y mientras vivas me seguirá doliendo.

Las lágrimas le lamían las mejillas. Se inclinó y apoyó la frente en la de Sol.

—¿Recuerdas cuando me llamabas de madrugada? Me desnudabas, me besabas. En ese momento pensé que me querías. Por la mañana me molías a palos. En esos momentos, ¿también me querías?

—Claro que sí —susurró Sol—. Con toda mi alma.

—Entonces aprecia lo que voy a hacer por ti.

Piña cerró los ojos. Sacó el cuchillo de caza que llevaba oculto y, de un trazo limpio, le hundió la hoja en el cuello. La sangre brotó caliente. Sol la miró por última vez y se desplomó como un títere sin hilos.

—Ya no te debo nada —le dijo al cadáver.

Se puso en pie.

Regresaron a la furgoneta sin decirse una palabra. Robert engranó la marcha y nadie miró atrás.

6

Piña permanecía amparada en el silencio, aovillada contra la chapa trasera de la furgoneta. Maya, poco dada a consuelos, le frotaba la espalda con la mano de mala gana. No le caía bien, pero entendía por qué debía hacerlo. Aquello no iba de simpatías, sino de sanar heridas.

En un principio creyó que la intención de Piña era la de liberar a Sol. Luego comprendió que necesitaba cerrar el círculo. Un acto de piedad con una persona a la que admiraba como a un dios. Alguien a quien amaba y odiaba al mismo tiempo. Su muerte la había liberado.

—No he dejado de pensar en aquel día —murmuró Piña—. Si Luna y yo hubiéramos subido a la furgoneta… Os culpé a ti y a Alma. Hoy, sé que me salvasteis la vida.

Escondió la cara entre las rodillas. Maya dejó la mano en su espalda. Desde el retrovisor, Robert las observaba en silencio.

Horas después, la camioneta expelió un ronquido y un nubarrón negro. Robert hurgó bajo el capó. Negó con la cabeza en medio de una miasma de aceite quemado. Cargaron con las mochilas y continuaron a pie.

Anochecía cuando dieron con un pueblo abandonado. Casas de piedra, techos de pizarra, y casas a medio construir combadas sobre la calle como viejos vencidos por la edad. Sopesaron si refugiarse en el supermercado, y lo descartaron porque eran demasiados accesos que vigilar. Encontraron algo mejor. Una pequeña panadería en las afueras. Tres habitaciones vacías, una sola entrada. Fácil de defender. Limpiaron el suelo, extendieron los sacos y racionaron la poca comida que les quedaba. Afuera, las cigarras daban un concierto.

Robert se durmió en cuanto su cabeza tocó la mochila. Piña, seguía sin decir una palabra.

Maya cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, aún era noche cerrada.

La despertó el zarandeo de su padre. Con un gesto, le indicó que guardara silencio. Maya miró a su alrededor, levemente aturdida. Recordó dónde se encontraban.

Vio a Piña, que se agazapaba bajo la ventana junto a Robert.

—Areneros —dijo él.

Fue hasta ellos y se agachó a la altura de la rendija de la persiana. Allí fuera había tres hombres. Uno llevaba gafas de soldador y un casco de obra naranja lleno de pegatinas, fusil viejo en ristre. Otro, rapado, torso desnudo, tatuajes hechos con poca maña y un bate con clavos que arrastraba al igual que los faldones del abrigo que llevaba atado a la cintura. Al otro no se le veía bien, pero llevaba la inconfundible casaca roja del ejército de Galilea.

Llevaban a una mujer como prisionera.

—Si no hacemos ruido, pasarán de largo —dijo Robert.

—Tienen a una rehén —replicó Maya.

—No podemos hacer nada por ella.

—Sí que podemos.

Maya sacó la pistola de empuñadura roja. Contó las balas del cargador. Ocho.

Robert negó con la cabeza.

—Maya, por favor. No lo hagas.

Los areneros pasaron frente a la panadería. Tan cerca, que sus voces les llegaban con total claridad.

—Estoy hasta los huevos —oyeron decir a uno con desgana.

—Y yo, joder. Me muero de hambre, de sed y…

—Venga, hombre. Ya queda poco —exclamó otro.

—No me jodas, encima casi no nos queda agua.

—Pegadme un tiro y me ahorráis oír vuestros lloriqueos de niñato —dijo la mujer en tono desafiante—. Os lo pido por favor.

—Cierra la boca, zorra, o te rompo la cara.

—Qué chico más malo —dijo ella—. Seguro que la tienes pequeña.

—Qué hija de puta —dijo uno riéndose—, no se calla ni un segundo.

—Si supiera lo que le espera cerraría esa bocaza.

Maya decidió que aquel era el momento de salir. Reptó entre los coches, avanzando de uno a otro. Ninguno se percató que la tenían a la espalda hasta que fue demasiado tarde. Apuntó al que tenía más cerca, el que llevaba puesta la casaca militar, y abrió fuego. Dos tiros en la espalda y se fue al suelo.

Después, todo sucedió muy rápido.

El del casco se lanzó detrás de un coche. El del bate hizo lo mismo y desapareció de su vista. El arenero del casco disparó hacia donde Maya se encontraba, lo que la obligó a cambiar de posición mientras astillas metálicas volaban sobre su cabeza.

Desconocía dónde se escondía el del bate.

Lo supo cuando lo tuvo encima. El gigante tatuado levantó su arma por encima de la cabeza para partirle el cráneo. Maya no tuvo tiempo de levantar la pistola. Se lo quedó mirando, esperando, resignada, el resultado de haber tomado una mala decisión.

De pronto, el arenero abrió la boca en forma de O. Los ojos hacia el cielo. Dejó caer el bate. Se llevó las manos al cuello. Robert apareció a su espalda con un cuchillo en la mano cubierto de sangre. El arenero cayó de rodillas y después de bruces. La sangre manaba de su herida sin control, pero él no volvió a moverse.

Maya miró a su padre, agradeciéndole con la mirada. Hubo un disparo, después un gemido y Robert se desplomó en la carretera. La bala le había atravesado la parte baja del muslo, donde pronto brotó una mancha de sangre que se agrandaba por momentos.

—Queda uno, Maya —dijo entre dientes mientras hacía presión sobre la herida—. Tienes que acabar con él.

Ella levantó la vista, lo justo para advertir que la prisionera estaba junto al cadáver del tipo de la casaca, rebuscando entre sus cosas como si tal cosa. Era alta, de facciones cuadradas. Tenía el pelo negro, ligeramente ondulado, y tan largo que le llegaba a la cintura. Sonrió al encontrar lo que buscaba. Una ballesta negra y reluciente que, a buen seguro, le pertenecía. La cargó con tres rápidos movimientos. Cogió tres saetas y se las metió en el bolsillo lateral del pantalón.

—Me da que se os han acabado los chistes —le gritó al arenero—. Te has quedado solo, majete.

—Si sales ahora y me ahorras ir a por tu asqueroso culo, dejaré que te marches. Prometido.

Silencio. Ni siquiera el viento soplaba.

Al no recibir respuesta, la mujer continuó hablando.

—Te doy diez segundos para que te largues cagando hostias —añadió—. Diez. Nueve…

El arenero echó a correr. No había dado dos pasos cuando una flecha silbó y se le clavó entre los omóplatos. Cayó chillando, pataleando, luchando por alcanzar la saeta que le atravesaba la columna y a la que le era imposible llegar. La mujer se acercó con calma. Le pisó el hombro y le arrancó la flecha. Recargó la ballesta con la misma flecha sanguinolenta y le atravesó la cabeza con ella. Volvió a sacarla y la limpió con el abrigo del muerto.

Se volvió hacia la panadería.

—Vale, está bien. No negaré que os estoy agradecida por salvarme la vida. Pero primero, quiero saber quién coño sois. Y rapidito. Estos eran parte de un grupo y no tardarán demasiado en estar aquí.

Maya reflexionó unos instantes. No parecía que la mujer tuviera malas intenciones, pero no podía fiarse así como así de cualquiera. Todo podía irse a la mierda a la velocidad del rayo.

Tampoco es que tuviera elección. Su padre se desangraría si no encontraban ayuda. Cerró los ojos y bufó. Después salió de su escondite con las manos en alto. Por el rabillo del ojo vio como Piña arrastraba a Robert hacia la panadería. La sangre bajo el torniquete improvisado impregnaba el asfalto.

—Venimos de Galilea y necesitamos transporte —dijo Maya.

—Tira la pistola y levanta las manos, guapa, no me fío de los soldados.

Maya obedeció, lanzando el arma a los pies de la mujer.

—No somos soldados. Huimos de ellos.

—Y yo de los cuentos —replicó sin dejar de apuntarla con la ballesta. Se agachó con la intención de coger la pistola—. Hostia puta. Es la nueve milímetros de Júpiter. Esta horterada es única. ¿Por qué la tienes tú?

—Se la robamos.

—Difícil de creer.

—Es la verdad.

La mujer alzó una ceja. Sus hombros se relajaron y bajó la ballesta.

—Sea verdad o no, me has salvado la vida, pelirroja. Estoy en deuda contigo.

—¿Puedes ayudarnos? —Maya miró a su padre, lívido.

—Mi refugio está cerca. Puedo llevaros conmigo, pero hay que darse prisa.

—¿Tenéis médico?

—El único a quinientos kilómetros.

—Vamos —decidió Maya.

Piña apareció con su padre colgando del hombro. Robert renqueaba dejando un rastro de sangre a su paso. Sudoroso, pálido, al borde del desfallecimiento. La mujer señaló las armas de los areneros.

—Cogedlas —ordenó—. Y moved el culo.

Obedecieron. Esa noche, era la única forma de que Robert siguiera respirando.

7

El refugio era una antigua iglesia sorprendentemente intacta, como si la guerra la hubiera pasado por alto. Había sido construida con ladrillo rojo y erigida frente a un patio de cemento donde habían cavado una trinchera. Su alta fachada terminaba en un campanario con tres campanas mudas.

Hombres armados saludaron con la cabeza al paso.

—Lo llamamos Arcadia, y es nuestro hogar —dijo la mujer—. Soy Sigrid. Ya me diréis vuestros nombres luego. Ahora estaría bien comer algo.

Los portones se abrieron, dando paso a un interior que ya poco tenía de iglesia. Dos plantas con viviendas y habitaciones y un sótano que hacía las veces de almacén. Varios andamios adosados a las columnas creaban altillos con colchones, macetas desbordando flores que pendían de cuerdas.

Al fondo, donde debería alzarse el púlpito y la efigie, había un mural de fotos antiguas. Niños en su mayoría, también adultos. A sus pies, un centenar de velas consumiéndose creaban un aura anaranjada y palpitante.

Allí dentro convivían más de cien personas. Familias, refugiados, desertores. Sin electricidad, pero con bidones donde ardían hogueras, repartidos eficazmente para dar luz y caldear el lugar. En la planta baja se cosía y remendaba, se cocinaba y conservaba, incluso se fabricaban balas. En una esquina, una escuela improvisada con una pizarra y sillas de colores. Maya, fascinada, buscó huertos con la mirada. No los vio, pero supuso que existirían.

Dos hombres subieron a Robert a una cama libre del altillo. El médico, de nombre Miles, lo examinó con preguntas precisas y manos respetuosas. Por una vez, Maya pensó que estaban en el sitio correcto.

El torniquete de Piña le había salvado la vida. Pero la falta de riego le había causado necrosis. No hubo más remedio que amputarle la pierna por encima de la rodilla. La sedación fue insuficiente.

Los gritos de Robert se escucharon por toda Arcadia y Maya se tapó los oídos hasta que todo pasó.

Sigrid estuvo cerca en todo momento. Hablaba con la gente, estrechaba manos, jugaba con los niños, repartiendo cosas halladas en el yermo. Sonreía con una serenidad que contagiaba orden. Maya tuvo que admitir que sus intenciones eran nobles, o por lo menos, era lo que le transmitía.

Pasó la noche en vela, sentada a los pies de la cama de su padre. Piña, hecha un ovillo, dormía con la frente en las rodillas. Maya envidió esa facilidad de quedarse dormida en cualquier lugar.

Robert se despertó, miró bajo la sábana y forzó una mueca de humor.

—Ya no podré correr maratones.

—Lo siento —dijo Maya, cogiéndole de la mano.

—No es culpa tuya.

—Fui yo quien quiso ayudar a Sigrid.

—Y gracias a eso estamos aquí —replicó—. Podría haber sido peor.

Aquellas palabras preñadas de optimismo no evitaron el remordimiento.

Sigrid entró en la habitación con una bandeja metálica.

—Hora de comer, Robert. Y no me vengas con que no te gustan las judías.

—Me encantan —mintió.

Robert se acercó la bandeja, la colocó sobre su estómago y empezó a comer.

Maya salió al pasillo tras Sigrid. La líder de Arcadia se apoyó en la barandilla.

—No tienes que darme las gracias —atajó.

—Si no fuera por ti, se hubiera desangrado.

—Y sin ti seguiría en manos de esos cerdos. Estamos empatadas.

Sigrid era un poco más alta que ella. Se había recogido la melena en una cola de caballo, dejando al descubierto hebras plateadas a la altura de las sienes y unos aros plateados en ambos lóbulos. Sus ojos eran tan negros que no se distinguía entre la pupila y el iris.

—¿Y qué te parece lo que tenemos aquí montado?

—Arcadia es… —Maya usó la palabra adecuada—. Un paraíso, viniendo de donde vengo.

—Para algunos lo es —admitió Sigrid—. No es perfecto, pero nos esforzamos para que funcione. Las leyes son pocas y claras. Es más fácil definir lo que no se puede hacer. Créeme, sobre el papel, la anarquía es preciosa, en la práctica, un caos.

—¿Y los areneros? ¿Qué pasó?

—Me cazaron mientras intentaba rescatar piezas de un frigorífico en uno de sus vertederos. Querían la ubicación de nuestro "almacén" subterráneo donde guardamos alimentos y agua pura de antes del gran cambio.

—¿Existe?

—No. Pero me gusta que lo sigan creyendo.

—A juzgar por cómo disparas la ballesta, deberían correr en dirección contraria al verte.

—Yo tuve entrenamiento militar, no puedo decir lo mismo de los demás.

Pasaron unos segundos en completo silencio.

—Me alegro de que todo haya salido bien —dijo Maya.

—Y yo más, sobre todo por lo de robarle la pistola a Júpiter. El muy capullo la quiere como a un hijo. Algún día deberías contarme esa historia.

Maya sostuvo la mirada con un asentimiento.

—Necesito pedirte algo.

—¿No te basta con cama y comida? —le siguió el juego—. ¿Qué más quieres?

—Transporte.

—¿Para ir a dónde?

—Lona.

—Voy a dar por hecho que sabes lo jodidamente peligroso que es acercarse a ese sitio.

Maya asintió.

—No voy a cambiar de opinión.

—Ni yo lo pretendo, solo quiero que entiendas lo chungo que es. Tendrás tus razones —Sigrid miró al techo y suspiró—. Vale. Déjame

ver si hay una tartana que funcione y un loco que quiera poner su vida en peligro para llevarte hasta allí.

—Gracias.

—No me las des todavía.

Volvió con su padre, que dormía. Aprovechó para hacer lo mismo en un colchón tirado a los pies de la cama.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando Sigrid la despertó con un susurro.

—Prepara tus cosas. Salimos en una hora.

8

A Robert no le hizo ninguna gracia.

—Es una locura —dijo intentando incorporarse.

—Debo ir, ya lo sabes.

—Y yo quería ir contigo, pero los planes han cambiado.

—No para mí.

—Si no me hubiera convertido en un lastre.

—No digas eso. Quédate aquí. Recupérate. Volveré con Alma.

—¿Y si no la encuentras?

—Volveré —repitió obviando la pregunta.

Robert apartó la cara para que su hija no lo viera llorar. Su rostro estaba gastado por la edad y la mala nutrición, bajo sus ojos asomaban bolsas negras que cada día cubrían más rostro. Maya le besó la frente, luego salió.

En el pasillo, Piña la esperaba.

—Necesito que hagas algo por mí —le dijo Maya.

Piña levantó una ceja y Maya se explicó.

—Quiero que te quedes con mi padre.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Prefiero que no esté solo. Por algún motivo, te aprecia.

—¿Te lo ha pedido él?

—Te lo pido yo.

—Pretendes ir sola a Lona.

—No voy a meter a nadie más en esto.

—Alma también es mi amiga —dijo Piña.

—Lo sé —replicó—, pero estaré más tranquila si sé que estáis fuera de peligro. La próxima vez que nos veamos será con Alma a mi lado.

—Quiero creerte —dijo Piña frotándose los hombros.

—Ve dentro y habla con él, lo agradecerá.

Se despidieron con un "cuídate" torpe por ambas partes.

A la hora convenida, Sigrid la esperaba en el patio, ballesta al hombro, apoyada en un todoterreno militar pintado de negro y lona

trasera. Al volante, un hombre de melena rubia y gafas de sol. Maya abrió la boca. Sigrid se le adelantó:

—Voy contigo.

—No hace falta.

—Lo sé. Por eso voy. Tienes más posibilidades de salir viva de ese agujero si vas con alguien que conozca el lugar.

Maya sonrió sin expresar cuánto lo agradecía.

El camino estuvo plagado de baches y polvo, en el que poco o nada se habló. Maya, sumida en sus pensamientos, se mordisqueaba el labio intentando convencerse de que no era demasiado tarde.

Tardaron unas pocas horas hasta que el todoterreno se detuvo. A lo lejos, se divisaba el lugar al que se dirigían. Lona era un cementerio. Puede que en el pasado fuera una ciudad majestuosa, donde millones de personas vivían como si tuvieran todo el tiempo del mundo por delante. Ahora, más de la mitad de la ciudad había sido engullida por una inmensa duna. Devorada por la arena y cubierta de cráteres abiertos como abismos. Rascacielos convertidos en monolitos de cascotes aserrados. Monumentos, antes visitados por miles de turistas, yacían sepultados.

A doscientos metros ya olía a azufre. El rumor de los disparos les llegaba como una tenue melodía que transportaba el viento.

Sigrid sacó un rifle de la parte trasera y se lo tendió. Era semiautomático y parecía en buen estado.

—Por tu seguridad.

Maya lo sopesó. Se lo llevó al hombro. Negó con la cabeza y se lo devolvió.

—Pesa demasiado.

—Claro que pesa, joder. Pero desearás tenerlo contigo si nos cruzamos con los malos.

—No tengo intención de iniciar un tiroteo con nadie. Quiero entrar y salir.

—Joder —masculló Sigrid tirando el rifle en el asiento trasero—. Entonces esconde bien esa pistola y asegúrate de que esté cargada.

Maya tragó saliva y echó a andar a su lado, con la ciudad por delante y el eco de los disparos marcándoles el paso.

9

Atravesar Lona no iba a ser fácil. La ciudad era un laberinto de ruinas y fachadas desplomadas. Muros de cascotes, barricadas improvisadas que cegaban las arterias principales.

En una plazoleta localizaron una boca circular enrejada. Forzaron la tapa, bajaron una escalera y alcanzaron el andén de una antigua línea de metro donde las vías se perdían en la oscuridad de un túnel. Maya maldijo no haber traído linterna.

Un destello la cegó.

—Tengo otra para ti —dijo Sigrid, ofreciéndosela con una sonrisa gigantesca.

El haz iluminó bancos corroídos, carteles clavados a paredes cuarteadas y cables caídos como dedos muertos. Remanentes de un pasado que no volvería. Sigrid echó a andar. Maya la siguió, barriendo sombras con la luz amarillenta de la linterna.

Avanzaron por agua estancada, verdosa, con olor a moho. En más de una ocasión el líquido sobre el que caminaban era tan espeso que ralentizaba su avance, como si aquella viscosidad pretendiera succionarles las botas.

Una calavera pintada de rojo les dio la bienvenida al llegar a la siguiente estación. Durante ese tramo, dos hileras de esqueletos amarillentos y harapos deshechos bordeaban las vías.

—A estos no los mató un disparo —explicó Sigrid—. Fue la Gran C. ¿Te suena?

—La enfermedad que contagió a medio planeta.

—Y al otro medio también —dijo—. Todos nos contagiamos. Muchos murieron, para otros no fue más que un resfriado. Un porcentaje era inmune sin saberlo. Tú y yo, pelirroja, estamos aquí por eso, no por un milagro.

Maya apretó los dientes. Recordó las agónicas muertes de amigos contagiados por la enfermedad. Saber que seguía viva por un capricho de la naturaleza no le hizo sentir mejor.

Al rato, Sigrid bajó la voz.

—Cuando salgamos a cielo abierto, debemos procurar no ser vistas. Sobre todo por los militares. Les encanta apretar el gatillo.

—¿Y los separatistas?

—No te preocupes por ellos. Centrémonos en los que visten de rojo.

—¿Cuánto falta para volver a subir? —preguntó.

—Menos que antes —ironizó—. Tranquila, ya casi estamos.

—Se me está haciendo eterno.

—Si supieras lo que nos espera arriba, te montarías una casita aquí abajo.

—¿Eso era un chiste?

—Eso depende de tu humor —la enfocó con la linterna unos instantes—. No, no tienes cara de reírte mucho.

—Me verás reír cuando encontremos a mi amiga.

—¿Tu novia?

—Algo así.

Sigrid se detuvo con las manos a la cintura frente al túnel, cegado por los cascotes.

—Haré lo posible por encontrarla. Te lo debo. Pero cuanto más tiempo pasemos ahí arriba, peor se pondrán las cosas. Si digo derecha, vamos a la derecha, si digo izquierda, vamos a la jodida izquierda. Si digo que te agaches…

—Lo pillo.

—Perfecto —dijo complacida—. Porque ya hemos llegado.

Salieron por una estación que desembocaba en una larga avenida de losas blancas y farolas ornamentadas de las que colgaban cuerpos desmembrados. En la acera, uniformes ocupados por esqueletos sonrientes. El aire olía a pólvora. Los disparos, aunque lejanos, reptaban por las fachadas como reptiles.

Cortaron por un callejón y volvieron a bajar al metro en otra estación. El agua, filtrada durante años por grietas del techo, había convertido el túnel en un canal maloliente. Ratas rígidas con fauces abiertas pasaban flotando a sus pies. También gatos y algún perro disecado por el frío.

Cuando volvieron a la superficie, Sigrid marcó el rumbo por callejas, bordeando cráteres, y esquivando las avenidas cegadas por los escombros.

En la plaza central, la guerra mostraba su auténtica crudeza. Cientos de cadáveres descompuestos hundidos en cráteres de morteros, miembros amputados. Vio cuerpos demasiado pequeños para ser de un adulto. El olor era insoportable. Luego estaba la arena, que estaba en todos lados.

Tuvo que apoyarse en una estatua verdosa para recomponerse.

—¿Bien? —preguntó Sigrid.

—Joder, no.

—Pues hay que moverse.

Se perdieron entre calles anegadas, obligándolas a moverse en zigzag. Sigrid, al frente, ballesta en mano, barría las ventanas y puntos ciegos con la mirada. Solo se movían cuando se aseguraba de que nadie les pegaría un tiro desde lo alto. Parecía conocer bien la ciudad, o lo que quedaba de ella.

Aceptó conversación con Maya cuando esta le hizo una pregunta.

—Vivía aquí cuando aún no se llamaba Lona —explicó—. Era diseñadora gráfica, con un piso en el centro y una boda a la vista. Quería tres hijos y una casita en la playa. Idílico. Incluso tenía la hipoteca casi pagada, joder. Pero llegó la gran C y lo reventó todo. Luego, la guerra acabó por rematarlo

—Nunca entendí por qué hubo una guerra.

—Siempre hay una guerra cuando algo va mal. Combustible. Dinero. Fronteras cerradas. Alguien pulsando el botón que no debía. Ya sabes el resto. Cuando queda tan poco para repartir, los poderosos se pelean por las migajas. Esto antes era bonito, joder.

—Y yo te he hecho volver.

—Nunca me fui del todo. Sigo a doscientos kilómetros, en una iglesia. A veces sueño con duchas de agua caliente y una tele de noventa pulgadas —sonrió sin ganas—. Mi prometido era el tío perfecto. Vaya si lo era. O lo fue hasta que me enteré de que se tiraba a mi mejor amiga. Que hijo de puta. Me estuvieron mintiendo a la cara durante medio año. Cuando cayeron las bombas, me llamaron para que me refugiara con ellos en los túneles del metro.

Les dije que una mierda. No sé a quién se le ocurrió la genial idea de esconderse allí abajo, pero muchos lo creyeron. Bajó casi toda la ciudad. Dudo mucho que salieran.

Sigrid se detuvo con el puño en alto. Se asomó a una esquina y llamó a Maya a ras de suelo. En un aparcamiento abierto, había un paso fronterizo de Galilea. Vehículos y sacos de arena formaban una barricada, alambradas cortando la gran avenida. Andamios con francotiradores. El asfalto estaba cosido de muertos.

Una veintena de civiles aguardaba en la entrada formando una cola irregular. Esperaban su turno con paciencia infinita, esperando cruzar al otro lado. A algunos les requisaban sus objetos de valor, se reían de ellos y les ordenaban que dieran media vuelta.

Sigrid negó. Maya entendió. Ir de frente era imposible. Tres camiones rojo sangre llegaban en ese momento. Las verjas se abrieron con la lentitud de una babosa.

Se replegaron en la bocacalle.

—Es peor de lo que pensaba —dijo Sigrid—. Hay demasiados hombres.

—Puede que Alma esté allí. O que alguien sepa dónde está.

—No es tan simple como ir hasta la puerta y preguntar: eh, oye, "¿está Alma? ¿puede salir a jugar?"

—Ha de haber una manera.

—Seguro, pero ese campamento es tan inexpugnable como un castillo medieval.

—Entonces damos un rodeo.

—No hay rodeo que valga. Ya has visto cómo está esto. Esa avenida es la única vía practicable.

Maya miró a su alrededor. Entonces lo vio.

—No podemos acercarnos de frente, a menos que seamos uno de ellos —dijo.

Sigrid alzó una ceja.

—¿Vas a contarme qué ronda tu cabecita o piensas seguir haciéndote la interesante?

—Sígueme.

9

Maya se acercó a un grupo de cadáveres, esparcidos frente a la fachada ennegrecida de un antiguo banco. Apartó los cascotes con el pie. Luego señaló uno de los cuerpos y miró a Sigrid.

—¿Qué? —preguntó Sigrid, encogiéndose de hombros.

—Podemos vestirnos con esto.

Sigrid tardó un par de segundos en entender.

—No es mala idea —concedió—. Pero si nos pillan, nos van a acribillar antes de que abramos la boca.

—Ya, pero con esto tenemos una oportunidad.

—¿Y si Alma no está ahí dentro?

—Alguien sabrá algo.

A regañadientes, Sigrid empezó a enfundarse en el uniforme. La casaca le quedaba algo justa, pero parecía hecha a su medida una vez se la cerró. Encontrar unas botas de su número fue un poco más complicado.

Maya, en cambio, se vio obligada a subirse las mangas y recogerse los faldones para no pisárselos. El tejido era áspero, y estaba endurecido por la sangre seca. No quería deshacerse de las zapatillas que llevaba, así que las escondió en el interior de una farola con la intención de volver a buscarlas.

Sigrid se caló un casco aboyado y le tendió otro. Maya lo giró entre las manos. En su interior había cabellos pegados a un coágulo. Lo limpió lo mejor que pudo con la manga antes de ponérselo.

Cuando iban a ponerse en marcha, algo llamó su atención. Volvió sobre sus pasos y apartó un par de cuerpos carbonizados, amontonados contra los restos de un camión de mercancía.

—Este respira —dijo señalando a un soldado semioculto por los cadáveres de sus compañeros.

Se inclinaron sobre él. El joven jadeaba apenas, con un lado del rostro convertido en una masa chamuscada.

—No hay nada que podamos hacer por él —dijo Sigrid con frialdad—. Debemos seguir con el plan.

—Aún está vivo.

—Es un soldado, Maya, está adiestrado para morir.

—Eso no significa que está bien dejarlo aquí.

—Es un asesino. Todos los que visten de rojo lo son.

—Pero si nos ven aparecer con él…

Sigrid puso los ojos en blanco, luego se colgó la ballesta a la espalda.

—Vale, lo pillo. Vamos.

Entre ambas lograron sacarlo. A parte de la quemadura en la cara, tenía una pierna malherida y un corte profundo en el costado, por suerte, colaboraba lo justo para que no tuvieran que llevarlo en volandas. No debía tener más de veinte años.

El perímetro estaba desierto. Los camiones de suministros ya habían cruzado al otro lado y la fila de refugiados se había dispersado.

—Ha llegado la hora de poner a prueba tu plan infalible —dijo Sigrid.

—Nunca dije que lo fuera —señaló Maya, acomodando al soldado bajo su hombro.

—Ahora lo veremos.

Una vez expuestas, se convirtieron en el foco de atención de los soldados y francotiradores. Avanzaron despacio, con el peso del herido colgando entre ellas, dando tiempo a que las reconocieran a través de las mirillas de sus armas. La tensión era tan densa que Maya podía saborearla entre los dientes. Cada paso hacía crujir la grava bajo sus botas como cristales. Sentía el estómago pesado, los dedos pegajosos por el sudor suyo y el ajeno.

Se abrió una puerta lateral y les dejaron pasar. Tres guardias se les acercaron para ayudarlas con el herido. Lo llevaron a la enfermería y les indicaron que esperaran. Un soldado les ofreció agua.

—Gracias por traerlo —les dijo, afectado—. Es mi amigo, y ya le dábamos por muerto. Gracias, de verdad.

Maya bebió despacio para que no se le notara el temblor de las manos. Le pasó la cantimplora a Rose, que bebió con ganas. Cada segundo junto a aquellos hombres era una moneda lanzada al aire.

El guardia, que no les había quitado la vista de encima, frunció el ceño, como si algo le acabara de venir a la memoria.

—¿A qué destacamento pertenecéis?

Sigrid lanzó una mirada fugaz a su ballesta. Maya, fingiendo naturalidad, se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Venimos de Galilea.

—¿De Galilea? Qué raro. No esperábamos refuerzos hasta de aquí diez días. Lo cierto es que hace poco llegó un grupo, ¿veníais con ellos?

—Nos atacaron en ruta —improvisó Maya—. Los separatistas nos emboscaron y nos dispersamos. Perdimos la pista del resto.

El soldado las miró con respeto. Maya aprovechó para tantear.

—En nuestro destacamento… ¿Ha sobrevivido alguien más? ¿Os suena una chica rubia? Civil. Ojos verdes, con experiencia sanitaria.

—No lo sé —respondió—. Pero sé de alguien que puede saberlo. Esperad aquí.

Las llevó hasta una tienda cercana. Dentro, sobre las cajas de munición, encontraron latas de judías y cestas con manzanas arrugadas. Maya engulló dos latas sin molestarse en buscar cubiertos. El metal estaba frío. Aun así, el bocado la reconfortó.

El soldado regresó al poco. Les contó que alguien que encajaba con la descripción había partido hacia el puente central con un pelotón unos días atrás. Solo uno de ellos regresó, y en un estado lamentable.

El joven confesó que habían perdido las esperanzas de encontrar a algún miembro con vida.

Maya se lo agradeció. Sigrid y ella se pusieron en pie con la intención de marcharse.

—¿No pasáis la noche aquí? Está oscureciendo —propuso el soldado.

—La oscuridad nos conviene —respondió Sigrid.

El joven bajó la vista hasta la pistola que Maya llevaba en el cinturón y que asomaba bajo la casaca. Ella sintió un cosquilleo helado en la nuca. Si reconocía el arma estaban perdidas.

El soldado sonrió y se dio la vuelta.

—Seguidme, os abrirán la puerta.

Al salir, notaron cómo el campamento despertaba. Voces, pasos de pesadas botas, un murmullo creciente. El soldado fue al panel de control y presionó un botón. La reja comenzó a moverse con parsimonia exasperante. Maya alzó la vista. Los francotiradores seguían ahí, ocultos en sus casacas, con los rostros encapuchados y vista de águila. Sombras con rifles que podían abatirlas en lo que dura un parpadeo.

Uno de los guardias apostado a un lado reparó en la ballesta de Sigrid. Su ceño se tensó. No era el armamento reglamentario del ejército de Galilea, pero ninguna de las dos lo pensó hasta ese momento. Sigrid lo advirtió y, con una sonrisa, se le acercó para enseñarle el arma.

—Bonita, ¿eh? Botín de guerra. Uno de esos cerdos separatistas tenía buen gusto.

—Yo que tú, la limpiaba con lejía antes de usarla. Son unos jodidos guarros.

Rompieron a reír como viejos camaradas. El hombre le palmeó la espalda y volvió a su puesto. Maya, soltó el aire despacio, liberando el terror repentino.

La reja por fin terminó de abrirse.

Cuando dio el primer paso hacia la salida, Maya sintió una mano la sujetaba del brazo. El corazón le dio un vuelco. *Vale, es ahora cuando algo no le cuadra. Es ahora cuando te matan*.

Se volvió para mirar al soldado.

—Gracias por traer a mi amigo —le dijo mientras le ofrecía dos cantimploras—. Os hará falta. Suerte ahí fuera.

Ella asintió, incapaz de articular palabra, mientras agarraba el regalo que el soldado le ofrecía.

Maya no miró atrás. Temía que, si lo hacía, vería los rifles apuntando a su espalda.

Al doblar la esquina, echaron a correr.

Solo entonces se permitió volver a respirar.

10

Cuando consideraron que habían puesto distancia suficiente, se adentraron en el portal de un edificio apartado de la calle principal. Empujaron la puerta y volvieron a encajarla una vez dentro. No se podía acceder a los pisos superiores debido a los cascotes apilados sobre las escaleras, pero el pequeño vestíbulo era ideal para pasar la noche. La entrada quedaba oculta tras los escombros.

—Qué subidón —dijo Sigrid, soltando la mochila—. Eres la hostia, Maya. Qué sangre fría, joder.

—Estaba cagada de miedo —confesó ella.

—Pues disimulas de maravilla. Cuando ese capullo te agarró junto a la verja… Joder, casi me meo encima.

—¿Y tú con lo de la ballesta?

Las dos rompieron a reír. El alivio aún vibrando en sus gargantas. Sigrid le pasó el brazo por los hombros.

—Tienes una flor en el culo, pelirroja. Si tu amiga sigue viva, la encontraremos. No me cabe duda.

—Sí, lo haremos.

Sigrid soltó una risotada.

—Eres una cabrona llena de sorpresas, y con unos ovarios como pelotas de fútbol.

Maya se metió en el saco de dormir. Sigrid le daba la espalda, acomodándose contra la pared. El cansancio le pesaba en cada músculo, a pesar de que su cabeza seguía funcionando a toda velocidad.

—Sigrid.

—Hmm —respondió con modorra.

—¿Crees que Alma puede haber caído en manos del otro ejército?

—¿El otro ejército?

—Los separatistas.

—Es posible.

—¿Qué sabes de ellos?

Sigrid se giró un poco dentro del saco, lo justo para mirarla.

—Pues que no hay "otro ejército". Solo son gente que lucha para impedir que Galilea imponga un gobierno. No defienden ninguna bandera.

Maya percibió que el tema era delicado.

—¿Entonces por qué luchan?

—Por ser libres. Galilea ni siquiera se molesta en disimular. Quiere controlarlo todo, por la fuerza.

—Eres separatista.

—Todo aquel que no pertenezca al ejército de Galilea lo es.

—Yo no.

—O estás con ellos o contra ellos.

—Esta no es mi guerra —replicó Maya.

—Claro que lo es, pero aún no lo sabes.

—No me interesa quién gane, solo quiero encontrar a Alma y largarme de este agujero.

—Le robaste la puta pistola a Júpiter, Maya. Ese hombre está loco, te perseguirá. Has elegido bando, aunque no lo quieras admitir.

—Lo de la pistola fue una coincidencia, fue mi padre el que… —dijo ella.

—Lo que tú llamas coincidencia, yo lo llamo posicionarse. Ah, y te toca la primera guardia.

Maya no contestó. Se quedó mirando el techo. Al poco, Sigrid empezó a roncar con estrépito. Maya chasqueó la lengua, tres veces, al igual que hacía con su hermana cuando eran niñas. Funcionó. El ronquido cesó y solo quedó un respirar lento y acompasado. Sonrió en la oscuridad, entrelazando los pies fríos.

No supo en qué momento se había quedado dormida. La despertó un ruido cercano. Leve, demasiado cerca. Entreabrió los párpados. Una sombra se inclinaba sobre ella. Antes de reaccionar, alguien la agarró del pelo y le golpeó en la cara con tal violencia que todo se volvió blanco. La mano la sostuvo en alto tirando del cabello.

—No hay nada que odie más que a una desertora —bramó una voz masculina.

Un hombre apuntaba con una pistola a la cabeza de Sigrid, que tenía la cara ensangrentada. Maya forcejó con la cremallera del saco,

atrapada como un gusano en su propio capullo. Sus armas estaban junto a la mochila, si lograra liberar una mano…

Un puñetazo le nubló la vista. La impotencia que sentía era peor que todo el dolor que pudieran infligirle.

—¡No somos de Galilea! —gritó Sigrid.

—Haz callar a esa zorra —ordenó el que sujetaba a Maya.

Otro hombre, con el rostro cubierto con un pasamontañas, golpeó a Sigrid en la cabeza con la culata del rifle. Ella cayó al polvo. Maya intentó gritar, pero el dolor de la boca la dejó muda. De pronto la soltaron y cayó de bruces. Se abrió la ceja contra el suelo.

Dentro del saco, sus dedos buscaron la cremallera con desesperación. El tejido le oprimía, la asfixiaba. Por fin consiguió liberar el brazo derecho y empezó a arrastrarse hacia su mochila. El murmullo de sus captores cesó. El silencio era mucho peor que sus voces.

—Joder con la pelirroja —se burló uno—, no se rinde.

—¿Eres una guerrera, zorra? —preguntó una voz.

Un hombre se agachó a su lado, tirándole del pelo para levantarle la cabeza.

—Te he hecho una pregunta. ¿Eres una guerrera?

Con la vista fija en la mochila, siguió reptando con el brazo extendido. Aquellos bastardos disfrutaban haciéndole creer que tenía una oportunidad. Pues bien, que la subestimaran si querían. Si lograba llegar a la pistola se iban a llevar una buena sorpresa.

Sigrid yacía a menos de un metro, con la cara oculta por el pelo y la sangre. Deseó que no estuviera muerta.

Justo cuando sus dedos estaban a punto de rozar la empuñadura, una bota negra, tachonada, apareció en su campo de visión. Le aplastó la mano produciendo un crujido seco. Maya gritó al sentir cómo los dedos se doblaban. La bota se retiró, pero el dolor se quedó ahí. Punzante. Nauseabundo.

Escuchó arrastrar algo por el suelo. Pasos que la rodeaban como moscas sobre la carroña. Todo se fue difuminando. El dolor, las voces. La luz.

La oscuridad avanzó hasta cubrirlo todo. Maya la recibió sin resistencia.

11

Al principio pensó que se había quedado ciega. Tenía los ojos abiertos, de eso estaba segura. Inspiró dos veces hasta darse cuenta de que le habían cubierto la cabeza con un saco. El tejido, áspero y sucio, dejaba pasar el aire suficiente para que pudiera respirar. Tenía las manos atadas a la espalda.

Intentó imaginar el estado de sus dedos. No era un cuadro alentador. Los sentía rígidos, quebrados. Palpitaban, aunque no le dolían tanto como esperaba. No supo si era para alegrarse. Su cara, en cambio, era otra cosa. Se pasó la lengua por el interior de la boca. La paleta izquierda estaba partida, el colmillo del mismo lado había desaparecido. La sangre le llenaba la boca, coagulada. No se atrevió a escupir con la cabeza cubierta. Tragó.

A su alrededor advirtió el rumor amortiguado de otras respiraciones. El sonido apagado de la ropa, leves movimientos de personas tan aterrorizadas como ella. No era la única con un saco en la cabeza, ni la única que se preguntaba qué iban a hacerles.

Maldijo haberse quedado dormida. *Estúpida. Joder, ¿cómo has podido dormirte?* Lo que más le dolía no era que pudiera morir. Lo insoportable era pensar que, si eso sucedía, no encontraría a Alma.

Una puerta chirrió. El sonido de pasos indicó que varias personas acaban de entrar. Luego volvió el silencio. Sabía que estaba siendo observada. Se tensó, esperando un disparo, un golpe. Cualquier cosa que la sacara de aquella sensación de expuesta fragilidad.

No sucedió nada. ¿Dónde estaría Sigrid? Recordó la herida en su cabeza. Era fea pero no parecía letal. Quizá estuviera a su lado, respirando a través de un saco.

Alguien le quitó la bolsa de la cabeza de un tirón. Luz, formas, colores. El mareo cedió y pudo enfocar cuanto la rodeaba. Una habitación, paredes de hormigón oscurecidas por la humedad. A su lado, cuatro jóvenes atados, con idéntica expresión de desconcierto. Todos vestían la casaca roja de Galilea. Al fondo, un cuerpo en posición fetal, aún con la bolsa en la cabeza. Los mechones oscuros que asomaban le indicaron que era Sigrid.

Frente a ellos había tres hombres. El del centro, el que estaba sentado, parecía el que daba las órdenes. Los otros dos, armados con fusiles, lo flanqueaban. No hablaron durante lo que a Maya le pareció una eternidad, dándoles tiempo para asumir su suerte, o para que se imaginaran el peor de los escenarios.

El de la silla era feo como un demonio. Nariz ganchuda y torcida, orejas aplastadas, media cabeza calva, una cicatriz donde debería estar una ceja. Cuando Maya pensó que el hombre empezaría a hablar, uno de los prisioneros lo hizo primero.

—¿Qué vais a hacernos?

El feo no respondió. Ladeó la cabeza sin despegar la vista del prisionero. Se levantó de la silla con tranquilidad. Luego tomó la pistola de su escolta, la amartilló, y disparó a quemarropa. El soldado se desplomó con un agujero entre los ojos. La sangre formó un charco bajo su cuerpo con celeridad. Maya parpadeó, salpicada en la cara por gotas tibias. Sintió la sangre que recorría el suelo a través de sus pantalones.

—Estos malditos Galileanos no saben callarse —gruñó el tipo, devolviendo el arma y sentándose otra vez—. Para el resto, aquí las preguntas las hago yo, ¿queda claro?

Nadie contestó.

—Vuestro colega era un tipo con suerte. Él ha muerto rápido —continuó—. Vosotros, fascistas de mierda, lo pasaréis un poco peor. Sé que os preguntáis por qué estáis aquí. Lo entiendo —sonrió—, y os aseguro que tendréis respuestas a su debido tiempo. Pero antes, necesito algo de colaboración por vuestra parte. Nos han dicho que vuestro ejército recibirá armas mañana. Ya sabéis cómo va esto. Queremos saber cuándo y dónde. ¿Quién me lo cuenta?

Nadie se atrevía a abrir la boca.

—¿No vais a decir nada? Que decepción, en serio. Pensaba que alguno me ahorraría el tener que haceros daño.

Fue a un lado de la habitación y abrió una caja de herramientas. Sacó un martillo reluciente. Lo mostró como si fuera una mascota de la que estuviera sumamente orgulloso.

—Olvidad lo de las películas antiguas. Escalpelos, sierras, y esas tonterías para acojonar al interrogado. Si algo he aprendido durante

todos estos años, es que el martillo es más que suficiente. No corta, no hiere. Rompe, destroza. Es otra clase de dolor. Y eso, en mi humilde opinión, habla más claro que cualquier cuchillo.

Se puso frente a un soldado. El chico trataba de parecer firme, aunque le temblaban los párpados.

—Qué, soldadito. ¿Quieres contármelo? —le dijo rascándose la oreja con la parte puntiaguda del martillo—. Si me lo dices, seré compasivo. Lo prometo.

El soldado permaneció en silencio, las lágrimas le resbalaban por la cara.

—Una pena —murmuró sujetándole la barbilla.

Con la ayuda de un compinche le abrieron la boca. Puede que el soldado quisiera decir algo, pero lo único que salió de su garganta fue un gañido desesperado.

El primer golpe le astilló un diente. El sonido del acero contra el esmalte le provocó a Maya un escalofrío que le recorrió el espinazo.

Otro golpe le destrozó los de la fila de abajo. El suelo se llenaba de esquirlas blancas que saltaban de la boca del soldado. El joven había dejado de luchar. Con la mirada perdida, tan destrozado como su propia boca chorreante.

—Me aburres —sentenció el verdugo. Agarró la pistola, le colocó el cañón en la frente y disparó. El cuerpo cayó con la boca abierta, las encías descarnadas.

Su atención recayó en Maya. Ella bajó la vista. Por primera vez en mucho tiempo, sentía el miedo gritando desde el estómago. Le paralizaba.

—Podéis ser unos nazis, pero hay que reconocer la diversidad a la hora de reclutar —se burló—. Antiguamente, eran los hombres los que iban a la guerra mientras las mujeres se quedaban en casa cuidando de los niños y del hogar. Luego, se les fue la olla y exigieron igualdad. Y mira, ahora las mato igual que a los hombres. No hago distinciones. Si eso no es progreso ya me dirás qué lo es —rio, contagiando a sus compinches.

Se acuclilló y le levantó la cara a Maya con dedos amarillentos.

—Tu turno, soldadita. ¿Vas a decirme lo que quiero saber?

—No soy soldado —aseguró con firmeza.

—Buen intento —rio—. Si no quieres que te reviente la boca, invéntate algo mejor.

—Es la verdad, ni yo, ni ella —señaló a Sigrid—, pertenecemos a Galilea.

—¿Y por qué vestís su uniforme?

—Necesitábamos cruzar la frontera.

—Solo por la charla mereces que me apiade de ti —dijo, pidiendo la pistola—. Despertad a la bella durmiente, no quiero que se pierda esto.

Uno de los hombres levantó a Sigrid y le arrancó el saco de la cabeza. Tenía el rostro hinchado y amoratado, pero estaba consciente. Escupió y se tambaleó como si fuera borracha.

—Escúchame —insistió Maya—. Podemos llegar a un acuerdo.

—¿Oís eso? Quiere negociar —Se burló, apuntándole a la cabeza —. Gracias, pelirroja. Te juro que si no fuera por estos momentos, la vida sería muy aburrida.

Maya pensó en su padre. En Alma. No podía acabar así. ¿Este era el fin? No estaba preparada. No, claro que no lo estaba.

Cerró los ojos, rezando para que fuera rápido.

—¿Glenn? —la voz de Sigrid sonó a su lado, débil, perezosa.

El hombre frunció el ceño, sorprendido. Apartó el arma de la cara de Maya y se acercó a Sigrid.

—¿Cómo coño sabes mi nombre? —preguntó entre curioso y divertido.

—Soy Sigrid Argo —murmuró ella.

El hombre abrió la boca, incrédulo. Se acercó un poco a ella y le apartó el mechón de pelo que le ocultaba media cara. Soltó una carcajada.

—La hostia… ¡Sigrid! La hija de… ¡no me jodas! Estaba a punto de destrozarte los dientes.

—¿Nos sueltas ya? —dijo Sigrid—. Tus hombres me han molido a hostias, y me estoy meando.

Glenn dio una sonora palmada.

—Claro, claro. Córtale las cuerdas. ¿La cría va contigo?

—Sí.

—Pues liberadla también.

Maya se incorporó despacio, todavía en shock por lo cerca que había estado de morir. Glenn le ofreció la mano cubierta de sangre y pelos negros duros como púas.

Tragó saliva antes de estrechársela.

—Bienvenida a la Resistencia —anunció él con una sonrisa orgullosa.

12

Maya había imaginado a los rebeldes como hombres y mujeres que empuñaban armas para decidir cómo vivir, opuestos a la postura totalitaria de Galilea. Y aunque no comprendiera del todo la política de un bando o del otro, en su cabeza sonaba audaz. Después de conocer a Glenn, empezaba a dudar que los rebeldes fueran "los buenos". Aquello era una jauría con sed de sangre, sin ética y escaso honor.

Dejaron atrás la sala de interrogatorios y salieron a una nave inmensa. Una docena de hombres y mujeres formaban una cadena humana, cargando armas de fuego y cajas de munición en una furgoneta mugrienta de ruedas desparejadas. Ninguno tenía pinta de soldado; parecían jornaleros disfrazados para ir a la guerra. Desarrapados y mugrientos como si vivieran en un estercolero. Aun así, apilaban cajas como si tuvieran alguna oportunidad.

El lugar olía a orines. El techo permanecía intacto, no así una de las paredes, derruida y remendada con planchas de madera cubiertas de grafitis chillones. Si aquel era el escondite de la Resistencia, estaban condenados.

—Pensaba que ya no militabas —dijo Glenn—. Lo último que supe de ti era que montaste un refugio en una iglesia y que te las dabas de santurrona. Dime que me equivoco.

—Se llama Arcadia —replicó Sigrid—. Es una parroquia, y de santurrona nada. Sigo ensartando bandidos cuando se acercan demasiado.

—¿Y qué coño haces aquí, tan lejos de tu iglesia y con una adolescente a cuestas?

—Buscamos a alguien.

—Todo el mundo busca a alguien, Sigrid. Tendrás que ser más específica.

—Una chica de su edad —señaló a Maya—. Rubia, así de alta…

—¿Vestía casaca roja?

—Es posible. Llegaría con un pelotón hará una semana.

—Si vestía como esos hijos de puta, lo más probable es que esté muerta. No sé si te has fijado, pero nuestra infraestructura no da para albergar prisioneros.

—¿Hay alguien que encaje con esa descripción? —se le escapó a Maya. Le temblaba la voz. Aquel psicópata parecía disfrutar aplazando cualquier respuesta y ella estaba de los nervios.

—Puede —dijo Glenn, misterioso—. No abundan las soldaditas rubias.

—Es importante —intervino Sigrid.

—Sí, claro. La encontráis y os largáis. Ya he escuchado eso muchas veces. Esta guerra no es vuestra —rezongó—. Solo de harapientos como nosotros que se matan por nada.

—Sabes por qué dejé las filas.

—Tu padre era un hombre valiente. Un líder.

—No metas a mi padre en esto.

—Nos abrió los ojos. Nos enseñó a luchar contra la opresión. Nos dio una oportunidad.

—Tal y como lo pintas parece que cites a Jesús.

—No me jodas, Sigrid, tu padre era eso y más.

—Mi padre era un narcisista borracho que llevó a cientos a la tumba.

—Puede, pero gracias a él existe la Resistencia.

—Lo dices como si fuera algo bueno.

—Para nosotros lo es. Nos motiva a seguir adelante.

—Glenn, por favor. ¿Sabes algo de la chica? Dieciséis años, rubia, uniforme de Galilea. Ayúdame.

Glenn miró el techo, resopló. Bajó la cabeza y observó a Maya. Luego volvió a centrar su atención en Sigrid.

—Me suena que tenemos a alguien que encaja con esa descripción —dijo al fin.

El corazón de Maya dio un vuelco.

—¿Dónde está? —suplicó con un hilo de voz.

—En las celdas inferiores. Eran trasteros, ahora las utilizamos como salas de interrogatorios.

—Llévanos —pidió Sigrid, al ver a Maya a punto de perder la paciencia.

—Os llevo, pero no te hagas ilusiones —miró a Maya con desprecio—. Está muy enferma. Nadie ha bajado a darle de comer desde hace días. Lo más seguro es que esté muerta.

—Iremos a comprobarlo —zanjó Sigrid.

Caminaron en silencio. Gente con los hombros tensos y expresiones hostiles les atravesaban con la mirada al paso. En el aire flotaba esa densa calma de antes de una tormenta, en el que el miedo es compartido, y una simple chispa puede mandarlo todo al traste.

Descendieron un sin fin de escaleras hasta las entrañas del edificio. Paredes de cemento, puertas de hierro macizo. Maquinaria antigua, ennegrecida por el óxido. Ninguna clase de ventilación.

Dejaron atrás seis puertas. Glenn se detuvo ante la séptima. Sacó una llave.

—Si sigue con vida, será en un estado lamentable. A veces un tiro rápido es misericordia. Ya me entendéis.

Maya rechinó los dientes para nos saltarle encima. Pocas cosas podía imaginar que le apetecieran más que matarlo.

Glenn abrió. Oscuridad cerrada. El hedor las golpeó en la cara como recibimiento.

Sigrid se cubrió la nariz. Maya entró sin dudar.

—Alma —dijo a la oscuridad. El pulso le retumbaba en el cuello como un martillo—. Alma, soy yo.

No hubo respuesta, pero algo se movió al fondo. Maya extendió la mano sin mirar y Sigrid le dejó la linterna. El haz arrancó sombras pegadas en la pared. Tardó unos segundos en reconocerla.

Acurrucada, hundida contra el ladrillo como un animal asustado. Desnuda. Las piernas eran un mapa de costras. La espalda arqueada, las costillas tensando la piel como si fueran a rasgarla. Morados viejos, heridas nuevas. Al ver la luz, alzó la vista. Los ojos verdes, huecos, contrastando con la mugre de su cara. La miraba sin verla.

Esta no es Alma. No puede serlo.

Maya se quitó el abrigo y la cubrió.

—Estoy aquí. Estás a salvo —le aseguró, acariciándole la cara.

Alma no habló. El pelo, antes oro, ahora de ceniza, le ocultaba el rostro. Maya se incorporó y encaró a Glenn.

—¿Qué le habéis hecho?

—Está enferma —contestó Glenn—. Ni siquiera la interrogamos. En cuanto cayó con esa tos tísica, pensamos que era algo contagioso y la metimos aquí. No somos un hotel, pero tampoco la tiramos a la fosa.

Aquella frialdad le encendió la sangre. Dio un paso hacia él. La mirada fija en la pistola de Júpiter que ahora colgaba de su cinturón. Sigrid se cruzó en medio y le puso una mano en el pecho. *Ahora no*, decía su mirada.

—La cría me mira como si quisiera matarme —se burló Glenn—. Vamos, pelirroja. ¿Eres una guerrera? Inténtalo.

—Todos estamos nerviosos —intervino Sigrid—, pero nos vamos a calmar ¿de acuerdo? Estamos en el mismo bando.

—Yo no estoy del bando de este cabrón —masculló Maya.

—Mira, niñata. Estoy siendo razonable —puntualizó Glenn—. No suelo serlo, y menos si me faltan al respeto.

—Te lo agradezco —Sigrid no soltó a Maya—. Solo está nerviosa.

—¿Cuánto hace que no le dais agua? —Maya se le acercó otro paso.

La sonrisa de Glenn se apagó.

—Está medio muerta —dijo con seriedad—, pero no del todo. Así que te propongo algo. Te llevas ese saco de huesos con olor a mierda y os esfumáis en cinco minutos. O, si lo prefieres, te pego un tiro y os entierro en el mismo agujero.

Alma puso sus ojos en los de Maya, como si cruzara un banco de niebla, y por fin fuera capaz de reconocerla. No sonrió, pero su cuerpo se destensó. Los labios se movieron en un susurro que solo Maya oyó. Quiso creer que había pronunciado su nombre.

La abrazó. Sintió como la rabia se retiraba a un segundo plano. Como si bajara la marea. Todo va a ir bien, le dijo al oído. La alzó en brazos. Su peso estuvo a punto de arrancarle un llanto.

Salió de la celda sin volverse, notando la mirada de Glenn como la punta de una flecha en la nuca. Esperaba una excusa para matarla. Maya lo sabía. Sigrid también.

Le ajustó el abrigo y cargó a Alma a la espalda. No hubo palabras al abandonar la nave y tampoco cuando volvieron a las calles.

Glenn era un monstruo que merecía morir, pero no lo mataría ella. No había venido a eso.

Su misión era dar con Alma. Y la había encontrado.

Por fuerza, tenía que ser una victoria.

13

Llegaron al acceso del metro y descendieron sin prisa. Con cada peldaño, la oscuridad le ganaba terreno a la luz del día, y pronto se sumieron de nuevo en tinieblas. Caminaban sobre láminas de metal que flotaban en el agua, guiadas por la luz temblorosa de la linterna de Sigrid. El haz parpadeaba cada vez con más frecuencia y Maya temió que las baterías se agotaran antes de salir de los túneles. Notaba la respiración de Alma en su espalda. Débil, pero presente. Viva.

Al cabo de un rato descansaron en el andén de una estación. A Maya le ardía la espalda y tenía los brazos agarrotados. Se sentó frente a Alma y le dio de beber. Ella se aferró a la botella y bebió con ansia. La vació y la dejó caer, inservible de repente.

—Seguro que tienes muchas historias que contarme —dijo Maya, aliviada al verla reaccionar.

Alma la miró sin decir nada.

—Encontré a mi padre en Galilea, ¿te lo puedes creer?

Alma sonrió con los labios, pero su mirada permaneció inmutable.

—Le vas a encantar —aseguró Maya.

Nunca imaginó que pudiera encontrarla en un estado tan deplorable. Sin embargo, se recuperaría. Volvería a ser la persona de la que se había enamorado. En Arcadia tenían un médico excelente que se ocuparía de ella. Sí, todo iría bien. Se reunirían con su padre y con Piña. Serían algo así como una familia.

—Deberíamos seguir —convino Sigrid.

Esta vez, Alma quiso caminar y, aunque su ritmo era torpe y errático y las retrasaba, fue un avance enorme. A Maya, ese pequeño optimismo le devolvió la esperanza.

Durmieron tres estaciones más adelante. Sigrid no se fiaba de dormir en el exterior tras la última experiencia. Allí abajo le parecía más seguro. Nadie en su sano juicio bajaría a los túneles del metro a pasar la noche.

Encendió un pequeño fuego y calentó una lata de judías. Por fortuna, cuando los rebeldes las dejaron marchar les devolvieron las

mochilas y les dieron comida y agua para el camino de vuelta. La nueve milímetros de Júpiter no apareció, por supuesto. Glenn dijo que se la quedaba como recuerdo, para enmarcarla cuando algún día tuviera un despacho. Nadie discutió. También vistieron a Alma. No era su ropa, pero al menos no pasaría frío. Las botas le iban grandes, y Maya tuvo que hacer pelota con sus propios calcetines y colocarla en las punteras para ajustarle el pie.

—Tu amiga está infectada —dictaminó Sigrid, acomodándose en el suelo—. Puede que no aguante mucho.

Maya la fulminó con la mirada.

—¿Por qué dices eso? Está viva ¿no?

—Si está enferma, no creo que…

—Mejorará —insistió Maya—. En Arcadia, Miles sabrá qué hacer.

—Ojalá tengas razón. Y que le eche un ojo a esa mano —añadió señalándola con la barbilla—. No soy médico, pero tiene una pinta horrible.

Maya se había olvidado de la mano. Le bastó un vistazo para recordarla. Dedos torcidos, cerrados en garra, amoratados desde las uñas negras hasta los nudillos. Le extrañó que no le dolieran.

Alma cenó despacio, cucharada a cucharada. O la mitad de una, ya que la otra mitad se le escapaba por las comisuras y le manchaba el abrigo. Maya le daba de comer con paciencia, sonriéndole y limpiándole los restos de comida de la cara. Luego la ayudó a meterse en el saco, doblándole las extremidades como a una muñeca. Se durmió al instante.

Aún atravesada por los comentarios de Sigrid y de su propia frustración, Maya buscó pelea.

—Me ha encantado conocer a tu heroica resistencia —dijo—. Y yo pensando que los de Galilea eran los malos.

Sigrid carraspeó y levantó una ceja.

—Dicen que en la guerra no hay buenos ni malos. Solo diferentes puntos de vista.

—Ahórrate la filosofía barata. Tu amiguito rompe dientes con un martillo y juraría que disfruta haciéndolo. Aún veo su cara cuando cierro los ojos, joder.

—Glenn es un desalmado, pero cumple con su trabajo. Los suyos lo respetan. Le son leales. Y el enemigo le teme.

—Es un psicópata, y lo sabes. Si no llegas a despertar cuando lo hiciste, nos mata a las dos.

—¿Crees que Galilea no hace lo mismo?

—Estuve allí y no vi nada parecido.

—Que no lo veas no significa que no ocurra.

—Te digo que no torturaban a nadie.

—¿Ahora los defiendes? —Sigrid se enrabietó.

—Fascistas, separatistas ¿qué diferencia hay?

—La razón por la que empuñan un arma.

—Matan por un ideal, sea cual sea. Para mí no hay diferencia. Matar es matar.

—La hay, solo que aún no lo ves.

—¿Entonces por qué no luchas con ellos? ¿Por qué no estás en el frente, con tu "amada resistencia"?

—Es complicado.

—Menuda respuesta de mierda.

Sigrid frunció el gesto. En lugar de seguir discutiendo, abrió un paquete de carne deshidratada y masticó en silencio. Fingía que no le afectaba, pero Maya sabía que había tocado hueso. No quería enemistarse con Sigrid —le caía bien, la admiraba a ratos—, pero el rencor hacia los suyos rebosaba.

Se echó junto a Alma y se cubrió con una manta. Cada vez que la miraba se le encogía el pecho. ¿Y si Sigrid tenía razón y se estaba muriendo? Puede que no tuviera cura. Que estuviera tan enferma que ni el mejor médico pudiera hacer nada por ella.

No. Después de todo lo que había tenido que hacer para llegar hasta ella, no iba a perder la esperanza.

No sería justo.

14

A las pocas horas despertaron, sin saber si era de día o de noche. Maya se sentó junto a Alma y, con un poco de agua de la botella y la manga del abrigo, le limpió la mugre de la cara. Alma se dejó hacer, siguiéndola con la mirada

—Maya —susurró.

Maya detuvo la mano.

—Hola, cariño —dijo sonriendo, con las lágrimas a punto de saltarle de los ojos.

La alegría duró lo que un suspiro. La mirada de Alma volvió a nublarse. Había perdido mucho pelo y el que quedaba era finísimo. Maya se lo acarició. Bajo los dedos, le notó un sinfín de costras en el cuero cabelludo.

El regreso se le antojó el doble de largo. El túnel la asfixiaba, como si empequeñeciera cuanto más se adentraban. No recordaba ninguna de las estaciones por las que pasaban y sentía unas ganas irrefrenables de salir a cielo abierto. Necesitaba respirar. Aun así, no apretó el paso. No quería forzar a Alma.

Le había ido dando de beber cada cierto tiempo, y los labios de Alma dejaron de estar resecos y regresó el rosa habitual. En cambio, aún no había probado bocado. Sigrid le dijo que era normal, que ya comería cuando tuviera hambre. Atiborrarla sería peor.

Por fin emergieron a la luz del mediodía. Maya, que iba detrás con Alma, alcanzó a Sigrid.

—Sigrid.

Ella la miró por encima del hombro.

—Perdón por lo de antes. No debí hablarte así. Nos has ayudado y te estoy agradecida.

—No hace falta que te disculpes —dijo Sigrid—. Tienes carácter, eso está bien. Estabas cabreada, lo entiendo. Yo también me pasé de brusca. Estamos en paz.

—Si no hubieras estado ahí cuando encontramos a Alma, no sé qué hubiera pasado.

—Que ahora mismo estaríais en una fosa común, descomponiéndoos bajo una montaña de cal viva. Glenn se merece que lo cuelguen de los huevos y le despellejen, no me cabe duda. Pero, por muy retorcido que sea, no iba a dejar que cometieras una estupidez después de llegar tan lejos.

—Gracias.

—De nada. Hemos encontrado a tu amiga y pronto estaremos en Arcadia. El plan ha salido de lujo, ¿no?

—Sí. De lujo —dijo evitando mirar a Alma.

—A la gente buena le pasan cosas buenas.

Maya se abstuvo de comentar lo que pensaba de esa frase.

Le dolían los pies por no llevar calcetines, pero se alegraba de ver a Alma caminar gracias a ellos.

Sigrid carraspeó con rudeza, como si se preparara para un anuncio.

—Quiero pedirte algo.

—Di.

—Cuando lleguemos, me gustaría que os plantearais quedaros en Arcadia.

—¿Formar parte de vuestra comunidad? —Maya no terminaba de creérselo. Había fantaseado con la idea, pero oírlo en boca de Sigrid lo volvía real.

—Tu padre es profesor, y nuestro maestro debería haberse jubilado hace diez años por lo menos. Cada vez hay más niños que necesitan que alguien los eduque. De verdad que nos vendría de perlas si os quedarais —hizo una pausa—. Me gusta tenerte cerca, Maya. Eres fuerte, decidida. Sí, tienes mala leche, eres impulsiva, pero vales. Si tu amiga sabe de curas, mejor aún. Miles puede tutelarla cuando se recupere. Y la del nombre de fruta parece espabilada.

—Tendré que hablarlo con mi padre. Y con Piña. Y con Alma.

—Tú piénsatelo. No hay prisa.

Maya reflexionó sobre las palabras de Sigrid. Un hogar. Eso era lo que más deseaba. Con su padre y Alma. ¿Qué más podía pedir? Arcadia les acogía con los brazos abiertos. Y allí habría calma. Allí

encontrarían la paz. Su padre volvería a enseñar. Alma aprendería con Miles. Y Piña… bueno, lo que Piña hiciera le traía sin cuidado.

La madrugada del segundo día llegaron a Arcadia. Exhaustas, cubiertas de polvo, con los pies en carne viva. En el último kilómetro, Alma se sentó en mitad de la calzada sin decir una palabra, negándose a dar un paso más. Maya tuvo que cargarla a la espalda. Sigrid, unos pasos por delante, no se ofreció a relevarla en ningún momento.

En Arcadia todo seguía igual. Los centinelas abrieron los cercados y las recibieron con sonrisas cansadas, manos que aligeraban mochilas, ofreciéndoles agua y comida. Aquella amabilidad todavía sorprendía a Maya.

Podría acostumbrarme a esto.

Una vez cerraron las puertas, el frío se quedó fuera. Dentro de la iglesia olía a leña y la calidez del ambiente era el mejor bálsamo para su agotamiento.

Maya intentó sentar a Alma, pero ella cerró los ojos y se desplomó de repente. Si Maya no llega a agarrarla, se habría abierto la cabeza contra el suelo.

—¿Qué le pasa? —gritó—. ¡Un médico!

Sigrid llegó corriendo. Le buscó el pulso, le abrió los párpados. Su cara decía "no tengo ni idea". Maya sintió cómo el terror le subía como la fiebre.

Apareció Miles, apartó a todos, examinó a Alma en dos gestos, pidió ayuda a dos hombres y se la llevó a toda prisa. Maya se quedó mirando la escalera sin saber qué hacer.

15

Durante horas no hubo noticias. Solo un "está fuera de peligro" que no convencía nada a Maya. Lo entendía, no podían narrarle la enfermedad minuto a minuto. Aun así, odiaba que la mantuvieran en la inopia. Se paseaba de un lado a otro con las manos a la espalda y los pensamientos truncados por el miedo.

Esa misma tarde Miles volvió para examinarle la mano. Le estiró los dedos, uno a uno, hasta hacerlos crujir. El dolor fue tan agudo que Maya encajó las muelas para no gritar. Índice, anular, meñique y pulgar, respondieron. El corazón no. Lo entablilló, vendó la mano y le ordenó reposo. Había tenido suerte, podía haberlos perdido todos. Se fue con la misma prisa con la que llegó. En Arcadia siempre había alguien a quien curar.

Abrió el agua de la ducha y esperó a que cogiera fuerza. Se metió bajo el chorro helado y se frotó la piel con saña, como si llevara la suciedad tatuada. Cuando el jabón arrastró la costra de mugre de su cuerpo, le dio un puñetazo a la pared con la mano buena. Siguió golpeando hasta abrirse los nudillos. Vio su sangre mezclarse con el agua y desaparecer por el desagüe. Se dejó caer de cuclillas. Lloró.

Alma era valiente, fuerte, una superviviente. Nadie merecía vivir más que ella. Pero, si sobrevivía, ¿en qué estado lo haría?

Al salir de las duchas, Sigrid la esperaba con expresión grave. Por un instante, Maya sintió que el mundo se venía abajo. Sin embargo, las palabras de la mujer fueron mucho más alentadoras de lo que esperaba.

—Puedes verla —dijo.

—Alma —logró decir en un gañido.

—Sí. Según Miles, se recupera a buen ritmo. Le he pedido permiso para que la veas y me ha dicho que solo una visita. ¿Quieres ir?

—Joder que sí.

Subieron a la enfermería del anexo. Dos habitaciones bien provistas. Camillas, sueros, un carro de medicación. El sol entraba perezoso por una de las ventanas. En la cama, Alma, con el suero

colgando del antebrazo y las sábanas hasta la cintura. El alivio fue tan brusco que Maya estuvo a punto de reír.

—Hola —dijo Maya, acercándose.

Alma la miró sin responder. Maya la tomó de la mano. Nada. Giró la cabeza hacia Sigrid.

—Está bastante sedada —aclaró Sigrid.

Maya le acarició la mejilla. Le apartó un mechón con ternura.

—Hola, cariño. Me alegro tanto de verte.

Alma ladeó la cabeza. Un gesto fugaz, como si por un instante la entendiera. Luego volvió la quietud. Respiraba con un pitido agudo, como a través de un tubo de goma.

—¿Al menos sabe que estamos aquí? ¿Me reconoce?

—Quiero creer que sí. Hablará cuando pueda. Ahora mismo, el solo hecho de respirar es un suplicio.

—¿Qué dice Miles?

—Algo en los pulmones, pero controlado. Sin electricidad ni equipamiento médico para hacerle pruebas, toca esperar.

—¿Esperar?

—Se curan las heridas de fuera. Y las de dentro —se señaló la sien—, quizá tarden más. Estas dejan marca.

—¿Y esas marcas van a dejarla como una muñeca rota?

Sigrid apartó la mirada.

—No lo sabemos.

Maya se mordió el labio. Con gusto rompería algo valioso.

—Lo siento, Maya —dijo Sigrid—. Sé que no es lo que quieres oír.

—No, para nada. Joder. Quería que me dijeras que se va a poner bien. Que sonriera al verme. Que me dijera que me quiere, que me echó de menos. Y no… esto…

—Este no es un mundo de finales felices.

—¿Y qué coño hago?

—Adaptarte. Eso hacen los fuertes.

Maya agachó la cabeza y salió. De ninguna manera aquella persona escuálida y demacrada podía ser Alma.

Por la tarde, después de caminar sola por las inmediaciones hasta vaciarse de furia, fue a ver a su padre. Lo encontró tumbado, con el

cabecero de la camilla a treinta grados, leyendo un libro con la devoción habitual. Como parte de la rehabilitación, llevaba unos días saliendo a caminar por las mañanas con la ayuda de unas muletas. El color había vuelto a sus mejillas y volvía a tener ganas de hablar. Desde Lona, Maya apenas lo había visitado y la culpa no le daba tregua. Él no parecía reprochárselo.

—Vaya, pensaba que te habías olvidado del tullido de tu padre —bromeó, marcando la página y dejando el libro a un lado.

—No digas eso.

—Sé lo de tu amiga. Que no mejora.

—No quiero hablar del tema, papá.

—Conviene. Ayuda a encajar.

—¿Y si no quiero?

—Es una opción, pero no la más acertada. Solo te harás daño y nada cambiará.

—Ya —cortó—. ¿Dónde está Piña?

—Fuera, ayudando con las reparaciones. Se ha adaptado como una campeona. Mira que no hubiera dado un duro por este sitio. Ahora no imagino un lugar más acogedor.

—Sigrid nos ha ofrecido quedarnos.

—Lo sé. ¿Lo has pensado?

—Un poco. Creo que nos iría bien aquí. ¿Tú qué dices?

—Gente trabajadora, humilde, cada cual cumple su función. Noches menos frías, buen médico, medicinas, seguridad… Podría seguir.

—No hace falta.

—Piña dirá que sí. Y tu amiga...

—Alma.

—Alma. Este es el mejor lugar para que se recupere.

—Si se recupera.

—Intenta ser optimista, Maya.

—Si espero lo peor, dolerá menos cuando se cumpla.

—Tal vez. Pero mientras tanto, sufres como si ya hubiera pasado.

—Me da igual.

—Igualita que tu madre —sonrió—. Anda, ven aquí.

Maya se sentó a su lado y se abrazaron. Con la cara en su pecho se dio cuenta de lo poco que controlaba ya su vida. No podía hacer nada más por Alma. Solo esperar. Y la espera la estaba matando.

16

Mataba las horas sentada junto a la cama de Alma. Al principio le hablaba, aunque nunca obtenía respuesta. En una ocasión le leyó en voz alta una novela de aventuras, de esas que antes la apasionaban. Nada parecía hacerla reaccionar. Seguía con la mirada perdida. La boca entreabierta, brillante por la saliva y la respiración entrecortada. Empezaba a acostumbrarse a verla de aquella manera, y no le gustaba. Eran pocas las veces en las que Alma levantaba los ojos unos instantes y la miraba, pero cuando eso ocurría, se le paraba el corazón.

Por las tardes ayudaba a Piña con las tareas de reparación. Entre las dos empezaba a nacer algo parecido a la amistad. Lentamente, pero con solidez. Descubrió que no era tan pérfida como quería hacerle creer al resto del mundo. Era lista, directa y sorprendentemente comprensiva. Trabajaban juntas reforzando la alambrada, descargando sacos o moviendo bidones de combustible para los generadores a gasolina que alguien había traído de una expedición reciente. Ahora los encendían tres horas cada noche, solo para recordar que electricidad existía. Aquel detalle, mínimo pero glorioso, se celebró con cerveza bajo la luz de las bombillas desnudas.

Se turnaba con Piña para acompañar a Alma. En su tiempo libre, tomaba responsabilidades en las labores diarias. Sigrid, complacida, la puso de guardia en el campanario, o a vigilar la cerca con Lloyd y Frank, dos veteranos que pasaban los turnos gastándose bromas cada vez más feroces, solo para luego estallar en risas. Le enseñaron cómo trabar las puertas en caso de alarma, por dónde huir si todo salía mal, y hasta quién guardaba el tabaco seco.

No era una mala vida. Piña sonreía a menudo, Robert recuperaba fuerzas, y los habitantes de Arcadia sabían hacer sentir útiles a los suyos. Sigrid la trataba con respeto, casi con cariño. Maya no habría sabido decir si era feliz —tampoco recordaba si lo había sido alguna vez—, pero aquella extraña calma era lo más parecido. Tal vez, por fin, podría colgar los guantes.

Aquella noche los motores iluminarían la sala común para un baile improvisado. Los exploradores habían rescatado unos altavoces viejos que, milagrosamente, alguien hizo funcionar. Los limpiaron y los colgaron en dos columnas, creando una pista rústica bajo la bóveda. Gracias al generador, cargaron un antiguo reproductor de música, y con un par de cables, montaron una buena fiesta.

Maya, sin embargo, no pensaba unirse. Mientras todos colocaban adornos y probaban canciones, ella se quedó en la galería superior, reflexionando.

En ocasiones sentía que la verdadera Alma nunca salió de Lona. Lo que yacía en la enfermería era apenas un eco. Era egoísta pensarlo, pero, de una manera extraña, le ayudaba a no perder la cabeza.

Sigrid atravesó el salón saludando a todo el mundo, las manos al cinturón donde colgaba un revólver plateado que brillaba bajo las lámparas. Alguien lo había encontrado en la misma expedición que trajo los altavoces y decidieron regalárselo. Lo lucía con orgullo, como un sheriff del viejo Oeste, casi olvidada de su ballesta.

Maya bajó a su encuentro.

—¿Cómo está Alma? —preguntó.

—Sin novedad. —Al verle la cara, añadió—: Si no hay noticias, son buenas noticias. ¿Quieres verla?

—Miles dijo que solo una visita al día.

—No tiene por qué enterarse.

No esperaba encontrar a Alma sentada en la cama, sosteniéndose con el soporte de suero, intentando ponerse en pie. Maya iba a acercarse a ella, pero Sigrid la detuvo con un gesto que decía: deja que lo intente. A regañadientes, Maya cruzó los brazos.

Alma dio un paso, luego otro. Oscilaba, pero con cada paso, sus piernas ganaban seguridad. Levantó la vista y esbozó una sonrisa tenue. A Maya se le humedecieron los ojos.

Empezó a caminar en círculos. Pronto la habitación se le quedó pequeña. Maya la sostuvo por el brazo y Alma volvió a sonreír.

—¿Podemos salir? —preguntó Maya, suplicando con la mirada—. No la soltaré. Necesita aire. Quiero que vea a Piña... y a mi padre.

Sigrid vaciló. Sabía lo que significaba para ella.

—Vale, pero solo un rato.

—Gracias, Sigrid. Te debo una.

—Me debes más de una, pelirroja —le dijo, revolviéndole con suavidad el cabello a Alma.

El trayecto hasta las habitaciones era de apenas un par de minutos, aunque el ritmo incierto de Alma lo triplicó. Sigrid entró primero para avisar a Robert de la visita, que charlaba con Miles mientras este le cambiaba el vendaje de la pierna. El médico frunció el ceño al ver aparecer a su paciente fuera de la enfermería, pero hizo como si nada y siguió a lo suyo.

Maya y Alma entraron de la mano. Alma no apartaba los ojos de Maya, embelesada, como si estuviera recuperando la memoria por momentos.

—Papá —dijo Maya—, esta es Alma. Alma, mi padre: Robert.

Alma tardó un instante en mirar hacia la cama. Cuando lo hizo, dejó de respirar. Sus ojos se abrieron de puro terror, temblándole en las cuencas. La mandíbula se le desencajó, enseñó los dientes. Se quedó inmóvil, con los pies anclados al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Maya—. ¿Te encuentras bien?

—¿Alma? —dijo Sigrid.

Alma se movió a una velocidad inesperada. Se soltó de Maya, cruzó la estancia en lo que dura un parpadeo, arrancó el revólver del cinto de Sigrid y lo levantó como si no pesara más que unos pocos gramos.

Apuntó a la cama.

El disparo llegó antes de que ninguno tuviera tiempo de impedirlo.

El silencio que siguió tuvo sabor a despedida. Esa felicidad que Maya apenas había empezado a rozar con la punta de los dedos, se volvió ceniza.

Sigrid se abalanzó sobre Alma y le arrebató el arma. Maya se le echó encima y la tiró al suelo, confusa, tratando de inmovilizarla. Alma pateaba, arañaba, gritaba palabras incoherentes. Hasta que cobraron sentido.

Este no es un mundo de finales felices.

Alma chillaba una y otra vez un nombre que Maya había aprendido a odiar:

Freud.

17

Lograron contenerla solo cuando le inyectaron un sedante. A Maya le costaría olvidar cómo Alma, tras el pinchazo, había dejado de forcejear de repente, quedándose inerte en sus brazos. La tumbaron en el suelo, respirando apenas, como si no acabara de disparar al único médico de Arcadia.

Robert seguía inmóvil en la cama, perdido, aunque no sorprendido. Sigrid, con el rostro pétreo, ayudó a tres hombres a levantar el cuerpo de Miles y sacarlo de allí.

Freud.

El nombre maldito había irrumpido en sus vidas con crueldad, llevándoselo todo por delante.

El baile se canceló. Arcadia se sumió en una serenidad tensa. Una hora después, Sigrid volvió con gesto sombrío. No habían podido hacer nada por Miles. Lo enterrarían al día siguiente. Les advirtió también que se celebraría un juicio, y que en Arcadia no eran indulgentes con el asesinato.

Encerraron a Alma en la habitación más alejada del refugio. La noticia corrió como la pólvora, y pronto los habitantes empezaron a tratar a Maya y a los suyos con frialdad. Las sonrisas se convirtieron desconfianza. Los comentarios se apagaban en cuanto pasaban cerca. Ya no eran aliados, de repente se habían convertido en el peor de los enemigos.

Por la tarde, Maya fue a ver a su padre. No estaba preparada para escucharlo, pero tampoco tenía alternativa. Robert habló en cuanto la vio entrar, como si llevara años ensayando esas palabras.

—Te dije que hice cosas horribles, de las que me arrepiento —dijo, esquivando su mirada—. Nunca pensé que algo pudiera pasarle a ella o a su familia. Lo juro. Pensé en matarme, Maya. En Galilea estuve a punto. Pero te encontré y… me aferré a que la vida me había brindado una segunda oportunidad. Todo son excusas, lo sé. Esa chica ha vivido un infierno por mi culpa. Soy culpable de todo lo que me acusen.

—¿Cómo puedes contármelo ahora?

—Si hubiera podido, no te lo habría contado nunca. Fui yo quien la vendió a Sol, a cambio de transporte y provisiones. Era lo único que tenía para negociar.

—Mataste a su familia —dijo Maya, apartando la vista.

—Sabía que llegaría este momento. He rezado cada noche, desde que te fuiste a buscarla, para que volvierais vivas. Y sabía que, si lo lograbas, ella vendría a ajustar cuentas. Si Alma quiere mi muerte, nadie debería impedírselo.

—¿Te has vuelto loco?

—Estoy más cuerdo que nunca.

—No puedes decir eso.

—No sabes lo que ha sido volver a verla. Yo se lo arrebaté todo.

—Necesito tiempo —soltó Maya antes de salir dando un portazo.

Se dejó caer en el pasillo y lloró en silencio hasta que le dolieron los ojos. Sigrid la observaba desde el otro extremo, su mirada desprendía un tono acusador difícil de pasar por alto.

Esa noche, Maya durmió en el suelo, al pie de la cama de Alma. Despertó de madrugada. Incapaz de volver a conciliar el sueño, se sentó en una silla. Alma abrió lentamente los ojos. Le habían atado los brazos y las piernas a la cama, pero ella parecía indiferente. Bostezó, estiró el cuello con una calma casi perturbadora y fijó en Maya sus ojos verdes.

Maya estuvo a punto de tomarle la mano, pero no lo hizo. Desconocía el estado mental en el que se encontraba y si suponía un peligro.

—Puedes acercarte —dijo Alma con voz sedosa—. No voy a hacerte daño.

—Aquí estoy bien —le aseguró Maya.

Alma se encogió de hombros.

—El médico está muerto —informó Maya.

—Se interpuso —dijo ella, serena—. Si no lo hubiera hecho, seguiría vivo.

—Ibas a matar a mi padre.

—Para mí, ese hombre no es tu padre. Es el que destruyó a mi familia. ¿Vienes a pedirme que lo deje vivir?

Maya se cubrió el rostro con las manos.

—Es mi padre —repitió con rabia.

—También es la sombra que me atormenta.

Maya no podía creer que estuvieran hablando de la misma persona.

—Dijiste que lo dejarías estar, que te olvidarías de todo.

—Dije que dejaría de buscarlo.

—Por favor, Alma.

—Es egoísta que me pidas que no lo haga.

—¿De verdad quieres matarlo?

—¿Quieres que te mienta?

—No sé lo que quiero. Pensé que, cuando te encontrara, todo volvería a ser como antes. Pero no te reconozco.

—¿Que no me reconoces? —Alma frunció el ceño, indignada—. Cuando nos conocimos presumiste de haber matado a los que te hicieron daño. ¿Y ahora me niegas a mí ese derecho?

—¿Me estás pidiendo permiso para matarlo?

—Ponte en mi lugar.

—No voy a dejar que lo hagas.

—Y yo no puedo perdonarle.

—Alma, te lo ruego…

—Tendré mi oportunidad.

—¡Van a juzgarte por la muerte de Miles! ¿Es que no lo entiendes? Te prometí que te ayudaría a encontrar al asesino de los tuyos, pero esto lo cambia todo. Es la única familia que me queda.

—¿Y qué me queda a mí? —Gritó Alma—. ¡Dímelo! ¿Qué me queda?

Empezó a forcejear contra las correas. Dos hombres entraron de inmediato, alertados por los gritos. Uno blandía una jeringa. Los movimientos de Alma se volvieron lentos hasta quedar inmóvil. Maya se quedó quieta, observando en silencio el cuerpo sedado de quien, hasta hacía poco, era la razón de todas sus malas decisiones.

Luego pensó en su padre.

Y comprendió que, quizá, no podría salvarlos a los dos.

18

A la mañana siguiente, Sigrid reunió a la gente de Arcadia en el salón principal. Bajo las bóvedas, los susurros sonaban como piedras golpeando metal. Poco a poco, la gente de Arcadia se iba congregando. Alma y Robert estarían confinados hasta que concluyera la vista.

Maya observaba desde el fondo. A su lado, Piña se mordía las uñas.

Cuando estuvieron todos, las voces se apagaron por sí solas. Sigrid habló con la voz firme y templada de quien está acostumbrada a que la obedezcan.

—Como sabéis, se ha infringido la primera y más importante ley de Arcadia —dijo—. El asesinato nunca puede quedar impune.

Hubo asentimientos, exclamaciones. Para algunos era primera noticia, para otros, confirmación. El clamor subió un grado.

—Les abrimos las puertas y mira cómo nos lo pagan —bramó un hombre que se abría paso entre la multitud.

—¡Matadla! —gritó una mujer.

—No la queremos aquí —chillaban desde el fondo.

Sigrid levantó las manos hasta que el ruido decayó.

—Nuestra comunidad prospera porque somos justos, y esta vez no será distinto. Al anochecer se celebrará el juicio. La sentencia será inapelable y el culpable asumirá las consecuencias.

Maya tembló al ver cómo las palabras de Sigrid encendían a la gente. Olía a caza de brujas.

—¿Qué crees que puede pasarle? —susurró Piña.

—La matarán —contestó Maya sin un atisbo de duda

Sigrid seguía con su discurso.

—…si nos hacemos daño entre nosotros, nada nos diferencia de…

—Habla con Sigrid —insistió Piña—, a ti te escuchará.

—No lo creo. Esta gente quiere sangre. Pero lo intentaré.

La líder de Arcadia continuó con su perorata unos minutos más. Cuando la reunión se disolvió, Maya se abrió paso entre miradas de

desprecio y empujones hasta plantarse ante Sigrid. Ella la ignoró al principio, pero Maya no se retiró.

—¿Podemos hablar?

—No hay nada de qué hablar.

—Por favor.

Sigrid suspiró, giró sobre sus talones y echó a andar. Maya la siguió hasta la entrada.

—Ahórrate la petición —se adelantó Sigrid—. La respuesta es no.

—Alma no está bien.

—¿Sabes lo que creo? Que nos ha tomado el pelo. Esa cabrona nos engañó a todos. ¿Viste cómo me quitó el revólver?

—Eso demuestra que no está en su sano juicio.

—¿Qué es lo que quieres, Maya? Dilo de una puta vez.

—Deja que me la lleve. Nos marcharemos lejos, y no volverás a vernos. Lo juro.

—¿Y Piña y Robert?

—Que escojan. Si les dejas que se queden.

—No tengo nada contra ellos. Ni contra ti. Pero tu amiga debe pagar. Ha matado a Miles. ¿Sabes lo que significaba para Arcadia?

—Por favor, Sigrid.

—No hay salvación para Alma. Morirá, lo único que decidiremos esta noche es el cómo.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Vivimos en democracia. Todos votarán. Vosotras, si queréis, también. Pero no se votará sobre si salvarle la vida. Eso se decidió cuando apretó el gatillo.

—Su intención no era matar a Miles —pronunciar aquellas palabras le dolía más que un martillazo en los dientes—. Iba a por a mi padre. Él fue culpable de la muerte de su familia. Alma quería venganza.

Sigrid le sostuvo la mirada.

—No cambia nada.

—Lo cambia todo.

—Para nada. Solo acabas de revelar que tu padre tampoco es de fiar.

—No lo entiendes.

—Las razones me importan una mierda.

—Miles se interpuso. Fue un accidente.

—Se acabó, Maya. Tengo trabajo. Espera al juicio, como todos. Y ahora déjame en paz.

19

La sala comunal se llenó antes de hora. Sillas ubicadas en primera fila, bidones encendidos, el runrún de los motores detrás del muro. Los que no consiguieron asiento se agolparon de pie.

Sigrid cruzó el círculo. Esperó en silencio con las manos a la espalda.

—Gracias a todos por venir —comenzó—. Como todos sabéis, se ha cometido un crimen imperdonable bajo nuestro techo.

El rumor estalló en gritos e insultos. Sigrid no continuó hasta que las voces enmudecieron.

—Miles, amigo, padre y esposo, ha sido asesinado por una joven a la que salvamos de una muerte segura y a la que él trató. Sabéis que es el castigo es una vida por otra. Sometamos a votación la manera de hacérselo pagar.

Un hombre repartió papelitos rasgados y un par de lápices. Una anciana pasó con una bolsa de tela negra para ir recogiendo los votos. Todo estaba ensayado. Maya lo notó en la precisión de los gestos. No era el primer juicio que se celebraba en Arcadia. Cuando la bolsa llegó a sus manos, la pasó como si quemara. Piña hizo lo mismo.

Un niño trajo dos cubos de metal y los dejó a los pies de Sigrid. Ella volcó la bolsa y, sin ninguna teatralidad, fue leyendo y separando las papeletas, una a una, en cada cubo. Su rostro permanecía imperturbable.

Maya dio un paso al frente.

—¡No es justo! Ni siquiera la habéis escuchado. Condenarla sin conocer los hechos es una locura.

La comparación cayó mal entre el público, que la abucheó. Logró que Sigrid la mirara.

—No necesitamos hechos —dijo—. Tu amiga mató a uno de los nuestros.

—Mi padre… —Maya tragó saliva—. Robert le hizo daño. Alma perdió a su familia por su culpa. Quería matarlo a él, no a Miles.

Silencio. Nadie quería dar su opinión antes de escuchar la de Sigrid.

—No nos importa —dictó ella.

—¿Esta es vuestra democracia? Pedís justicia, pero lo que queréis es sangre. No queréis ver que la muerte de Miles fue un accidente.

Sigrid siguió contando los votos durante los tres minutos que tardó en dividirlos en los respectivos cubos. Luego los apartó a un lado. La anciana volvió a llevárselos.

—El veredicto no se verá afectado por tu historia —dijo Sigrid—. Pero gracias a tu testimonio, Robert, y espero que todos estéis de acuerdo conmigo, será desterrado.

Hubo vítores, puños en alto. Hasta los niños imitaron el gesto. Sigrid alzó la mano.

—Para Alma, por votación unánime —casi sonó a misericordia—, la sentencia es morir en la horca.

—¡No podéis hacerlo! —chilló Maya.

—La decisión es firme. Por la mañana se cumplirá la sentencia.

Maya se abrió paso hasta plantarse delante de Sigrid.

—No lo permitiré.

—Nadie viene a mi casa a decirme qué hacer.

—Déjanos irnos. A los cuatro. No volverás a vernos.

—¿Es que no lo entiendes? No existe el mundo en el que tu padre y esa loca coexistan, Maya.

—Déjame intentarlo.

—Las leyes se han de cumplir.

—Esto no es justicia.

—Ya basta, o colgaré otra soga junto a la suya —la amenazó Sigrid.

—Creí que eras buena persona.

—Y yo que sabías callar cuando toca. Me caes bien, Maya, pero me debo a mi gente. No quiero hacerte daño.

—Sigrid, por favor.

—La sentencia se ha dictado. ¿Qué líder sería si pisoteo nuestras propias normas?

—Uno justo.

—Basta, joder. Id a donde soléis ir por las noches y salid de mi vista. Tras el juicio os daremos comida y agua, y podréis marcharos en paz.

—Si matáis a Alma no habrá paz.

—Espero que no me estés amenazando, pelirroja.

Maya no respondió. Sigrid subió las escaleras y la sala se fue vaciando hasta que Maya y Piña se quedaron solas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Maya.

—Si convenciéramos a Sigrid, el resto obedecería —insistió Piña.

—No servirá. Ya lo has visto.

Piña bostezó, con los ojos vidriosos.

—Vete a dormir. Ahora mismo no puedes cambiar nada —aconsejó Maya.

—¿Y tú qué harás?

Maya miró al techo.

—Volverme loca.

20

Maya observaba a Robert mientras este leía un libro. Le crispaba la normalidad con la que actuaba, como si el mundo no se hubiera resquebrajado bajo sus pies.

—Quiero que te quedes —le dijo él.

—Sabes que no lo haré.

—Puedo arreglármelas ahí fuera. Llevo mucho tiempo haciéndolo.

—Antes tenías dos piernas.

—*Touché*.

Cerró el libro sobre las rodillas. Las ojeras, más profundas que nunca.

—Iré donde tú vayas. Se acabó la discusión —zanjó ella.

—¿Y Alma?

Maya cerró los ojos.

—No voy a dejar que la maten.

—No creo que puedas hacer nada para evitarlo —hizo una pausa, como si escogiera cada palabra—. La única manera de impedir su muerte es procurándole dolor a otros.

—No es momento de ponerse moralista.

—Nada de moralista. Es la verdad. Nos quieres a los dos, y es imposible que coexistamos. Yo podría tragar con mi culpa, aprender a vivir con ella. Ella no. Moriría antes de perdonarme.

—Encontraré la manera —dijo con terquedad. Con esa fe ciega que la había salvado tantas veces.

Robert la miró. Había ternura en sus ojos.

Maya se levantó de golpe.

—Voy a dar una vuelta.

No iba a dormir. Sabía que el sueño, si llegaba, lo haría cargado de imágenes que no quería ver.

Al pasar junto a la puerta de Alma escuchó su tos. Era seca, sibilante, infinita.

Bajó las escaleras hacia el sótano. La puerta estaba entornada. Encendió la linterna. El haz recortó nichos de ladrillo llenos de

botellas empolvadas, bidones de metal tambaleantes, muebles y electrodomésticos desguazados. Hacía frío y olía a piedra mojada.

Le dio un puntapié a un bidón esperando el retumbe hueco del metal. El sonido fue pesado, viscoso. Contenía gasolina.

La linterna barrió el techo bajo, los huecos, la escalera estrecha que subía a la sacristía. Vio cadenas enroscadas a un clavo, un manojo de llaves colgando de un gancho, un candado abierto sobre una caja de madera. El mapa mental empezó a dibujarse solo.

Se quedó quieta. Escuchó el silencio remoto de Arcadia sobre su cabeza. El rumor de un mundo que dormía.

Pensó en Sigrid. En su revólver brillante y el estruendo que emitió cuando se llevó por delante al médico. Se había levantado un muro entre ellas. Uno que indicaba que no había vuelta atrás. Una vida por otra.

Pensó en Alma, con una cuerda al cuello al amanecer.

La frase de Robert volvió con un eco obstinado.

La única manera de impedir su muerte es procurándole dolor a otros.

No la apartó. La sostuvo entre los dientes hasta que dejó de doler y se volvió útil.

Subió un tramo, luego otro. Tanteó cierres, calculó tiempos. Había tres salidas practicables. La de los portones, la lateral del patio y la trasera de la sacristía. Las tres podían encadenarse desde el interior. Las ventanas altas estaban enrejadas. El campanario, hueco como una chimenea.

Dejó la linterna sobre un barril y se apoyó con las dos manos sobre la madera. Respiró hondo. Tenía la respuesta. Era terrible, y era la única.

Fue a buscar a Piña.

La encontró en el pasillo, con los ojos hinchados por el sueño y las uñas comidas.

—Necesito tu ayuda —dijo Maya.

—Dime.

—Sigrid no cederá —tragó saliva. No era fácil lo que iba a decir—. Vamos a sacar a Alma. Y a mi padre. Luego nos iremos.

—¿Cómo?

Maya se le explicó todo con voz baja y precisa. Piña no hizo preguntas más allá de las imprescindibles. Asintió una sola vez.

—Jamás nos lo perdonarán —dijo en un susurro.

—Lo sé.

—Hay que hacerlo rápido.

Maya miró su mano vendada. No le temblaba.

—Ve por las llaves del almacén y por una manta. Yo me encargo del resto.

Piña se dio la vuelta. Regresó dos minutos después con el manojo de llaves y una manta. Le puso las llaves en la mano.

—Gracias —dijo Maya.

—No pienso volver a ver cómo matan a alguien a quien quiero.

Maya asintió.

Subió de nuevo hasta la habitación de Robert. Se quedó en el umbral. Él la vio y dejó de leer.

—Te sacaré de aquí —le dijo Maya—. Os sacaré a los dos.

Robert inclinó la cabeza.

—Tendrás que asegurarte de poder vivir con ello —le aconsejó.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo ella—. Y viviré como pueda.

No se abrazaron. No se despidieron. No había tiempo para mentiras amables.

Maya volvió al sótano. Probó válvulas, empapó trapos, dispuso bidones en los pasillos estrechos, dejó cadenas preparadas en los puntos críticos.

Al salir, se detuvo junto a la puerta de Alma. La tos había cesado.

Se apoyó un segundo en la madera y cerró los ojos.

La noche empezó a girar en su favor.

21

Faltaban un par de horas para el amanecer y la horca frente a la iglesia ya estaba ensamblada. Alma, atada de pies y manos, aguardaba sentada en un taburete. Lloyd —gorra de rejilla, manos temblorosas— tiró varias veces de la palanca, para comprobar su eficacia. Se había esmerado en que la trampilla se abriera llegado el momento. Deseaba que el cuello se le partiera a la primera. Por muy asesina que fuera, no soportaría ver a la cría patear.

Robert —las muletas encajadas bajo los sobacos, rostro vacío— permanecía alejado a una veintena de metros del cadalso con la mirada perdida.

Sigrid, con los ojos enrojecidos por una noche en vela, llegaba de un paseo iniciado esa madrugada. No era plato de buen gusto lo que se disponían a hacer, pero había decidido seguir la ley. De haber podido, hubiera dejado que Maya y el resto se marcharan. Sin embargo, la muerte de Miles había destrozado el orden de Arcadia, un orden que le había costado años alcanzar. Llegados a este punto, Alma debía morir para dar ejemplo. Puede que no fuera lo justo, pero sí necesario.

—¿Todo listo? —preguntó a Lloyd.

—Listo —respondió este con desgana.

—Bien. Ve a avisar al resto.

Lloyd asintió y trotó hacia los portones. Tiró. Nada. Probó otra vez. Nada. Se volvió hacia Sigrid.

—Están atrancados —dijo, lívido.

Sigrid vaciló durante un segundo. Luego corrió hasta la puerta lateral. Tiró de la manija y esta tampoco se movió. Vio unas cadenas gruesas que cruzaban el portón de lado a lado. Por un momento no supo qué podía estar sucediendo. Después, el olor a gasolina le llegó como un bofetón. El calor, un segundo después.

—No —dijo para sí, comprendiendo.

Las llamas encontraron oxígeno en alguna grieta y subieron por el campanario como una bengala. El vidrio de las ventanas estalló en

una lluvia de luciérnagas naranjas. Los gritos desesperados de los que intentaban salir le llegó al otro lado de las puertas.

Maya apareció de la nada, como si llevara un buen rato allí mismo. Llevaba una pistola en la mano y apuntaba a Sigrid con ella. Detrás, Piña portaba un juego de llaves colgando de la muñeca.

—Hija de puta —masculló Sigrid.

—Tira el revólver —ordenó Maya.

Sigrid no obedeció. Siguió empujando el portón hasta abrasarse las palmas.

—Tíralo —repitió Maya, más cerca.

—Os salvamos la vida —dijo con rabia—. ¿Por qué nos hacéis esto?

—Sabes por qué —contestó Maya—. Tira el arma, joder.

Sigrid cogió el revólver con dos dedos y lo tiró al suelo, a unos pocos centímetros de sus pies.

—Por Dios, hay niños dentro —sollozó Lloyd, golpeando la puerta a patadas—. ¡Mis hijos! Por favor. ¡Abrid la puerta!

La madera crujió. El interior de la parroquia rugía.

Haciendo caso omiso a las súplicas del hombre, Piña corrió hacia Alma y cortó las cuerdas de sus muñecas con una navaja.

Maya alternó la mira entre Sigrid y Lloyd. Nadie se movió. No había nada que ninguno pudiera hacer. No existía forma de entrar ni de salir. La puerta trasera y la de la sacristía, encadenadas. Las ventanas altas, una parrilla de hierro, imposible atravesarlas, y si alguien lo lograba, la caída lo mataría. El pasillo del sótano, atrancado con bidones que anoche había llenado de combustible hasta el borde. Había sido metódica. Había sido cruel.

—Nos estás matando para salvar a una asesina —dijo Sigrid, con lágrimas de odio cayéndole por la barbilla—. ¿Qué clase de justicia es esa?

—La mía.

Lloyd profirió un grito animal, luego se lanzó a la desesperada y saltó sobre Maya. El pobre desgraciado ni siquiera reparó en que llevaba un arma en el cinturón. Corría con las manos por delante, como si quisiera estrangularla. Maya disparó una sola vez. Lloyd cayó de rodillas, después de frente.

Los gritos de la parroquia enmudecieron. Solo el crepitar del fuego arrasando con todo y el hedor a carne quemada.

—Mierda, Sigrid —le dijo Maya—. Debiste dejar que nos fuéramos. No quiero matarte.

El humo que brotaba de la parroquia las envolvía.

—Entonces no lo hagas —le dijo ella con un sollozo. Sus ojos se derramaban en lágrimas, enrojecidos por el humo.

—Podría haber sido de otra manera.

—Has matado a mi gente—gritó para hacerse oír por encima del rugido del fuego—. A todas las personas que quería. Me lo has arrebatado todo.

—Tú me obligaste.

—Créelo así si te ayuda a dormir por las noches. Pero eres una jodida asesina. Peor que la loca de tu amiga. Esta decisión te perseguirá hasta el fin de tus días.

Se agachó muy despacio hacia el revólver, sin apartar la mirada.

—No lo hagas —advirtió Maya.

Sigrid siguió. Rozó la culata con la punta de los dedos.

—Haz lo que tengas que hacer, pelirroja.

Maya cerró los ojos, a sabiendas de que, a esa distancia, no fallaría. Apretó el gatillo. Sigrid cayó contra la puerta, desplomándose como un fardo. Las llamas la alcanzaron. Su pelo prendió como paja seca, chisporroteando.

Guardó el arma y soltó el aire contenido. Volvía a estar como al principio.

Se volvió hacia Alma y fue hacia ella. Le besó la frente, las mejillas, las muñecas. Intentó creer sus propias palabras y en que todo lo que había tenido que hacer era necesario.

—Se acabó —le dijo a Alma.

Alma miró por encima del hombro de Maya a Robert.

—Aún no —susurró.

Mierda. Esto aún no ha terminado.

Piña, con el brazo sobre los hombros de Alma, la alejó de la iglesia. El calor las empujaba a alejarse de allí, y pronto las llamas las alcanzarían.

Maya se quedó mirando a su padre. Robert no se había movido del tocón en el que se sentaba. Seguía aferrado a sus muletas, como si fuera su bien más preciado.

Al fin se puso en pie con la ayuda de una de las muletas. Clavó la vista en el cadáver de Sigrid, que empezaba a quemarse como la madera. Avanzó cojeando hasta el cuerpo de Lloyd y le retiró la pistola del cinto.

—Tenemos que irnos —dijo Maya, a pocos metros de él.

—Dame un segundo —dijo Robert, amartillando el arma.

Alzó la vista hacia su hija. Luego miró a Alma. Se aguantaron la mirada durante unos instantes en los que las palabras no eran necesarias. Tal vez ya estuviera todo dicho. O puede que nada de lo que pudieran decirse les brindara el tan ansiado consuelo.

Él sonrió con tristeza.

—Espero que esto te traiga la paz —le dijo sin despegar los ojos de los de Alma.

Se introdujo la pistola en la boca.

El cañón apuntando hacia arriba.

Disparó.

El grito de Maya arañó la mañana. Robert se desplomó con el gesto sereno de quien por fin deja de huir.

Alma no pudo apartar la mirada. No parpadeó hasta que las lágrimas le brotaron de los ojos, lamiéndole el hollín de las mejillas.

La parroquia exhaló una columna de fuego y ceniza.

Alma no se atrevió a mirar a Maya. Apretó entre los dedos la soga con la que iban a ahorcarla, como si necesitara tocar la muerte para convencerse de que estaba viva.

Detrás de ellas, Arcadia ardía. Delante, el páramo.

Y muy lejos, en algún punto del horizonte, alguien veía la inmensa columna de humo.

EPÍLOGO

Se adentraron en los restos de un bosque calcinado, bajo un cielo oscuro que se negaba a dejar pasar un solo rayo de luz. Calcularon que tardarían un par de días en atravesarlo antes de encontrar un asentamiento o algo parecido a la civilización. Tardaron más de una semana en dejarlo atrás, y no todas lo lograron.

Fue durante ese trayecto cuando Maya aceptó por fin lo que hasta entonces había intentado ignorar.

Alma ocultó su deterioro hasta que su cuerpo dijo basta. Primero la piel se volvió translúcida, luego llegaron los sudores, la fiebre, la sangre en la palma de su mano cuando tosía.

La cruda realidad era que, salvo acompañarla en la agónica despedida y procurar que no sufriera más de lo inevitable, no se podía hacer nada por ella.

Acamparon al abrigo de un árbol raquítico, cubriéndose con mantas para frenar el frío que calaba hasta el tuétano. Maya sostuvo a Alma con toda la ternura que albergaba dentro. Sintió que su cuerpo había menguado, como si solo hubiera huesos bajo la ropa. Le besó el cuello y, por primera vez en su vida, rezó. No para salvarla, sino para que le aliviara el sufrimiento.

—Te quiero —le oyó decir entre sus brazos con voz trémula.

—Te quiero —respondió Maya con los ojos nublados ante la idea de perderla.

No podía imaginar un mundo sin ella. Dolía demasiado. Pero verla así, tan frágil, le desgarraba. Si tuviera el valor necesario, y a pesar de que jamás podría perdonárselo, acabaría con su agonía.

Piña permanecía a unos pasos, como si no se atreviera a acercarse. Quizá temía contagiarse, o tal vez quería conservar el recuerdo de Alma antes de que la enfermedad la consumiera.

A su manera, también la quería.

Llegó un momento en el que dejó de comer.

Maya no quiso desprenderse de su abrazo. Alma posó su mano sobre la de ella y le regaló una última sonrisa. Había perdido casi todos los dientes. Las encías rojas y descarnadas. El temblor de sus

labios que nunca paraba la hacía parecerse a una anciana. Y, aun así, era la sonrisa más hermosa que Maya vería nunca.

La aferró fuerte entre los brazos hasta que sintió cómo su respiración se apagaba.

Piña tuvo que arrancarla de su lado.

La envolvieron en mantas y la dejaron bajo el árbol como si durmiera dentro de un capullo del que nunca saldría.

La ausencia pesaba tanto que, por un instante, Maya pensó que la vida no tenía sentido.

Caminaron durante días, buscando un lugar en el que poder quedarse.

Piña hablaba con optimismo. Aseguraba que cada paso las acercaba a un futuro nuevo. Maya dudaba que existiera uno para ellas. Tal vez, no lo merecían.

Llegará el día en que el planeta vuelva a conocer la paz.

Pero mientras espero ese momento, tendré que aprender a vivir sin Alma.

Y su ausencia duele como un cuchillo clavado en el corazón.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

Juan Carlos S. Giménez (Barcelona, 1981)
Desde que leyó ‘El umbral de la noche’ de Stephen King, decidió que quería escribir ficción. Desde entonces no ha dejado de hacerlo. En el 2020, en plena pandemia, publicó su primera novela ‘Translúcido’. En mayo del 2024 vio la luz: ‘A la bala que lleve mi nombre’ y en 2025 ‘El fin de todo’. La novela que tienes en las manos es su cuarta obra publicada.

Si te ha gustado, apoya al autor con una reseña en Amazon.